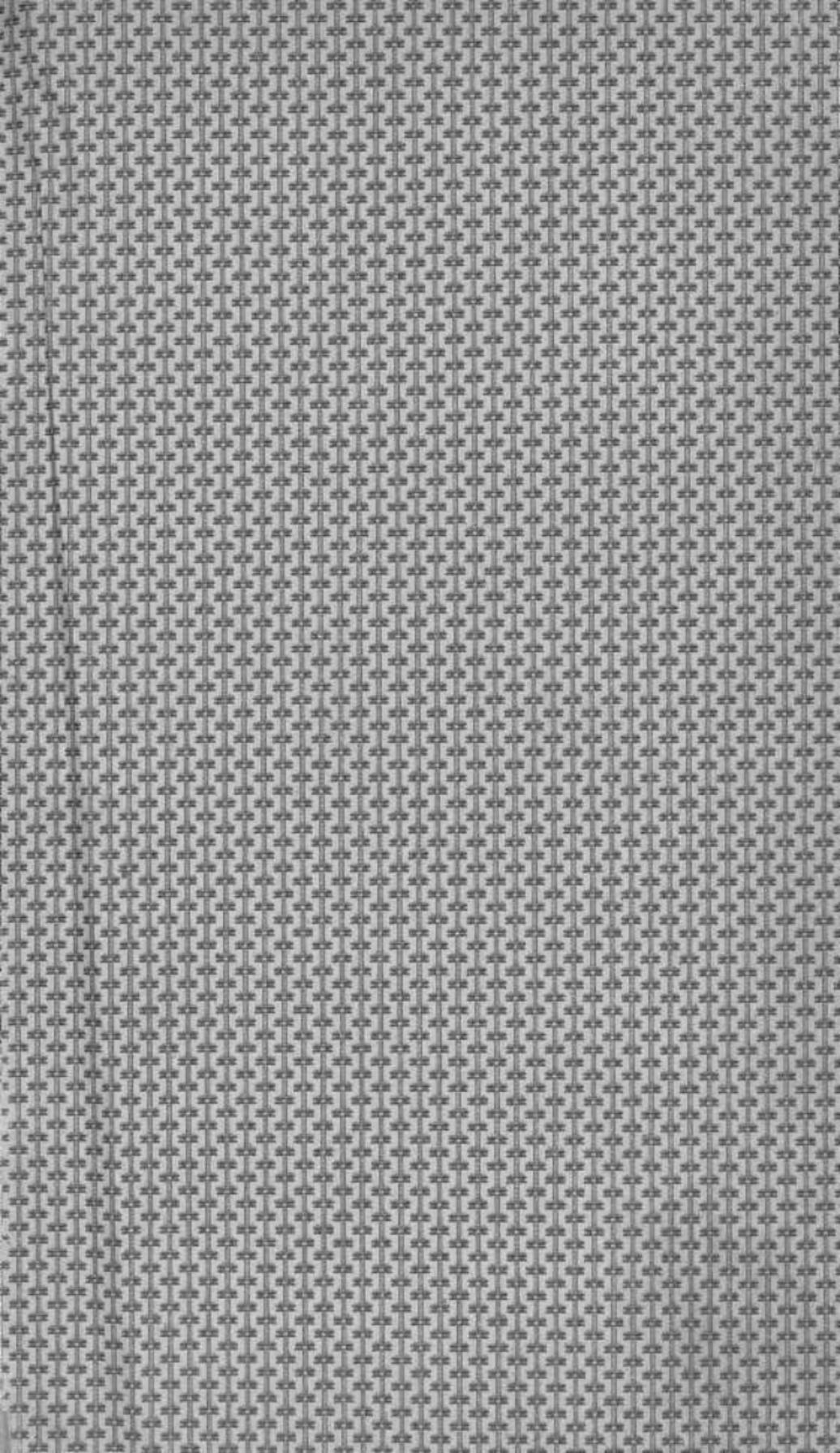


71

5871



OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA

OBRAS



LA MUJER

Severo Catalina

MADRID

José María

1870

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA

—
TOMO I
—

LA MUJER



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23

1876

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

D. SEVERO CATALINA ⁽¹⁾

Como de las fotografías, éste es el siglo de las biografías; y tan frecuente es tropezar con nuestra propia imagen impresa por la luz mecánicamente, como con nuestra vida, redactada también maquinalmente, no se sabe por quién ni á qué propósito. El siglo xx, para escribir la historia del xix, tendrá que empezar por destruir la mayor parte de los materiales que nuestra ociosa vanidad va acumulando.

Nada tan pueril, nada tan ocioso como la historia de las medianías ó de los individuos del vulgo: empeño parecido al de aquel que se propusiera poner nombre á cada una de las

(1) Esta noticia está extractada de la que, por encargo de la Real Academia Española, escribió D. Francisco Cutanda, y apareció al frente de la primera edición de ROMA.

espigas de un inmenso campo de trigo ó á las hojas de los árboles de un bosque; ¡y ojalá que cada uno en nuestra esfera, al haber pasado, resultara que habíamos sido tan inocentes y tan útiles como la hoja ó la espiga!

Nuestro siglo— y basta ya de generalidades—al paso que demanda biografías por ociosidad, ó para consolarse con las imperfecciones y flaquezas de todos; no puede sufrir siquiera el nombre de *elogio*; y en esto último tiene buen gusto. Para serlo, un elogio, ha de faltar á la verdad, aunque sea por omisión y disimulo, ó ha de pecar por parcialidad en la apreciación de los hechos.

La presente *Noticia* no se dedica á una mediana, ni tendrá carácter de encomio. Un hombre verdaderamente notable, retratado sin otra pasión que la muy legítima que inspira el distinguido mérito: hé aquí el sencillo cuadro que ofrecemos. Cuadro por demas interesante, porque raya en fenómeno. Humilde nacimiento en pueblo ni muy visitador ni muy visitado, hacienda poca, débil temperamento, predisposición á gravísimos inevitables padecimientos, vida muy breve, por una parte; y

por otra, pasmoso aprovechamiento en todo género de estudios, brillante carrera literaria, variedad de puestos y cargos, aptitud puede asegurarse que sobrada para todos y para todo, admiración universal, general simpatía, elevación natural y legítima á los más altos honores y destinos que la sociedad y las letras pueden proporcionar, sin queja, sin extrañeza, sin agravio de nadie.....; y todo esto sin otro valimiento ni intrigas que el mérito, sin saltos, ascensiones ni vuelos revolucionarios, sin favores caprichosos, sin abrazos ciegos de la fortuna. Para inventado, inverosímil; como hecho, admirable; para modelo, inimitable; y todos, sin embargo, lo hemos presenciado.

Cuenca, madre cariñosa de buenos ingenios y de varones ilustres, le vió nacer el día 6 de Noviembre de 1832, ayer, como quien dice. Su padre D. Casimiro y su madre D.^a Ángela del Amo, supieron, con reducidos medios, dar carrera á cinco hijos, que todos correspondieron dócilmente á sus cuidados. Desde Budia, provincia de Guadalajara, antiguo domicilio de los Catalinas, se trasladaron á Cuenca, porque

ofrecia mejores recursos para su grande objeto: la educacion de sus hijos. Él, de todos estimado por su honradez y mansa condicion, desempeñó muchos años la mayordomía, ó sea la administracion general de los bienes y rentas de la iglesia catedral, en aquellos *malos tiempos* en que las iglesias tenian bienes y rentas, y necesitaban mayordomos. Y por ser nuestro D. Severo el último que nació en aquella honrada casa, hijo ya de la vejez de sus padres, fué por ellos muy particularmente querido y acariciado, tanto que la D.^a Ángela apenas acertaba á vivir sin tenerle á su lado, ni él á respirar lejos de tan dulce compañía; y cuando la conveniencia y la necesidad trajeron consigo una dolorosa separacion, fué con la condicion expresa de que cada dia el cariñoso hijo habia de dar cuenta de su persona á la enamorada madre: y en efecto, en diez y seis años que vivieron apartados, no pasó un solo dia sin que él escribiese, á las veces con lápiz y sobre la rodilla, el deseado «vivo y te amo, y te estrecho á mi corazon, madre mia», que ella esperaba impaciente y recibia como naturalísimo tributo de cariño y de filial ternura. Misterios éstos de fa-

milia, no para referidos, y que irán ya escaseando cada dia más, segun van siendo de *vírgilas* nuestras costumbres.

Era el niño Severo, sin deformidad, más bien delicado que débil de temperamento, llevando entónces su cerviz trabajosamente el peso de la voluminosa cabeza, indicio muchas veces cierto de grande memoria y capacidad, y tambien de precocidad. Como si todo anunciara que aquel cuerpo, aquella persona estaban destinados á tener la *monarquía del cerebro* por constante gobierno. Porque la actividad que los niños emplean ordinariamente en probar y aprovechar y acrecentar el vigor de sus miembros, la dedicaba él á ver, atender y comprender y aprenderlo todo, tan apresurado, tan codicioso por saber, como si ya presintiera que del saber habia de necesitar pronto y mucho, y habia de poder disponer muy corto tiempo.

Por su afable condicion hacíase querer de todos, y sus travesuras se reducian á curiosidades y preguntas, extrañas en un niño, pero todas dentro de los límites de la oportunidad y de la prudencia, que parecian en él innatas, acompañándole despues toda la vida. De pri-

meras letras tuvo excelentes maestros; pero hay que reconocer que, según lo que en estos difíciles estudios adelantaba, algo de revelación ó de interior iluminación parecía descubrirse. Porque, cuando apenas hablaba ordenadamente, hizo la prueba, en presencia de algunos amigos de la familia, de relatar de corrido el abecedario á la inversa, ocasion en que uno de ellos, fijándose en esto y en la configuración y desarrollo de aquella cabeza, pronosticó ya lo que estaba destinado á ser el niño⁽¹⁾.

En cuanto á lo material de escribir, era pasión, era vocación la suya. No cesaba un punto de ejercitarse, y esto sin respeto á las paredes ni á las mesas, logrando así, no sólo un bello carácter de letra, excepcion casi única entre nuestros literatos, que hace muy legibles todos sus apuntes, sino suma facilidad y soltura, y costándole esta irresistible propension

(1) Se alude al Excmo. Sr. D. Fermín Caballero, constante amigo del Sr. Catalina, que le ha sobrevivido, y dedicado un artículo necrológico, notable, en medio de su brevedad, por el profundo sentimiento y la vehemencia y originalidad de estilo, que brillan en todas las obras de tan ilustre escritor como celoso patriota. Se publicó en el número 44 de *La Ilustración de Madrid*, correspondiente al 30 de Octubre de 1871.

algunas burlas y hasta reprensiones de sus maestros (1).

El latín, el mayor tormento de los niños, y en realidad el más complicado y difícil de los estudios, fué como diversion y recreo para Catalina. En dos solos años, es decir, con dispensa del segundo, llegó á ser tan consumado latino como los puede formar un Arte y lo consiente la niñez en que se encontraba. Otra edad, mucha lectura, el estudio comparado de los idiomas y una rara disposicion para dominarlos, le hicieron más adelante aprovechadísimo, y tan diestro en manejarlo como para enseñarlo. Así fué que cuando el último año de su vida buscaba en Biarritz distraccion pa-

(1) A este propósito podrian referirse algunas de las que llamaríamos de buena gana sus *travesuras caligráficas*. De tal modo manejaba la pluma, que era muy comun cuando se hallaba en reuniones de aquellas en que no conviene hablar y mejor es entenderse por escrito, verle cómo dirigia sus observaciones, avisos ó preguntas al compañero de enfrente con tal artificio, que resultaban en el papel rectos y al derecho los caracteres para el lector, y necesariamente á la inversa para quien los escribia.—Su *facultad*, y mejor dicho, su *facilidad imitativa* era tal, que á primera vista reproducia con pasmosa semejanza toda clase de letras, rasgos y firmas. Cosa que, ejercitada inocentísimamente y por pasatiempo, producía á menudo la sorpresa y la risa de sus íntimos amigos.

ra sus penas y para sus males, reunió en su casa varios jóvenes, que sin gramática ni casi estudio aprendieron en seis meses á traducir del latin, y hasta á componer tolerablemente, guiados por sus preceptos é ingeniosos métodos. Y como bien merecida alabanza del maestro y del discípulo, recordaremos aquí que en el Seminario conciliar de Cuenca, y bajo la direccion del presbítero D. Vicente Puerta, se formó en dos años un latino tan distinguido como D. Severo Catalina, el que ántes de cumplir los trece habia coronado los estudios de la segunda enseñanza con los del frances y el italiano, en que tambien salió muy aprovechado, en el Instituto de la misma ciudad.

Trece años, lo repetimos, tenia á todo esto; y si nos paramos un momento aquí á reflexionar qué torrente de ideas y de conocimientos habia ya para entónces entrado en aquella capacísima cabeza y tomado ordenadamente asiento, fijándose en ella para siempre, rayará en pasmo nuestra admiracion. Porque, deducido el tiempo de la primera niñez, el que necesariamente empleamos todos en el conocimiento de la creacion exterior, en aprender á

aplicar los nombres á los seres y á las cosas, en atesorar y ordenar ese inmenso caudal de palabras que á todas horas entra por los oídos y por los ojos del niño, y algo también descontamos para aquel ocio aparente y aquellas pruebas y ensayos, al parecer absurdos, en que á todas horas se ejercita, ¿qué espacio nos quedará para la adquisición y digestión de tantas ideas como ya formaban el rico depósito de saber del niño Severo en una edad tan tierna?—Ya se ve: para dar tantos y tan tempranos frutos, necesario era que la nutrición fuese tan perfecta como rápida.

Entonces, en 1845, vino á continuar sus estudios en la corte; pero, por gran fortuna suya, al lado y bajo la dirección de su hermano el señor D. Gabino Catalina, sacerdote ilustrado y amantísimo del niño, en cuya compañía vivió algunos años, y que durante ellos fué aquella segunda persona que suele existir al lado de los hombres ilustres, identificada con ellos, para prestarles á toda hora sus inapreciables oficios.

Dos años de lo que se llamaba filosofía, cuando andaba tan humillada que de ella se

ascendia á la medicina ó á la jurisprudencia, considerándola *facultad menor* y áun *arte*; dos años, en los que, como siempre, fué hallado sobresaliente, le prepararon para el grado de bachiller, que obtuvo por unanimidad á la edad de quince años, en 1847.

Ahora, para no dar á esta sencilla *Noticia* el aire de una relacion de méritos, copiaremos de los apuntes necrológicos del Sr. Antequera las siguientes cláusulas, en que se resume el resto de la carrera literaria de nuestro D. Severo: «Con la misma nota de sobresaliente ganó los ocho cursos de la facultad de jurisprudencia, desde este año (1847) hasta el de 1855, obteniendo los grados de bachiller, licenciado y doctor por todos los votos. Al mismo tiempo y con iguales censuras cursaba todas las asignaturas de la facultad de filosofía y letras, recibiendo en ellas los grados de bachiller y licenciado, y estudiaba dos años de árabe y dos de teología. Así fué que cuando en Marzo de 1857 tomaba el grado de doctor en la facultad de jurisprudencia, contaba, como dijo en aquel acto su padrino D. Joaquin Aguirre, muchas más notas de sobresaliente que años de edad

(eran á la sazón los suyos veinticinco). De este hecho se habrán visto muy pocos ejemplares en la historia de los más aprovechados alumnos. Hasta aquí copiamos al Sr. Antequera.

Tal es en compendio la historia de la carrera literaria del joven Catalina; y como tan en breve empezó á dar variados y sazonados frutos, ocurre á cualquiera inferir que para conseguir formar grandes y aprovechados estudiantes, no habría sino seguir la misma serie de asignaturas y el mismo método que él observó. Error, aunque disculpable; no está en las asignaturas ni en los métodos: está en la privilegiada capacidad é increíble aplicación del alumno, en este caso, el secreto del maravilloso aprovechamiento.

Falta, sin embargo, dar alguna idea de cómo completó su carrera literaria—el período de adquisición oficial de conocimientos—con el profundo estudio de las lenguas orientales, que á poco se convirtió en pasión dominante, y hasta en verdadera profesión de Catalina. Y porque de esto da alguna idea un precioso es-

crita suyo, que al mismo tiempo descubrirá cómo el fundamento de todo era la pureza de costumbres y un espíritu sólidamente religioso, no se extrañará que traslademos aquí algunos períodos, á riesgo de una temible comparacion entre los dos estilos.

Tuvo D. Severo, graduado ya y reconocido como una de las lumbreras de la primera universidad de España, la imponderable satisfaccion de apadrinar á su querido y respetado hermano mayor D. Gabino, en el acto de recibir éste la borla de doctor en teología, en 7 de Marzo de 1858. El discurso que pronunció en aquella memorable solemnidad, además de la acostumbrada elegancia y de exquisita ternura, ostenta no poca originalidad, y comprende datos muy interesantes para nuestro objeto.

..... «Diez y nueve años de edad, poco más tendria (dice de su querido hermano), cuando terminada su carrera de teología, se sentaba en una cátedra del Seminario de Cuenca; á la sazón, yo que hoy le sirvo de padrino, apenas daba vista al límite de la infancia, desde el cual comienza á divisarse el campo de la razón;

esto es, mi hermano comenzaba á ser maestro cuando yo no habia comenzado á ser discípulo; bien pronto comencé á serlo suyo.....; no por lo que hace á la educacion literaria, sino á otra educacion más trascendental, la religiosa; me enseñó á temer á Dios; me llevaba diariamente de la mano á postrarme en el templo de la Divinidad..... Sin su docto consejo yo no hubiera abrazado al tiempo mismo que el de la jurisprudencia, el estudio de las lenguas orientales..... Sin la cariñosa direccion de mi hermano, yo no hubiese llegado tan pronta y felizmente á punto de recibirlo en este sitio.....etc.»

Cabe en los demas estudios, hasta en el de las ciencias exactas, adelantar, suplir, adivinar mucho por intuicion ó en fuerza de una razon muy despejada: se concibe que muy niño aún Euler adivinase y dedujese por sí solo una buena parte de los teoremas geométricos que forman, con casi divino encadenamiento, los elementos de Euclides; pero ¿cómo dar un solo paso en el árduo estudio de las lenguas eruditas, sino en virtud de constante incansable aplicacion?—Sobresalir á un tiempo en todos los numerosos ramos que forman lo que

se llama jurisprudencia, los que en su mayor parte consisten en nociones positivas de aquellas que no se adivinan ni infieren como no se aprendan, y en el estudio del árabe y el hebreo, supone un hábito de atención y de aplicación extraordinario, y una como dualidad ó pluralidad en la facultad retentiva y distributiva del alma, que apénas se conciben ni se creen. Es verdad que venció al cabo la vocación á los estudios filológicos, hasta el punto de hablar de ellos á las veces cual ciego enamorado; como cuando su clara razón no comprendía las majestuosas sublimes creaciones de Miguel Ángel, ni con el cincel ni con el pincel, al representar con inimitable propiedad y grandeza los personajes y los asuntos bíblicos, á ménos de concederle profundo conocimiento de la lengua hebrea; cosa que nadie ántes habia sospechado siquiera, ni él mismo pudo mantener formalmente. Y si á los que somos vulgo nos atormenta el deseo de averiguar cómo distribuyeron los sabios sus horas y su tiempo hasta llegarlo á ser, no vayamos á inquietar á Catalina con semejante pregunta; su contestación seria: «¡Distribucion, distribucion! yo nunca

pensé en eso, yo estudiaba siempre.» Verdad que habremos de apellidar triste, porque acaso contiene la explicacion de la brevedad de una vida, que tanto hubiese convenido á las letras prolongar y dilatar. Preciso es transigir con estos excesos, á la manera que admiramos las increíbles austeridades de los anacoretas; de otro modo nos expondríamos á condenar la pasmosa laboriosidad de San Jerónimo, San Agustín, Santo Tomas, el Tostado y otros.

Era tanta la de D. Severo Catalina desde su más temprana juventud, que servia sin esfuerzo como despertador á los compañeros de hospedaje, á cualquier hora que lo necesitaran para sus ocupaciones extraordinarias; el estudiosísimo jóven nunca dormia las noches, y apénas se concedia dos horas de descanso, ya entrado el dia, para volver á la febril actividad. Porque si asombra lo que sabemos cómo y cuándo lo aprendió, es infinitamente más lo que vemos que aprendió y no sabemos cómo ni cuándo. Y nótese que entre sus muchos y notables escritos, ninguno hay que verse sobre punto alguno profesional; todos tienen cierto

carácter libre y misceláneo, que exige gran fondo y preparacion anterior.

Mejor prueba de su variada y rica erudicion tenemos en el hecho de haber empezado á distinguirse desde muy temprano en la prensa periódica, ejercicio que á conciencia y con dignidad es para pocos. Cursaba *leyes*, y por lo visto *letras, administracion y lenguas orientales*, cuando en 1852 contribuía ya con artículos al *Reformador conquense*, que se publicaba en la Ciudad, su patria; y en 1856 era redactor del diario político *El Sur*; y como observa el señor Antequera, «no fueron éstos sus trabajos más notables y más asiduos en la política militante. Su campaña más brillante fué la que hizo en *El Estado*, que publicaba el Sr. Campoamor en los años de 1857 y 58. Poco despues ayudó algun tiempo á los trabajos de *El Horizonte*, que se daba á luz en 1858; escribió en *La España* hasta Abril de 1864, en que fundó *El Gobierno*, que cesó en fin de Diciembre de 1865.» (Hasta aquí el Sr. Antequera.) Trabajos todos estos desempeñados con asombrosa precipitacion y, como suele decirse *stans uno pede*; por-

que solía despacharlos de sobremesa, rodeado de las personas que le eran familiares, sin desatender á sus conversaciones, haciendo de carpeta una orilla del mantel, y como quien juega con la pluma y rasguea con ella; pero trabajos no efímeros, no tan pasajeros como suelen ser los que alimentan á la prensa diaria—ligeras y hasta ociosas conversaciones sobre las cosas del día; que tal origen tienen otras como *La Mujer*, y capítulos muy importantes de *La Verdad del Progreso*, que han echado hondas raíces en el campo de nuestra literatura contemporánea, con trazas de perpetuarse y de pasar á la posteridad.

Otra prueba conviene añadir de la universalidad, digámoslo así, del talento de D. Severo Catalina. Ya produjo nuestra admiración el verle tan dispuesto, tan especial para todas las ciencias morales, como para la erudición, la filología y la lingüística; ya nos quedamos asombrados de la docilidad de aquellas grandes facultades tan útiles para toda clase de estudios... Pues bien, ¿adónde llegará nuestro asombro al considerar que aquella mente,

aquella memoria tan sobrecargada de signos, de reglas, de textos, de hechos, no comprimiese, no ahogase cualquiera expansion, cualquiera lozanía de la imaginacion y del ingenio?—¡Catalina era poeta! no sólo como lo han sido y tienen que serlo todos los buenos escritores, sin exceptuar los naturalistas, los químicos, ni los mismos médicos, puesto que no cabe agrandar en ningun género sin algo de creacion y de fantasía, á cuyo agrado podriamos llamar *elemento poético*; sino *ex-professo* y tomando este mismo agrado y gracia y galanura como principal objeto.

Catalina dedicaba sus *ocios* (si es que alguna vez estuvo ocioso) á ensayarse en la poesía. Aficion que conservó siempre, y á la que debemos restos muy curiosos y hasta notables. El carácter de sus poesías, las buenas cualidades que en ellas dominan, son la sencillez, la correccion, la delicadeza, la ternura y á veces la gracia; que rara vez en las composiciones libres y espontáneas dejan de quedar retratadas la verdadera índole y la condicion del poeta.

De nada huimos tan cuidadosos como de la

exageración, á que tan propensos suelen ser los escritos de este género; no presentamos á Catalina como gran poeta; sea por lo que quiera, no ha dejado obras que á tal eminencia debán ensalzarle. Pero, además de las cualidades que hemos creído reconocer en las pocas muestras y ensayos que se nos han comunicado, hay una dominante y harto rara al mismo tiempo; la flexibilidad, la suma facilidad en imitar á los demás poetas, incluso los eminentes, hasta el punto de equivocarse muchas veces la imitación y el modelo. Y para que se vea cómo su feliz imitación se extendía á géneros diversos y hasta á los casi opuestos, baste indicar que en un solo rato de buen humor, ó cuando ménos en una misma ocasión, se propuso imitar á Fr. Luis, á Quevedo, á Hartzenbusch, á Lope de Vega, á Campoamor, á García Gutiérrez, á Calderon, á Moreto, á Tirso de Molina, á Rioja, á Martinez de la Rosa, á Melendez, á Selgas, á Santa Teresa, á Jorge Manrique y á Ruiz de Alarcon; escritores á cual ménos imitable. Ardua empresa que desempeñó sin esfuerzo y gallardeándose en un rato de esparcimiento; tributo á una reunion

casera, precisamente en la ocasion que ha solido producir las peores posibles coplas, una noche de *estrechos*.

Persuadido como estoy de que en estos casos habla más claro una muestra que cien reflexiones, copio dos ó tres imitaciones de éstas, por lo breves, y una composicion original, que tanto yo como mis lectores á buen seguro que deseáramos fuese más larga.

DÉCIMA EN EL ESTILO DE CALDERON.

Si ama el céfiro á la rosa,
 Y ama la rosa al rocío,
 Y la clara fuente al rio,
 Y á la luz la mariposa.
 ¿Por qué en soledad penosa
 Ha de negarnos amor
 La dicha, que á su sabor
 Gozan por merced del cielo
 El aura y el arroyuelo,
 La mariposa y la flor?

IMITANDO Á RIOJA.

Más precio yo la paz de mi cercado
 Y el fresco toldo de mi verde parra
 Que el techo artesonado
 Con oro y jaspe de invencion bizarra.

El soplo de Favonio, el concertado
Trino del ruiseñor, que en la espesura
Cele su blando nido,
Traen al despierto oído
Tesoros de dulzura
Que nunca humana voz ha producido.
Amen en las ciudades,
Presos en red de torpes veleidades,
Los que de amor liviano se alimentan.
Yo bendigo el descanso
De los amantes que sus penas cuentan
Al arroyuelo cristalino y manso,
Y con su lloro ardiente
Ensanchan el caudal de la corriente.

DÉCIMA IMITANDO Á SANTA TERESA.

Alma esta noche nos llama
A que tratemos de amores,
Y á que de Aquel te enamores
Que ántes de nacer nos ama.
Huye la mentida llama
Con que el mundo te embelesa,
Sus encantos mide y pesa,
Y advierte que todos son,
Ménos que fuego, carbon,
Ménos que carbon, pavesa.

No son éstos ciertamente prodigios de poesía; pero mucho me engaño si no causan general complacencia, considerados como imita-

ciones, como pruebas de que Catalina había penetrado el espíritu de cada poeta y sabía ajustarse á su verdadero estilo.

De entre sus pocos versos originales, elegirémos, por la ternura y la melancolía que ostentan en cada renglon, las siguientes seguidillas:

Cuando viniste al mundo,

Tu dulce guarda

Los ángeles del cielo

Se disputaban,

Los más hermosos

Tienden sobre tu cuna

Sus alas de oro,

De tu madre al arrullo

Tranquila duerme,

Y aunque un trono tuvieras

Cuando despiertes,

Despierta tarde,

No hay trono cual los brazos

De nuestra madre.

Crece, niña hechicera,

Crece lozana,

Como árbol en la orilla

De limpias aguas.

Crece, y que nunca

Se nuble el claro cielo

De tu ventura.

Ángel de la esperanza,

Risueño y puro,

Tú comienzas el viaje,

Yo lo concluyo.

Quizá los rayos

Que iluminan tu aurora

Doran mi ocaso.

Mas si un día, en el fondo

De tus recuerdos

De mi voz apagada

Resuena el eco,

Piensa que he sido

El primero en cantarte

De tus amigos.

¡Qué suave melancolía la de estas dos últimas estrofas, y más ahora que vemos realizados los tristes presentimientos del vate!

A buen seguro que á nadie le entra deseo de analizar esta sencillísima composicion; harto hará cada uno si logra distraerse, pensando en cualquier cosa, para contener una importuna lágrima. Basta de poesía, la menor de las dotes de D. Severo Catalina.

Pues ¿cuál fué la mayor?—se preguntará.— Para contestar sin ese orgullo censorio que suele acometer á los pequeños cuando se llaman á sí mismos ó se consideran llamados á juzgar á los grandes, diremos que brilló más

en lo que frecuentó más, porque lo que es el acierto le acompañaba siempre.

Repárese que nació en el año de 1832, y vivió hasta el 18 de Octubre de 1871. Estuvo, pues, su corta vida como ajustada á una época y á un reinado..... No es del caso juzgarlos; baste decir que Catalina vino al mundo, y se crió, y creció, y se desarrolló, y maduró, y dió exquisitos frutos, y ántes de marchitarse desapareció, todo dentro de la época más cuestionadora, más contenciosa de toda nuestra historia. Porque divididos todos en dos bandos, el bando de *lo que fué* y el bando de *lo que no haya sido nunca*, y subdivididos todavía en infinitas especies de estos dos grandes géneros, bien puede asegurarse que el carácter más general es la divergencia, la polémica, la disputa, el horror á la unanimidad. El que no ha nacido para disputar no ha nacido para nada en esta época de controversia. Y así como el que nace y se cria en casa del director de una academia de baile cree de buena fe que el hombre ha nacido para bailar, y el que en una casa de juego está seguro de que jugar es lo principal, los que pertenecemos á la época de que

hablamos consideramos que el destino de un español es disputar *mucho, fuerte y bien*. ¡Quién sabe si entre nosotros la misma *disputa* es el principal objeto de la *disputa!*....

Pero lo que importa para nuestro objeto es que Catalina vino al mundo en una época de universal controversia, y que viniendo adornado de todas las cualidades convenientes para distinguirse entre los disputadores, todavía supo reforzarlas y perfeccionarlas él con el continuo estudio.

No están, que sepamos, hasta hoy teóricamente señaladas las condiciones del verdadero periodista. Cada uno de los del oficio — y casi todos lo son — tiene su método particular de ejercerlo, exceptuando algunos que no tienen ninguno. Para halagar á los suscritores y aumentar su número; para imponer respeto á los contrarios, sin familiarizarse demasiado con los amigos; para juzgar de cuanto pueda ocurrir; para lidiar fiscales sin frecuentes cogidas; para *impersonalizar* las personalidades; para fingir que se sabe todo, y más particularmente lo que más se ignora, es necesario tener una disposición, una vocación especial.

Nunca perteneció Catalina al vulgo de los periodistas. Escogía casi siempre las cuestiones más graves y difíciles; sabia ilustrarlas con buenos datos y excelente orden; las presentaba adornadas con su peculiar agradable estilo; cerraba todas las puertas á los adversarios, y tal arte se daba, que para contestar á una de sus columnas, bien necesitaban diez los que se empeñaran en contradecirle.

Tenemos ya á nuestro D. Severo entregado á la política y al ejercicio de periodista, que por espacio de catorce años habia de absorber toda su atencion, robando á las letras españolas lo mejor de una vida tan corta y tan preciosa. Si vaciló al principio ántes de tomar decididamente partido, no es cosa que interese mucho averiguar, ni que, averiguada, pudiera en modo alguno desacreditarle: que ninguna de nuestras muchas parcialidades tiene vinculada la razon en su gremio, y ántes de dejarse ir por una de tantas sendas, no es de extrañar que probase y tantease, discreto, la direccion y el probable término de algunas de las demas. Lo importante es que, en el violento peligroso ejercicio de esta profesion, de ninguna

manera se corrompieran ni su corazón ni su moralidad ni su estilo.

Había cobrado miedo á los excesos que se cometen á título de libertades, odio á las varias especies de tiranía que se ejercen con ese nombre seductor. Creía firmemente que habíamos tomado ya bastante de ese fuerte alimento, necesitando reposo para digerirlo. Observaba lo cortas que eran las jornadas que en este peligroso camino hacía la nación que á todas las demás europeas ha servido de modelo, la Inglaterra; y cómo se aguarda allí á que esté bien seca y afirmada la obra, ántes de proseguir la construcción con riesgo de edificar sólo para próximas ruinas y hundimientos. Y todo esto le hizo cauto, desconfiado, tímido en punto á progresos, más amigo de aprovechar lo adquirido que de aspirar á lo extremado y lo desconocido. Pero como la aplicación de sus grandes facultades y el homenaje que sus contemporáneos habían de prestarle pendían del magisterio, de la prensa y de la tribuna, verdad que á él ménos que á los demás se le escondía, hubo de trabajar siempre con la desventaja de procurar restringir y limitar

aquello mismo de que únicamente podia esperar un distinguido papel en la escena política. Situacion algo embarazosa, de que habian participado más ó ménos sus antecesores Bálmes y Valdegamas y cuantos han tenido que aprovecharse de la libertad para hacer guerra á los excesos de la libertad. Como el albañil demoledor, que golpea y pica en el arco mismo en que está subido.

En lo que siempre caminó animoso, decidido y tan impetuoso como el que más de nuestros escritores, fué en la defensa y desarrollo del principio religioso católico. Bien fuesen sus profundos estudios bíblicos, ó la solidez y sinceridad de su fe, ó el piadoso espíritu que sus padres, su respetable hermano y sus primeros maestros habian sabido inspirarle, ello es que á cualquier propósito siempre brotaban en su conversacion, en sus escritos y en sus discursos las ideas religiosas, hasta el punto de que, si por lo dominante en casi todos ellos hubiésemos de clasificarle, su lugar estaria decididamente entre los apologistas católicos.

Dicho se está cuáles serian sus convicciones

en todos los puntos en nuestra época disputados acerca de la dignidad, prerogativas y altísima supremacía del pontificado. Apenas tiene igual en esto Catalina, ni entre los escritores antiguos ni entre los modernos, entre los italianos ni entre los españoles. Los Gracianos, los Baronios, los Palavicinos, los Rocca-bertis, los Mamachis, los Devotis, los Inguanzos, los Bálmes, los Donosos, no fueron más finos amigos de la Santa Sede. Llegó hasta donde era posible llegar, á más habria aspirado si hubiese atinado á concebir más. ¡Qué constante aversión al protestantismo, qué menosprecio de los regalistas, qué ira contra los católicos tibios é indecisos, qué exaltacion con las glorias del pontificado y las virtudes y grandezas de cada uno de los innumerables sabios, los grandes hombres y los grandes santos que han ocupado la silla de San Pedro!— Como verdadero enamorado, jamas concibió ni consintió excepciones ni límites en los derechos del objeto de su ardiente pasion. Hablaba en estas materias como profundo canonista, y hasta como sabio teólogo, y traia y hacia servir á su propósito ingeniosamente to-

dos los hechos de la historia y todos los tesoros de su memoria, de su poderosa razon y de su fecunda imaginacion.

En la imposibilidad de enumerar los notables trabajos de este orden de D. Severo Catalina, citaremos sólo una serie de artículos que dedicó en *El Estado* á la cuestion á que dió lugar la separacion del niño Edgardo Mortara de casa de sus padres, judíos de Bolonia; la que publicó al acercarse la celebracion del Concilio Ecuménico del Vaticano en 1869, y la última de sus tareas periodísticas, escrito dado á luz con motivo del aniversario xxv de la exaltacion á la silla pontificia de nuestro amantísimo esclarecido Pontífice Pío IX. La obra dedicada á la cuestion Mortara, y luégo retocada é incluida como capítulo, aunque algo episódico, en *La Verdad del Progreso*, es el más acabado modelo que puede proponerse del modo de tratar estas controversias, superior á cuanto conocemos, español y extranjero, de los tiempos modernos en su género.— *El Concilio* y *El Aniversario vigésimoquinto de Nuestro Santísimo Padre Pío IX*, aunque no son trabajos de tanto empeño, brillan por la opor-

tunidad, la erudición y la elegancia de la forma.

Lo repetiremos: periodista Catalina, pero de primer orden, era familiar para él la táctica sublime del periodismo, y hasta los que sin duda serán sus secretos para nuestra pequeñez. Los periodistas vulgares se arrojan sencilla (íbamos á decir inocentemente) á la práctica del oficio; los jefes, los corifeos, ejercen su ministerio de una manera más trascendental. Modesto, confiado, sencillo Catalina en su conducta familiar y doméstica, era previsor, astuto y casi fiero como escritor político.

Medio término entre publicaciones periódicas y libros son *La Verdad del Progreso* y *La Mujer*, obras sin embargo que bastan para establecer la reputación de un escritor; obras que cuesta mucho creer puedan ser de un mismo autor, por lo diferente y hasta lo opuesto del género y del estilo.

La Verdad del Progreso, escrita con celo, con fervor y hasta con exaltación, teniendo muy á la vista las del Conde de Maistre, Chateaubriand, Bálmes, y algo las conferencias del

P. Félix, es frecuentemente elocuente y á las veces retórica. Trozos podrían citarse que parecerían elegidos entre lo mejor de nuestros grandes místicos; trozos acaso demasiado torneados.... El todo es admirable, más como conjunto de sanas y cristianas ideas felicísimamente expresadas, que como cadena de raciocinios encaminados á un solo objeto. No faltan proposiciones aventuradas y algunas paradójicas. Sobre todo, se advierte que el autor, en medio de su entusiasmo, no veía más que su propio campo, no dignándose ni reparar siquiera en el de sus adversarios⁽¹⁾. De aquí resulta que la disputa es completamente estéril; ni se define bien lo que ha de entenderse por progreso, ni se distingue entre el sensualismo y el estudio de la naturaleza, olvidando que los pueblos más ignorantes han sido y son los más sensuales; ni se define desde qué punto empieza á ser pecado el adelanto material y el estudio de las cuestiones psicológicas. La pasión suele producir obras elocuentes; rara

(1) Pueden contarse como tales D. Emilio Castelar en *La Fórmula del Progreso*, y D. Carlos Rubio en *La Ley del Progreso*, que se habían publicado por entónces.

vez obras verdaderamente útiles y prácticas. Parece carácter de nuestro siglo; en las controversias políticas y religiosas, por no empezar poniéndose de acuerdo siquiera en el significado de los términos, caminan paralelamente los contendientes, sin encontrarse ni trabar verdadera batalla nunca.

Vaya ahora una muestra, si no de verdadera elocuencia, de grandeza bíblica, tomada sin elegir casi del primer capítulo: «Mientras los pueblos de la tierra entretenían á la infantil humanidad con juguetes de piedra como las pirámides de Egipto y los templos de Tébas, el pueblo hebreo le enseñaba á leer en las páginas que escribía Moisés; aquellas pirámides y las ruinas de aquellos templos son hoy fósiles apreciables de una civilización que murió porque no progresó; que no progresó porque le sobrababan dioses y le faltaba Dios.....»; y poco después continúa: «..... cuando toda carne corrompió su camino, y sólo maldad se albergaba en todo corazón, Dios lavó la tierra que había formado, con un diluvio cuyos imponentes vestigios hoy estudia atónita la ciencia; borró la creación viviente como si borrara una pala-

bra que se arrepintió de haber escrito en el libro de su omnipotencia; y un justo y su familia sirvieron de retoño al árbol de la humanidad, tronchado y arrastrado por las aguas.»

Entre las muestras de elocuencia mística que podrian tambien citarse, tomaremos algunas cláusulas del mismo capítulo. «El último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del progreso; el Cristo muere en una altura que se ve; en otra altura que no se ve está el término codiciado; la humanidad está entre las dos; está en el valle de lágrimas; Jesucristo en la piscina de Bethsaida ha dicho al paralítico: «levántate y anda»; y el paralítico es la humanidad postrada por la culpa y vuelta al movimiento por la muerte del justo; «dejadla andar», diremos á los espíritus soberbios que se oponen á su marcha: *sinite abire*; quitadle las ligaduras del error en que la teneis aprisionada, etc.....» No sé si los teólogos perdonarán á un *lego* el atrevimiento de decir todo esto, invadiendo así los límites de la exposicion místico-alegórica; no sé si merece el nombre de *lego* el que esto acierta á decir; pe-

ro es necesario acudir á los inmortales escritos de nuestros insignes místicos para hallar cosa parecida.

La Mujer, es la obra más popular del señor Catalina; raras son las que alcanzan en España á la cuarta edicion en tan pocos años; las observaciones, sentencias y chistes de *La Mujer*, se repiten y celebran por todos. Es tambien la más *seglar*, y, en el buen sentido, la única *profana* que nos ha dejado. Siendo cierto que salió á luz á trozos en artículos en un diario político, algo ántes hubo de ser de la fecha que lleva el *proto-humorístico* prólogo del Sr. Campoamor, 1.º de Enero de 1858, y cuando el ingenioso autor distaba todavía bastante de la mayor edad. Que su contenido son *Apuntes para un libro*, se advierte desde la segunda línea de la portada, y se cumple con sumo despejo y gracia en toda la obra.

¿Cómo la clasificaremos?—Decididamente como individuo muy distinguido de la amenísimá familia de los *Ensayos ligeros*, casi desconocida hasta poco há en nuestra literatura, al paso que tan honrada y tan numerosa en la

francesa, y más en la inglesa. Y decimos *Ensayos ligeros*, porque *pesados* nos sobran acerca de variedad de cosas. Nada ménos que un Bacon probó de los primeros sus fuerzas en este género en Inglaterra, y un Montaigne en Francia, y sus *Ensayos* no envejecen. En la primera siguió el grande ejemplo una serie de escritores insignes, Ciolding, Addison, Steele, Johnson y otros varios; prosiguiendo el cultivo de este género tan encantador plumas como las del festivo americano Irving y de Dickens en nuestros días. Francia, sin ser estéril, no ha sido tan rica. Nuestra pobreza, aunque condescendamos en contar en esta clase al obispo Guevara y á Pedro de Mejía y á Feijóo, hasta el presente siglo, era solemne y notoria; luégo hemos mejorado mucho de fortuna con las obras festivas del Curioso Parlante, de Abenamar, de Larra y de cierto Estudiante, que á estas horas debe estar ya graduado, y muy graduado, segun nuestra cuenta.

Exige este difícil género, más que otro alguno, chispa, originalidad, agudeza, gracia, ligereza, brevedad; pero constantes, continuas, inseparables compañeras; y todas ellas asistie-

ron muy oficiosas al Sr. Catalina en el desempeño de su tarea, sin espantarse de tantos y tan serios estudios como casi llenaban la casa. Ahora, al observar la alegría y el despejo con que llevaba la carga desde el principio hasta el fin, imposible es desconocer que había nacido para ello, ¿y para qué no su flexible universal talento?

Generalmente son los *Ensayos* de que hablamos quinta esencia destilada hábilmente despues de contiúuas observaciones y de larga experiencia. En el presente caso no pudo ser así: ¿cuándo, á los veinticuatro años había tenido Catalina tiempo y ocasion de hacer observaciones, ni de adquirir experiencia en punto á los misterios recónditos del alma y del corazon de la mujer?—Si en tan peligroso ejercicio se hubiese entretenido, por cierto que no disfrutaríamos hoy de esta ni de sus demas obras. La intuicion y el buen sentido práctico, cierto que suelen ayudar y suplir mucho; pero en punto á lo que llamamos mundo y conocimiento de caracteres, muy poco; esto se logra sólo con el comercio de los hombres y la asistencia contiúua á la buena sociedad.

10 Llama la atención ante todo en este librito la erudición. Porque, ó es casual ó buscada; si casual, ¡cuánta y qué vária lectura! si buscada, ¡cuánto tiempo invertido en hallarla!—Prefiere la erudición moderna, la posterior al cristianismo, á la antigua filosófico-pagana. De toda forma y distribución metódica se sacude hábilmente: «Cuando un filósofo, dice, un crítico de superiores luces y más feliz ingenio escriba *el libro*, en buen hora se le obligue á entrar por el carril de los métodos.»

11 El estilo es constantemente *de apuntes, no de libro*. Cortado, humorístico, jugueton á las veces, lleva la concisión y la aparente ligereza hasta un punto casi desconocido entre nosotros; modelos, apénas los tenemos, y no puede ménos de recordarse un periódico tan maligno como ingenioso de 1854 al 56. En Francia hay mucho de esto hasta en los escritores más serios, desde el cortado y estrecho período de Fenelon, de Montesquieu, de Voltaire y de Juan Jacobo, hasta el casi bíblico y sentencioso de Lamennais. Pero el estilo del señor Catalina en esta obrita es todo español, y á mi entender no es imitación de ningun otro.

Da lástima haber de contentarse con decir que abunda *La Mujer* en gracias de diction, de locucion y de estilo—de palabras, de frases y de períodos; porque es un conjunto, un mosaico de todas estas gracias.—¿Muestras?...—Sería necesario convertir esta *Noticia* en quinta edicion de *La Mujer*.—Sorteemos las páginas, abramos por donde salga: «La luna que boga majestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la region de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida; hé aquí el amor.»—Otra cita, volviendo á sortear páginas, es de género muy diferente: «Para los colegiales atolondrados y los que se llaman hombres de mundo, porque viven en el mundo, es de rigor comenzar *escribiendo ó hablando*, sea cuales fueren las circunstancias y sea cual fuere la mujer elegida para la víctima.—Con una metralla de *sentimiento, impresiones, alma, corazon, juramentos, felicidad* y todas

las otras frases que hay en otros ciertos *libros para escribir y dictar cartas*, esperan los enamorados vulgares tomar la fortaleza y conseguir la conquista.»—¿Chistes?... pero chistes delicados y oportunos hay innumerables. Profanacion sería, á nuestro entender, entresacar algunos ó extractar chistes.

Resultado: la forma de *La Mujer* es como correspondia, bellísima, deliciosa; y al observar cómo los borradores de esta linda obrita andarian sobre la misma mesa mezclados y barajados con cuartillas de lecciones de hebreo y de artículos de fondo, y que todo salia de una misma cabeza y de una misma pluma, no es de admiracion, es de pasmo de lo que nos sentimos acometidos. No habrá quien dispute á estas preciosas páginas el ser tesoro de agradable poesía, ni á su autor los títulos de poeta y de excelente *colorista*. Pero ¿reune en grado igual las dotes de filósofo y de moralista?—¿Es el libro tan profundo, tan práctico, tan doctrinal como ameno?—Veámoslo imparcialmente.

Ante todo reconocemos que en libro, al parecer tan ligero, no se encontrará una sílaba

que desdiga de la delicadeza y del decoro más exquisitos. ¡Cosa admirable y que descubre la pureza y severidad del autor! El suave calor que reina en toda la obra nunca degenera en sensual; no hay en ella cosa que deba disgustar ni á la más pura y escrupulosa de las madres.

El Sr. Catalina, al escribir esta preciosa coleccion de *Ensayos*, no cabe dudar que se propuso hacerlos útiles, moralizadores, prácticos. El primero lleva por título *La educacion*, y en él parece que se quiere presentar el programa de lo que debiera ser la de la mujer: «Infundir y fortificar en la mujer, dice, una virtud ilustrada más poderosa que los infortunios que la esperan, y más dulce y arrebatadora que las seducciones que la amenazan.....»; y de educacion se continúa hablando en cada página, y frecuentemente se acusa al hombre porque no se esmera y se extrema en proporcionar á la mujer una excelente educacion; y ya cerca del fin se declara que ésta no es otra que la educacion cristiana. No puede, por tanto, estar más descubierta la intencion de publicar una obra tan moralizadora como encantadora; ni seremos nosotros los que pongamos

en duda que en la frase *educacion cristiana* puede considerarse comprendido cuanto contribuye á la perfeccion de la mujer en todos los estados.

Ocorre, por último, preguntar cómo ha sido recibida por el bello sexo; porque más afecto, más delicadeza, más galantería no cabian. Ninguna mujer queda del todo contenta con su propio retrato, y todas convienen en preferir que las tengan por *indefinibles*. ¿Será que se reserven siempre la facultad de variar en algo? —Así es que esta obra y todas sus semejantes son recibidas por la parte interesada con cierta sonrisa mezclada de compasion y de cortés agradecimiento. Puede asegurarse que entre los numerosos lectores de *La Mujer*, ellas forman una mínima parte.

Antes de despedirnos de estas amables tareas de D. Severo Catalina, que constituyen lo que podria llamarse sus *juvenilia*, y en que por cariño nos hemos detenido tanto, advertiremos que por una verdadera casualidad se ha descubierto recientemente su proyecto de otro ensayo, titulado *El Hombre*, cuyo bosquejo y distribucion tenia ya trazados. Nada más na-

tural: *La Mujer*, en la juventud, en la edad de la imaginacion, de la ilusion y de la poesía; *El Hombre*, en la edad madura, la de la ciencia, de la experiencia y de la filosofía. Ahora, y sin perjuicio de completar y cerrar dentro de poco su corona de escritor, considerémosle un momento como profesora y catedrático; punto en que tenemos que limitarnos á las noticias aprovechadas ya por el Sr. Antequera.

«Ya ántes de tocar al término de su carrera, habia merecido..... sentarse en la silla profesoral..... Una Real órden de Marzo de 1852 le conferia, á los 19 años de edad, el cargo de sustituto de la seccion de Letras, que le dió asiento en varias cátedras, hasta que en 1855 se le dió el mismo cargo para la de hebreo. Qué aptitud y qué inteligencia demostrase en el desempeño de esta cátedra, lo dice el hecho bien elocuente de que al abrirse dos años despues las oposiciones para conferirla en propiedad, mereció el primer lugar en la terna y fué nombrado para ella.—Como no habia tarea ni esfuerzo superior á la capacidad de Catalina, apénas nombrado catedrático, tomó á su cargo

dos cátedras con la misma facilidad que pudiera haber tomado una sola.» —Hasta aquí el Sr. Antequera. Refiere en seguida la ocasión que hizo necesario revestirle de este doble profesorado, que continuó desempeñando hasta su emigración á fines de 1868.— Poco después completa el mismo escritor á quien seguimos, este cuadro en los términos siguientes: «Amaba Catalina el profesorado y daba á sus actos toda la importancia que les es debida. Desempeñaba su cátedra con gran puntualidad y celo, sin excusarse de esta tarea ni aun en el tiempo en que era director del ramo, y en que su salud, hartamente quebrantada y expuesta á muy graves contingencias, reclamaba imperiosamente el descanso. Asistía con asiduidad á todos los actos universitarios; y aunque alejado de las aulas en los últimos momentos de su vida, quiso ser enterrado con la toga y el birrete, símbolo del ministerio nobilísimo á que había consagrado gran parte de ella.»

Asonda la multitud y la felicidad de sus estudios; carrera literaria más laboriosa y más dilatada, difícilmente se podrá citar en nuestras universidades; y como á tan increíble

actividad se añadía igual intension y aplicacion, bien puede asegurarse que Catalina fué idólatra del saber, hasta sacrificarle su salud y su vida con una devocion, una consagracion de que podrán citarse muy raros ejemplos.

Era tan notorio su aprovechamiento, que, deseando el Gobierno sin duda conocer á fondo los tesoros que se custodian en la Biblioteca Nacional, tanto manuscritos como impresos, en punto á lenguas orientales, por Real orden de 21 de Marzo de 1855 dió comision á Catalina para su exámen y reconocimiento. Pudo haber en esta resolucion algo de condescendencia y deferencia con los deseos del jóven profesor, para que nada de lo tocante á su estudio favorito dejase de franqueársele en aquel rico establecimiento; pero ¿cuántos jóvenes á los veintitres años habrán deseado, ni merecido, ni obtenido distincion semejante? Esa precoz madurez, ese pasar casi repentinamente de discípulo á distinguido profesor en todos los ramos del saber, formaban el carácter distintivo de nuestro malogrado académico.

Fué tambien hombre de Estado. Desde muy

temprano presintió que estaba llamado á figurar en primera línea; y quién sabe si alguna vez le alentaria en sus penosas tareas y le consolaria en sus vigiliás la idea de que todo aquello no era sino preparacion para los más altos destinos. Santa especie de ambicion esa, hablando á lo profano, que se funda en procurar merecer tanto, que el galardón venga á ser natural y como infalible y hasta necesario.

Su carácter y su ciencia inspiraban confianza; su exterior, su porte y su estabilidad, universal simpatía. Seguro en sus convicciones, firme en sus propósitos, decidido en sus actos, á todos puede decirse que agradaba, y todos le dejaban adelantarse y ascender, como reconociendo legítima su elevacion, merecido su encumbramiento. Luégo, que no hay partido que no necesite hombres de capacidad y que con su saber y su asiduo trabajo los acrediten y proporcionen lucimientos de esos que no consisten en frases, declamaciones y alardes.

Elegido diputado por Alcázar de San Juan en 1863, y cuando contaba treinta años de edad, lo fué luégo, sucesiva y constantemente por Cuenca hasta 1868, y no permaneció ocio-

so; y en ocasiones señaladas pronunció discursos muy notables y aplaudidos, como el que puede llamarse célebre acerca de la instrucción primaria, en la legislatura de 1867 á 1868, al que precedió otro muy notable en la misma legislatura cuando se discutía el mensaje de la Corona, y varios que pertenecen ya á la época en que desempeñaba el Ministerio de Marina el último citado año.

El carácter distintivo de su oratoria era la corrección, la posesion de la materia discutida, la ilacion lógica y casi matemática de sus raciocinios, la abundancia de doctrina, y sobre todo la que él, acaso el primero, designó con su favorita expresiva frase *tranquilidad y serenidad de razon*, que brilla en todos sus escritos y discursos. Sin conocerlo, y mucho ménos proponérselo, aparecía *quasi docens* en el Congreso, en las comisiones y juntas, y hasta en las conversaciones serias; consecuencia del largo hábito de explicar en las cátedras, pero sin asomo de pedantería pedagógica.

Por desgracia, la naturaleza—mal dicho entre cristianos—la Providencia, que le había mejorado tanto, le había negado la robustez,

la anchura de pecho, la poderosa voz, y hasta aquella firmeza en la apostura y la planta que exigen de parte de sus oradores las grandes juntas y los congresos. Temeroso de desfallecer, conociendo la debilidad de su persona, economizaba sus discursos, llegando á confesar, tristemente resignado, que no siéndole dado aspirar á la vehemente declamacion de Demóstenes, habia de consolarse con una hábil invencion y disposicion, como Isócrates.

Destinos: en 1864 fué nombrado director del Registro de la Propiedad, ramo á la verdad bastante inconexo con sus particulares aficiones y estudios. Pero nada parecia nuevo á Catalina; y como algun amigo le confesase su admiracion al ver la expedicion y el acierto con que resolvia todo género de cuestiones, aún aquellas para las que no podia hallarse preparado, contestaba: *que era por cierto muy menguada la luz que no lo alumbraba todo, y que el sentido comun era casi siempre guía suficiente y segura*; en lo que se engañaba, creyendo que era *sentido comun* el suyo privilegiado.

Supo hacer oportuna dimision de aquel cargo, y en 1866 se le confirió la Direccion de

Instrucción pública, que por espacio de tantos años ha parecido vinculada en la Academia, á cuyo propósito contiene observaciones el opúsculo necrológico del Sr. Antequera, que bueno será copiar, ya que no acertamos á mejorarlas. «Y no fué poco acierto, dice, nombrar á un hombre que aportaba..... á la vez con la práctica en la enseñanza, un profundo conocimiento de sus necesidades y un ardiente deseo de remediarlas. Por desgracia, continúa, coincidió con este nombramiento el principio de su afección al pecho, que ya se revelaba en su contextura y fisonomía, al decir de los hombres de la ciencia, pero que no se manifestó claramente hasta entónces. No fué parte, sin embargo, la gravedad de esta dolencia para entibiar su ardor un solo punto; y alentado por el más noble celo, emprendió la reforma de la instrucción pública en una serie de decretos que..... siempre honrarán su nombre.....»

Si es lícito, y lo es por desgracia, averiguar los autores y redactores de las leyes, que deberían presentársenos como cosa revelada; y suponiendo de Catalina estas reformas de que

hablamos, nadie negará á los preámbulos de los decretos que las contienen, concision, vehemencia, oportunidad y unidad de doctrina; acaso habrá quien los considere algo ardientes y apasionados en boca de un legislador, y sobrado impregnados del espíritu de escuela, para lograr el perpétuo respeto de la posteridad, que olvidará seguramente las teorías exclusivas y casi los nombres de todos los partidos. Pero sea de esto lo que deba ser, literariamente son notables, y están libres de esa trivialidad oficial que los hace generalmente ocasionados al tedio y al universal desden.

Sentimos haber de pasar de aquí. Hasta las leyes del buen orden y método parece que lo repugnan; pero pueden llamarse verdaderos *actos políticos* más bien que frutos de la imaginación y del estudio, los que así nos obligan á torcer nuestro camino. No querríamos, lo repetiremos, haber de citar dos opúsculos del señor Catalina: *El Viaje de SS. MM. y AA. á Portugal en Diciembre de 1866*, publicado el año siguiente, y *La Rosa de Oro enviada por la Santidad de Pío IX á S. M. la Reyna Doña Isabel II*,

en Enero de 1868. Lo poco que sobre ellos digamos, en época de tan profunda division, ha de ser mirado por unos con prevencion y con ceño, por otros con rostro inquieto y descontentadizo; porque los sucesos están demasiado próximos, y á nadie se le cree bastante imparcial para juzgarlos. Seremos muy breves, y otro tanto frios y como insensibles.

La historia del viaje pertenece á una clase de publicaciones efímeras, en general poco leídas por su afectacion y su monotonía; y era muy árduo problema el de comunicar á la narracion movimiento, interes y calor histórico. Venció el Sr. Catalina todas las dificultades felicísimamente, preparando y atrayendo los ánimos un primoroso cuadrito, en que, con el nombre de *Reminiscencias históricas*, se resúmen los lazos y vínculos que por todos lados unen á los dos pueblos español y portugués; y decimos *pueblos*, porque *naciones* distintas á nadie ha debido jamas ocurrirle llamarlas. Si por tan pequeña muestra hemos de juzgar de lo que habria sido Catalina como escritor de historia, sin vacilar le contaríamos entre los más distinguidos.—El resto de la obrita puede con-

siderarse dividido en dos partes, aunque necesariamente mezcladas entre sí: viajes de ida y vuelta de S. M. dentro del territorio español, y viaje y permanencia de S. M. en Lisboa, con su regreso hasta Badajoz. Ambas están esmaltadas con observaciones históricas, artísticas y hasta políticas oportunísimas.

Esto dice hoy el libro; ¿qué dirá dentro de cincuenta años?—No lo sabemos, no presumimos de poder adivinarlo; pero á no haber perdido para entónces la historia su carácter curioso, investigador, escrutador, planteará de seguro estas ó muy semejantes cuestiones: ¿pudo estar España en aquella grande ocasion más digna, más noble y más majestuosamente representada en Portugal?—Dentro de casa, ¿pudo el monarca recibir demostraciones más unánimes y ardientes de amor y de entusiasmo?—¿Pudo ese monarca mostrarse más bondadoso, generoso, magnífico?—Pues siendo todo esto así, me figuro que proseguirá la historia, en vista de ese librito, preguntando: Entre ese *Benedictus qui venit*, y el *Tolle, tolle, crucifige* de Setiembre de 1868, ¿cuánto tiempo trascurrió?—¿Cómo se explica esa mudan-

za?—¿En cuál de las dos ocasiones fué el pueblo español sincero?—Terribles cosas me temo que, para contestar, dirá de nosotros la historia; y más si lleva en una mano el *Viaje á Portugal*, y en la otra el manifiesto que la ilustre desterrada publicó en Pau en 30 de Setiembre de 1868, obra tambien de la pluma del Sr. Catalina. Vamos, que, si otra cosa no, preparamos á la posteridad buen fondo de hechos y de situaciones para escribir tragedias.

La Rosa de oro enviada por la Santidad de Pío IX á S. M. la Reina Doña Isabel II en Enero de 1868, noticias históricas acerca de esta dádiva pontificia. Así, á la letra, dice la portada de un librito consagrado á la historia de esta flor, demostracion delicada de favor con que los sumos pontífices distinguen á sus predilectos. Como libro, es una preciosa alhajita de expression, distribucion y erudicion, y reúne datos no comunes..... Dicen que en sólo tres dias lo ordenó y escribió el Sr. Catalina por encargo de la augusta señora favorecida.—No se dirá que para consignar sus glorias de familia no sabia escoger buenos escritores.—Ninguna muestra elegimos por no ser prolijos; transcri-

bimos tan sólo el primer período del breve de S. S. de 20 de Enero de dicho año de 1868, con que acompañaba tan preciosa dádiva. Dice así: *Carissima in Christo Filia nostra Salutem et Apostolicam Benedictionem. Vehementer exoptamus perenni aliquo monumento palam publiceque testari ac declarare flagrantissimam illam qua Te prosequimur caritatem, carissima in Christo Filia Nostra, ob egregia Tua in Nos, in Ecclesiam et in hanc Apostolicam Sedem merita ET OB EXIMIAS QUIBUS PRÆFULGES VIRTUTES....* No damos la version castellana por no vulgarizar ciertas verdades, y nos abstenemos de toda reflexion. En ambas cosas nos hacemos violencia.

Llamándonos está D. Severo Catalina como hombre de Estado, en la mayor altura del poder, pues parece le habiamos echado en olvido, recordando tristezas.

Ministro de Marina desde 12 de Febrero de 1868, cuando era presidente del Consejo el Duque de Valencia, pronunció varios discursos muy celebrados y recibidos con aplausos universal, y muy especial de un cuerpo, el de la Armada, que veia con admiracion tan noble y eficazmente defendidos sus intereses y

derechos por un hombre enteramente extraño á cosas de mar, pero que tampoco tardaba en sobresalir en cualquier ramo, dominándolos todos por una especie de instinto práctico infalible.

Poco duró esta posición, necesariamente interina y pasajera, y al subir al poder Gonzalez Brabo, en Abril de 1868, fué elegido Catalina Ministro de Fomento; esto en el nombre, en realidad ministro de amarguras, por haberle cabido la mala suerte de asistir á los últimos momentos de la dinastía á quien tan lealmente sirvió.

Excusado es, despues de esto, pensar en desenterrar sabios trabajos, útiles proyectos, medidas oportunas, de entre tantos escombros y ruinas: todo pasó como un sueño, y ni la misma historia se cuidará de recoger esos monumentos de la inestabilidad de las cosas humanas. Lo que no varió, lo que no participó de esa inestabilidad fué su consecuencia, su firmeza, su lealtad para con la Reina; de lo que es buena prueba la ilimitada confianza que esta señora continuó dispensándole, á pesar de haber sido uno de los pilotos que asis-

tieron á aquel universal naufragio. Bueno es, sobre todo, adquirir fama de capacidad y de lúcido desempeño. *scritto su miglior* Habíale precedido y le acompañó esta buena fama á Roma, cuando inmediatamente fué enviado allá para representar confidencialmente á la Reina de España. Mision difícil, porque dan allí obstinados en no estimarnos en mucho, á pesar de haber tenido nosotros casi siempre el tino de encargarlas á hombres verdaderamente superiores; y porque se requiere para desempeñarlas dignamente, no sólo grande habilidad y sutileza, sino particular cultura. Lo decimos con orgullo: á buen seguro que esta vez ni asomo de tentacion les entraria de juzgarnos desventajosamente. A poco ya se habia granjeado Catalina el aprecio y—¿por qué no decirlo?—la admiracion de los italianos. Bondadosa acogida logró del gran Pío IX, no se sabe por qué más, si por la representacion que desempeñaba, ó por su propia dignidad y mérito. Obtuvo cuanto pretendió, y lo obtuvo de buen grado de parte de aquella córte. Diez meses permaneció allí desempeñando el último eminente cargo de su bien

aprovechada vida; pero sin olvidar su principal objeto: *aprender y enseñar*. Allí preparó y escribió su mejor inmortal obra, *Roma*; obra que bastaria para asegurarle asiento entre nuestros mejores escritores contemporáneos. El ser esta bellísima obra póstuma, nos ha movido á dedicarla un análisis ó exámen aparte despues de terminada la presente *Noticia*.

Hemos perdido la cuenta de las cruces, condecoraciones y bandas de varias clases y colores, españolas y extranjeras, con que se vió revestido: ¡qué le importará de esto á la historia! — La distincion que mereció y obtuvo cuando no pasaba apénas de los veintiocho años, la que él tenía en más, fué la de Académico de la Real Española, en la que tomó asiento el 25 de Marzo de 1861. El discurso que en aquella grande ocasion leyó sobre el influjo del idioma hebreo en la gramática, y principalmente en la sintáxis castellana, es sabroso y picante por la novedad, ademas de la notoria erudicion, elegancia y oportunidad que en él campean. Al escucharlo sorprendidos se decian al oido unos á otros los ya antiguos beneméritos académicos: «Buena adquisicion

hace hoy nuestra Academia; ése es el tipo de un verdadero académico. » Y es tristemente curioso el hecho de haberle contestado elegante y discretísimamente el señor D. Tomas Rodríguez Rubí, que andando los años, y no muchos, había de ser también compañero suyo de Ministerio al estallar la rebelion de Setiembre. No quedaron defraudadas las esperanzas de la Academia Española: asídúo, laborioso, preparado para todo género de discusiones y asuntos, de palabra y por escrito, en las sesiones generales y en las comisiones, se mostró siempre digno de tan honorífico puesto. Trabajos preparados, dejó algunos, como la biografía del Sr. D. José del Castillo y Ayensa, y un proyecto de epítome, mejor dicho, compendio de Gramática para la Academia: modelo aquélla de sencillez y de gracia en el género narrativo, y de buen orden y de concision el segundo; escrito éste despues de regresar de su breve emigración al extranjero.

Prolijo en demasía puede que parezca todo esto; algo tocado de ese espíritu de compañerismo y fraternidad que no sabe despedirse de un amigo predilecto, imaginando que con él

conversa en tanto que de él prosigue hablando; pero quien mire con indiferencia ó con desden todas estas menudas noticias, es que no se pára á considerar que no era obra de un momento presentar á D. Severo Catalina, siempre distinguido: como alumno, como profesor, como lingüista y orientalista, como escritor político y polígrafo, como poeta, como humorista y colorista, como apologista católico, como orador, como alto funcionario y Ministro, y por fin, como laborioso y útil académico. Si es que ni aún así aparece todavía grande y digno de conmemoracion bajo todos estos aspectos, culpa nuestra será. Probemos ahora por conclusion á presentarle *como hombre*, seguros de que, si admiracion ha merecido hasta aquí, no le han de faltar, bajo ese íntimo punto de vista, el amor y el respeto de cuantos ahora acaben de conocerle.

bb Era D. Severo Catalina de más que regular estatura, bien proporcionado de miembros, de agradable color trigueño, y de sueltos y airoros movimientos. Entre sus facciones, todas regulares, sobresalian y dominaban los ojos y la boca. Grandes, vivos, oscuros, penetrantes

los ojos, acompañaban admirablemente con su expresión cuanto quería indicar y significar, y hasta denotaban que mucho más quedaba allá detrás guardado por prudencia y por reserva; y habrían bastado ellos para hacerse entender á falta de otro lenguaje. La casi perpétua sonrisa de sus labios, descubriendo en parte su blanca dentadura, constituía la fación más característica de aquél rostro; porque significaba la armonía interior de todas sus facultades, la felicidad que dentro de sí mismo experimentaba, y, sin asomo de orgullo, la facilidad, la expedición con que se conducía en todas las ocasiones, hasta las más difíciles, y lo distintamente que penetraba en lo interior de su interlocutor, por muy prevenido y enmascarado que se presentase. Intimaba el semblante que allí había á la vez un tesoro de benevolencia y exquisita cortesanía para con los amigos, y de penetración y de preparación para hacer frente á los que con oculta intención se presentaran. Y en aquella especie de disimulada lucha que se traba desde luego entre dos hombres no vulgares que se encuentran por primera vez, bajo formas muy pulidas y

cultas, se echaba de ver bien pronto que no era él hombre que se dejase presidir y dominar tan fácilmente.—Vestia modesto, pero con mucho aseo; y en medio de la variedad de trajes que su múltiple vocacion y variedad de empleos le precisaron á usar, bien se conocia que para todos era, que todos le estaban bien, siendo cosa tan accesoria en él, que apenas habia quien pudiera detenerse á reparar cómo estaba vestido. Tenía gracia, soltura y desembarazo en su porte, y jamas se le vió cortado ni sorprendido; ni tampoco su aparicion repentina descompuso nunca la franqueza ni la intimidad en las reuniones á que asistia. Queríanle á él sin límites sus amigos, como por una especie de necesidad; él los estimaba en proporcion á su mérito é importancia: nacido más para la prudencia que para predilecciones, caprichos y vanos fervores. En una palabra, eran en él nativas todas las cualidades que contribuyen á formar un hombre muy superior y muy práctico; y lo que á fuerza de observacion y de estudio consiguen tarde los demas, hábalo él traído como en dote ó por juro de heredad desde la adolescencia.

3. Era de genio vivo, pero contenido, y jamas por la viveza atropelló sus pasos; sino que, reprimida, le comunicaba presteza y oportunidad de continuo, precipitacion nunca. Oia con sosiego y pacientemente; y aunque muy agudo, tardaba en responder y hacía lo sóbrio de palabras.

De condicion mansa, jamas se le vió poseido de la ira; y los disgustos y desengaños de la vida, tristeza le causaban, pero pasajera; no desórden, no exaltacion, no arrebatos. De suerte, que acaso sin conocerlo, practicaba aquellas sábias máximas: *Velox ad audiendum, tardus ad loquendum et tardus ad iram*, verdadero tesoro de prudencia y de moderacion en la vida; consejos casi suficientes para civilizar un pueblo.

3. De vuelta al hogar doméstico, se desnudaba de toda esa penosa reserva, y se abandonaba á su natural expansivo y hasta jovial y decididor. Allí alegremente, depuesta la carga de la formalidad, á todos provocaba á la alegría con su buen humor y sus chistes. Ni se desdeñaba de presentarse como un festivo estudiante, á las veces como un niño; tanto, que su

madre, más contenida en esto, y opuesta á verle descender ni por un momento de la altura en que le veía con tanta complacencia; solía exclamar, pero, se supone, con deseo de que la contradijesen: «¡Y dicen que mi Severo tiene mucho talento!»

Cauto y previsor en los negocios serios, dejábase engañar casi á sabiendas en los menudos y personales. Como cuando volvió á casa cierto dia riéndose de su propia credulidad, y celebrando la astucia de un estafador, que, con pretexto de extender el título de no sé qué cargo ó condecoracion para un pariente de Catalina, le sacó el importe del papel sellado que alegaba ser indispensable; todo patraña para sorprenderle.

Del dinero era pródigo como se tratara de hacer bien ó de proporcionarse libros, en lo que era extremado, no encontrándose nunca satisfecho, á pesar de poseer una selecta y numerosa coleccion, y de tener más que otro á su disposicion todas las bibliotecas de la córte. Pocos dias ántes de morir andaba afanoso buscando un buen ejemplar de las obras de nuestro inmortal Luis Vives, sobre lo que pe-

dia noticias al que más tarde habia de ser su biógrafo; habiéndonos dejado con la curiosidad de averiguar qué era lo que proyectaba con los escritos de aquel insigne polígrafo y filósofo, que podemos apellidar con orgullo nuestro Erasmo, pero sin el contagio de las malas doctrinas.

Sobrio en la mesa como en todo, sus costumbres eran tan sencillas y tan puras, que habrían consentido—¡muy difícil prueba!—que un rígido censor hubiera seguido continuamente sus pasos, con la seguridad de que nada habría tenido que apuntar en su libro; aunque á la verdad, ¡qué más censor y más libro que una delicada conciencia y un pundonor extremado!

Que su niñez fué juventud y su juventud madurez, y su madurez.... la Providencia dispuso que ésta no fuese nada!—ya lo hemos visto; siempre vivió adelantado en una estacion á las de la vida y ni el tiempo tuvo para corromperse. Casado á los veintisiete años con una señora de la primera nobleza de la Mancha, fué tierno, complaciente esposo y vivió envanecido de su eleccion, que es el secre-

to para ser feliz en el matrimonio. ¡Con qué fruicion no encuentra y señala en su principal obra una Teresa Enriquez entre las españolas que tiempos atras se señalaron en Roma por su generosidad y magnificencia! Bien hacía: el cielo, que le habia destinado una compañera dechado de esposas, le habia dotado de talento para apreciarla. Viuda hoy y ejemplar en su estado, respetemos su luto, y que no exaspere su dolor ni el rumor de nuestras alabanzas.

Siempre he considerado que del carácter y hasta del humor del que las escribe, más que de su instruccion y de su talento, procede el dón de escribir felizmente cartas. Así es que vemos escritores eminentes, desgraciados, y otros medianos, afortunados en esto. Como quiera que sea, Catalina era inimitable en el género epistolar; y son muchas las colecciones que se han formado y guardan de sus numerosas cartas de todo género; sólo que cada uno conserva las que posee, y no hay poder que baste á reunir las, ó como ahora se dice, coleccionarlas todas. Hay que confesar que la época de ejecutarlo viene siempre despues de los días de los que así se comunicaban. Nos cons-

ta que se guardan con grande estima las de Catalina por lo originales, castizas y hasta festivas y chistosas. Dejémoslas ganar en precio cuanto más añejas, como el vino, que ellas parecerán algún día.

Con la permanencia en Roma del Sr. Catalina hasta el 25 de Agosto de 1869, tan bien aprovechada para los deberes de su alta misión como para las letras, de lo que dan buen testimonio sus resultados en la una, y en la otra la obra que ahora publica la Academia, quedó coronada la vida pública, y casi también la literaria de nuestro malogrado compañero. En Biarritz adonde se trasladó esperando que se le abrieran las puertas de su querida patria, y se detuvo en esta expectación hasta Abril de 1871, el trato íntimo de los amigos allí á la sazón reunidos, el ejercicio de la enseñanza con algunos de ellos, mucha lectura y el cuidado de la salud, ya en extremo combatida, absorbían su tiempo, pues fué insignificante el que dedicó á la poesía.

Llegó el momento suspirado de regresar, y se restituyó á Madrid en dicho mes de Abril. Que todo lo encontró, no sólo mudado, sino

trastornado, no hay para qué ponderarlo; una cosa vió que se sostenia firme: el aprecio y cariño de la mayor parte de sus amigos. No era él hombre de asombrarse ni de apocarse; ántes llevaba con dignidad y casi con alegría el mal humor de la fortuna. Leia, estudiaba y repasaba, y limaba y completaba su más querida hija, su *Roma*; y si no la publicó, algo debió influir en ello la escasez de medios y facultades; que era uno de los muy contados que en ser Ministro los habia invertido casi todos. Alguna empresa literaria se proponia acometer ó traia ya entre manos. Preparaba muchos materiales para una historia de las universidades de España. Tambien allegaba datos sobre el tribunal de la Inquisicion, y en especial sobre su—digámolo así—código ó sistema empírico inaudito en procedimientos. ¿Con qué objeto?—¿Para qué fin?—Alguna biografía proyectaba ademas; ¿sería la de Luis Vives?

Volvió los ojos en estas circunstancias á su primitiva carrera, al profesorado; queria recogerse á explicar gramática hebrea, recientemente despedido, como estaba, de las alturas del poder; y su madre la Universidad no le re-

cibió con ceño ni con indiferencia. Casi unánimes los profesores de todos los partidos políticos, reclamaron en favor de su ilustre compañero, y habría emprendido las tareas de catedrático á no ser por. . . .

Así, casi inopinadamente, le asaltó la enfermedad de que habia de morir. Se anunció á mediados de Octubre de 1871 como ataque bilioso, pero grave, y que desde luego alarmó al eminente médico Sr. D. Vicente Asuero, íntimo amigo del enfermo; el que desde un principio pronosticó la casi inevitable degeneracion de la dolencia en desórden de las membranas cerebrales, para el que habia una más que predisposicion ingénita y orgánica. El dia 18 se presentó ya el mal como triunfante, irresistible, amenazando con una inminente catástrofe.

No habia tiempo que perder. La virtuosa y cristiana esposa de D. Severo Catalina tomó heroicamente á su cargo hacerle saber la gravedad y la necesidad de entregarse á las disposiciones religiosas, disimulando, para el caso, la propia amargura. Pero ¿qué voz, qué revelacion interior se lo tenia á él ya descu-

bierto?—No la dejó acabar; ántes la indicó que, acercándose su fin, deseaba prepararse con los santos sacramentos como católico.

Entre tanto que llegaba el confesor, pidió recado de escribir, y sentado en la cama, con seguro pulso, gallarda letra y suma lucidez, escribió una larga memoria, que á no contener menudencias é interioridades caseras, sería la mejor conclusion para esta *Noticia*. A todos sus parientes y á los de su esposa recuerda; para todos hay una frase cariñosa y alguna expresion y recuerdo.—¡Cuánto quería y á cuántos quería aquel sensible corazón!—Dos veces nombra á la Academia Española en medio del apresuramiento que él mismo confesaba. «Legó á la Academia Española las obras de Cervántes que me regaló Rivadeneyra, para que me recuerde alguna vez», dice al principio; y más adelante: «A la Real Academia Española se enviará el manuscrito de mi obra sobre Roma, para que si la Corporacion lo juzga digno de imprimirse, lo publique entre sus obras.....» Abunda este notable escrito, último pensamiento y última voluntad de un grande hombre, en las más fervorosas protes-

tas de un catolicismo sincero, y termina con estas frases: «Que me perdone por Dios si queda alguno omitido—pariente, amigo ó persona á su servicio—que no es falta de cariño, sino de tiempo para repasar la memoria, ó tal vez omision material en el escrito, que termino agobiado de impaciencia para pensar en cosas más altas. ¿Por qué no empecé por ellas?—Porque soy hombre y *nihil humani a me alienum puto*. A las diez y media del dia 18 de Octubre de 1871.»—Se confesó en seguida muy detenidamente con un sabio y ejemplar sacerdote, quedando en estado envidiable de tranquilidad y de confianza. «Dirigió luégo—dice el autor de su necrología—la preparacion del altar para el Santo Viático, que pidió con instancia, y puestos los ojos en una imágen de la Virgen Santísima que tenía enfrente y en un crucifijo que él mismo descolgó de la cabecera de su cama, oró fervorosamente y sólo pensó en el hermoso viaje que iba á emprender (éstas fueron sus palabras), sin mostrar la menor pesadumbre por dejar esta vida ántes de los treinta y nueve años de edad, y cuando áun le sonreia en ella un brillante porvenir.»—Reci-

bió en seguida fervorosamente los Santos Sacramentos, si bien no se le logró el deseo de contestar por sí á *las magníficas oraciones de la Iglesia* (así decia el moribundo) al administrársele la Extrema Uncion, porque habia perdido el habla, aunque no el conocimiento, á consecuencia del ataque de garganta que tanto le aquejaba desde el principio del mal; y sin deponer aquella sonrisa que era en él tan natural, entregó el alma á su Criador y piadoso Redentor, lleno de confianza, al acercarse la madrugada del 19 de Octubre de 1871.

Bien aprovechada vida, que no hay derecho á llamar corta, segun el fruto que dió. Envidiable muerte por lo tranquila y por lo católica. De su salvacion, debemos esperar, habrá cuidado el Dios de las misericordias. De su fama, no soy, por fortuna, yo el único encargado: cuidarán, á no dudarlo, mejor la Academia Española, la posteridad y acaso la historia.

FRANCISCO CUTANDA.

LA MULIER

APUNTES PARA UN LIBRO

208

DON SEVERO CATALINA

QUINTA EDICION

LA MUJER

APUNTES PARA UN LIBRO

FOR

DON SEVERO CATALINA

QUINTA EDICION

PRÓLOGO.

Este libro, es una apología de la mujer, ó un libelo contra el sexo femenino?
Las inteligentes seducidas por la magia de estilo de este escritor, como Eva por la serpiente, lean este libro con una credulidad innata, que hace mucho más honor á su corazón que á su cabeza. Lo que parece que las mujeres siempre se siguen perdiendo, no á veces, como ellas mismas, por ser demasiado fáciles, sino por ser demasiado tontas.
No leáis este libro, después de Eva, si no queréis ser engañadas por la magia de su estilo, como la buena de nuestra madre por la serpiente de la serpiente; venid conmigo y en compañía del autor, hédil truco, que sabe perder tan perfectamente las almas y corazones del océano del amor, dentro de la vuelta de un

PRÓLOGO.

Este libro, ¿es una apología de la mujer, ó un libelo contra el sexo femenino?

Las infelices mujeres, seducidas por la magia de estilo de este escritor, como Eva por la serpiente, leen este libro con una credulidad inmensa, que hace mucho más honor á su corazón que á su cabeza. Lo que prueba que las mujeres siempre se siguen perdiendo, no diremos, como ellas mismas, por ser demasiado *tontas*, sino por ser demasiado *buenas*.

No leais este libro, pobres hijas de Eva, si no quereis ser engañadas por la magia de su estilo, como la buena de vuestra madre por la astucia de la serpiente; venid conmigo y en compañía del autor, hábil piloto, que sabe bordear tan perfectamente las simas y bajíos del océano del amor, daremos la vuelta juntos

al rededor del mundo moral de las mujeres. Porque no sé si habrá llegado á vuestra noticia que, desde que Dios vino al mundo las mujeres tienen tambien su mundo moral como nosotros.

Yo no sé si vosotras opinareis de otro modo; pero á mi parecer, el autor de este libro es un amigo pérfido, que contándonos la belleza de vuestros defectos, nos cuenta vuestros defectos bellos. Este anatómico implacable ocupa en vuestra diseccion todos sus cinco sentidos, y lo hace con tanta intensidad, que parece como que siente no tener más sentidos para disecaros más. Así es que con la *vista* mide vuestra extension con la exactitud de un agrimensor; y en honor de la verdad, forzoso es confesar que, por regla general, se conoce que os encuentra, ó por lo ménos os retrata, bastante bien proporcionadas: con el *tacto*, diriamos que examina los grados de vuestra morbidez con una detencion deliciosa: con el *oído*, estudia las inflexiones de vuestra voz, con el mismo deliquio que si fuese un músico viejo y verde: con el *olfato*, no diré que os huele, pero sí que ventea la esencia de las flo-

res de vuestros tocados desde una distancia grande, que cualquiera juzgaria que su pensamiento está adornado de membrana pituitaria: con el *gusto*, en fin, no os aseguraré yo que os pruebe como un cocinero; pero frecuentemente cuando os describe dice el lector extasiado:—Esta debe saber á almíbar.»

Por estas y otras razones que me callo, yo soy de opinion que este libro delicioso es un libro digno de ser quemado. Venid, pues, todas las mujeres, en cuyas aras he rendido un culto más ó ménos apasionado; venid, y haremos en honor vuestro un *auto de fe* con este libro, que yo juzgo un *heresiarca* del culto del amor. ¡Bien venidas, mis queridas A. B. C. D.! ¡Cuánto tiempo hace que no os habia visto! Yo os llamaba creyendo que estabais todavía lindas, como hace veinte años. Pero ¡ay! francamente, ¡á algunas os encuentro tan flacas! ¡á otras tan gordas! que yo creí que con vosotras hubiera formado una coleccion de Willis, y..... ¡perdonad! pero me pareceis el coro de las brujas de *Macbeth*. Pero aguardad, no os vayais: para suprimir el tiempo, ese eterno enemigo de vuestra belleza, evocaré tambien

las sombras de E. F. G. H., ¡esas pobres amadas que ya han muerto, y que, como ya han muerto, siempre son en mi pensamiento las eternas hijas de las rosas y nietas de los jazmines! ¡Bien venidas seais, lo mismo las viejas que habeis sido jóvenes, que las jóvenes á quienes la muerte no ha permitido que llegaseis á viejas!

Formad corro en torno mio, pues en holocausto al amor que os he profesado, ó que al ménos he creído profesaros, voy á pegar fuego en esta hoguera al LIBRO DE LA MUJER, de don Severo Catalina, un catedrático de hebreo, tan precóz conocedor, crítica y filosóficamente, de todas las que sois hebreas y de las que no lo sois, que habiendo llegado apénas á los veintiseis años, en el primer libro que ha escrito, ya no sólo os pinta como sois, sino como suele decirse que sois. ¡Qué horror!....

¡Al fuego! ¡al fuego! Si esto escribe de vosotras á los veintiseis años, ¿qué no será capaz de escribir á los cincuenta?....

Empecemos nuestro viaje, ó, lo que es lo mismo, comencemos nuestro calvario.

Despues de decirnos en la *Introduccion*, co-

mo de paso, que la mujer no es nada, pasa en el capítulo de LA EDUCACION á decirnos que puede serlo todo.—«Tiene mucha razon un gran poeta filósofo de nuestros dias (¡gracias, Sr. Catalina!), cuando dice que la educacion es una verdadera transfiguracion, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple el organismo de la naturaleza.»—Gracias, vuelvo á repetir; pero yo, que no quiero dejarme corromper por vuestras lisonjas, debo decir en defensa de las pobres mujeres, que concediéndolo todo á la educacion, os exponéis á colocarlas en la misma condicion en que están las monas que adiestran los piamonteses.—Y ademas decís:—«Que la niña aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.»—¡Qué horribles verdades! ¿Pero es para eso para lo que preconizais la educacion? Y añadís: «Que la mujer es un sér indefinible, porque es un ser ineducado.» ¡Ah! ¡traidor! ¡Es un sér *ineducado*, ó lo creéis más bien un sér *ineducable*?

¡Al fuego, Leonor, al fuego! No vaciles en quemar un libro en que se llama grande á Shakspeare, á un autor inglés que dice: «Que

la mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.»—Lo que el libro del Sr. Catalina debiera decirnos para no ser quemable, es—cuándo no lo guisa el diablo;»—pero no nos lo dice, sin duda porque cree, como el inglés, que no deja de guisarlo *nunca*, y así es que añade, de conformidad con otro autor:—«Que el orgullo nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.»—Quema, Leonor, quema sin piedad; porque eso sin duda lo dice por tí. ¿Te acuerdas?....

Si no estuviera tan de prisa como ya he indicado al principio, me detendría un poco en el párrafo de la constancia. Pero ¿quién se detiene ni siquiera un poco con semejante bico-ca? ¡La constancia! ¡la constancia! Nuestro autor, con una práctica digna de un consumado matemático, acepta la reduccion de la constancia á un cálculo numérico, que daría envidia al economista Malthus:—«La mujer que os ama, y de la cual os alejais, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separacion; si le escribís, comenzará pronto á contarle por dias; un poco más tarde lo con-

tará por semanas; luégo por años, luégo..... no lo contará: terminará la cuenta por el *cero* del olvido.»—¿Es decir, que para asegurarse bien de la fidelidad de una mujer, es menester tenerla como una plaza enemiga, ocupada siempre militarmente?—«A los tres meses de ausencia prescribe la fe jurada.»—¡Demasiado lo sabia yo! Esto es, ¡demasiado lo sabemos todos! — ¡Leña al fuego, Mercedes; leña al fuego! Pues en el capítulo de EL AMOR, esa otra bicooca sublime, oid lo que el Sr. Catalina dice, si es que teneis valor para escucharlo:

«Es fijo (¡y tan fijo!): las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche, *cantan de miedo*.»—¡A cuántas he oido yo cantar de miedo! Yo creo que no he dejado de oir cantar á ninguna. ¡Hasta recuerdo que yo tambien he cantado algunas veces un poquito!....

«Conviene, añade, que las mujeres amen mucho, pero honestamente, y escriban poco, pero de tarde en tarde.»—Más claro: conviene que no ameis ni escribais. Nos conviene que seais unas máquinas, que por medio de una

virtud magnética no os movais más que á impulso de nuestro libre albedrío. Nos conviene, segun las palabras citadas, que seais unas pobre ánforas vacías de ese celeste licor llamado el espíritu.

¡Leña al fuego, Isabel, ¡ay! leña al fuego! Pues hablando de EL MATRIMONIO, de esa única ocupacion de vuestra vida, copia de otro autor, con una sonrisa que da ganas de llorar:

«El matrimonio es de todas las cosas serias la más divertida.» ¡Ah bribon de autor! Como alguna de ellas te coja en sus redes, ya te hará pagar cara la diversion. ¿No es verdad, Isabelita? Yo no quisiera calumniar los pensamientos del Sr. Catalina; pero, despues de leído el capítulo de EL MATRIMONIO, se me ha ocurrido, no sé por qué, este problema histórico: Si Tarquino hubiera sido un caballero particular, de esos que las mujeres llaman una buena figura, y en cuya discrecion confian absolutamente, ¿hubiera Lucrecia sido tan fiel?....»

¡Soplad, soplad todas á esa hoguera! pues ese libro es la historia de vuestros extravíos y de vuestras ridiculeces. Su autor os persigue á todas partes para hacer vuestra autopsia con

una galantería muy pérvida y con un escalpelo muy fino. Desde el capítulo titulado Los EXTRAVÍOS, donde si no lo adopta, tiene el valor de copiar el axioma de que—«la *debilidad* (no es esta la palabra) es un mal necesario,» pasa al de LOS ESPECTÁCUTOS, donde á la luz de mil bujías se constituye en el Fígaro de los dramas interesantes,—«no anunciados en el cartel»—y despues de revelarnos lo que decia una noche cierta dama,—voy á *desnudarme* para ir á un baile,» concluye dándonos, á nombre de otro, la agradable noticia de que el bastonero de los bailes es.....—¿quién dirán ustedes?—¡Satanás!

Es ya manía vulgar de todos los escritores la de sacar á bailar al diablo cuando se habla de las mujeres. Yo no me acuerdo del diablo, pero despues de leer los párrafos relativos al baile y los espectáculos, me hago, sin querer, la siguiente reflexion:—¿Por qué el mal (no digo el diablo) tomará tan frecuentemente la forma de mujer?.....»

¡Quemad todas, seguid quemando! Porque despues de echaros en cara en el capítulo de LA MODA, con un sarcasmo que os hará estre-

mecer las carnes,—«que la virtud es la única moda que nunca ha de envejecer,»—penetra en las tertulias ese bolsín del amor, donde el que no gana el amor por sus puños, cotiza las pasiones en aquel establecimiento medio á oscuras, á cambio, no de moneda, sino de papel mojado. Este capítulo, lleno de color local subido, propio sólo de un país donde ha prevalecido en varias clases sociales cierta influencia monacal, tiene un no sé qué de positivo, de material, de casi pútrido, que, aunque admira el cuadro por la exactitud del dibujo, causa náuseas por la verdad del asunto. Y en el fondo del asunto también hay alguna exageración, pues así como no hay ninguna mujer que sea platónica toda su vida, no hay ninguna tampoco que deje de entregarse al platonismo á ratos perdidos.

«Y luégo... ¡quemad! ¡seguid quemando! porque voy hacer volar la mina. Y luégo..... no vuelve á hablar de Satanás, no; habla de otra cosa peor; ¡habla de vuestra edad!

¡Vuestra edad! Misterio más insondable que vuestro mismo corazón.—«Apénas, dice, existen mujeres de cuarenta ni de cincuenta años.»

Es cierto; la que más dice que tiene treinta. ¡Fuego! ¡fuego! Pues de ese infernal capítulo de LA EDAD se puede deducir lo siguiente: Preguntad á una mujer los años que tiene, añadid la pequeñez de mil años á los que ella os confiese, y esa es su edad infaliblemente.

Dejemos la cuestión de vuestra edad, esa cuadratura del círculo de vuestra vida, y pasando por alto el capítulo de LA CURIOSIDAD, que nuestro autor compendió de este modo:— «la historia de la curiosidad es la historia de la mujer», dando á entender que no hay mujer posible que no sea una posible Eva, continuemos con el de LA FRIVOLIDAD, esa arma la más seria y la más temible de las mujeres, que resume en este párrafo:—«Los hombres meditan muchas veces frívolamente, y hablan con la mayor gravedad: las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.»

Y acabemos, por fin, porque ya me duele el alma de oír hablar mal de vosotras.

Llega el capítulo de EL ESTUDIO, en el cual el autor concede á la mujer (¡oid, que ya os concede alguna cosa!) nada ménos que las tres

potencias del alma, que parece que hasta os las habia puesto en problema: la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¡Gracias á Dios que os concede algo! Pero es tan poco que....

¡Fuego! ¡fuego!

¡Mas, no! Yo, á pesar de mi cualidad de filósofo personalista, y que, por consiguiente, debo ser poco apasionado de las semi-personalidades, en lo cual estoy de acuerdo con la reina Cristina, que decia:—Me gustan los hombres, no tanto porque son hombres, cuanto porque no son mujeres,» no puedo ver correr las llamas impasiblemente para devorar páginas que parecen escritas por Juana de Arco, por aquella heroína que pedia á Dios en sus oraciones «¡un gran corazon, y nobles pensamientos!»

¡Alto el fuego, queridas quemadoras de mi corazon, si no quereis ver arder entre páginas que os calumnian, renglones que os divinizan! ¡Alto el fuego! Pues yo, por más que, como Sócrates, tema más al amor de una mujer que al odio de cien hombres, no puedo ver arder indiferentemente ese capítulo de LA POBREZA, que tan bien describe así nuestro siglo: «Al

hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos:—¿es honrada?»—«Nuestros padres solian ya preguntar:—¿es hermosa?»—«Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente:—¿es rica?»—¿No es verdad que esta sátira del siglo es muy corta, pero muy buena?

Pues si entráis en los capítulos de LA PROFESION RELIGIOSA y LA HERMANA DE LA CARIDAD, de seguro no salís sin rezar ántes de agradecimiento dos Ave-Marías y una Salve por el alma del bendito autor, que os llama dichosas «al penetrar en el alcázar de la castidad, de la pobreza y de la oracion.»—En esos lugares de abstinencia, de sacrificios y de abnegacion, os pinta el Sr. Catalina como si fuéseis unos Napoleones con faldas; pero, en su concepto, sois más valientes que Napoleon, pues éste sólo vivia en los países en que habia gente que matar, y vosotras, segun el autor,—«vivís en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir.»—Napoleon adquiria laureles á cargas: para las mujeres—«no hay en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para su heroísmo.»

—Jamás podreis pagar al Sr. Catalina el honor de haberos hecho más grandes que Napoleón, sin más trabajo material, á los ojos del vulgo, que confeccionar compotas, hacer puntillas y dar tazas de caldo á los enfermos.

—Pero, sobre todo, ¡alto el fuego, y fuera sombreros, ó, por mejor decir, fuera capotas! Voy á hablar del capítulo de LA MATERNIDAD; de esa gota de agua de un Jordan que bastaría para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo.—«El sér que vilipendiais, dice el autor, ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.» Yo no he hablado nunca mal de las mujeres; pero si lo hubiera hecho alguna vez, al leer esto no tendria inconveniente en ponerme de rodillas y exclamar con contricion verdadera:—«¡Perdon!»— Sigue el Sr. Catalina:—«¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía!»— Repito que yo nunca he hablado mal de las mujeres, y que si lo hubiese hecho alguna vez, al leer esto otro me prosternaria de hinojos gritando:—«¡Perdon! ¡perdon!»....

—«Los que al nombre y á la memoria de

madre no sintais latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!» Sí, sí, que se aparten, que se alejen; y además de apartarse y alejarse, ¡malditos sean por todos los siglos de los siglos!

Cuerpos de A. B. C. D. que aún estais vivas, y vosotras, sombras de E. F. G. H., que ya estais muertas; me arrepiento de haberos propuesto el auto de fe de un libro que contiene un capítulo como el de LA MATERNIDAD, y en consecuencia os conjuro á que, como el antiguo romano, tendais la mano al brasero, y sin miedo de quemaros, salveis de la destruccion un libro cuya pérdida lloraria la posteridad.

Quiero que admire el porvenir un Scévola con guardapiés. La que se sienta fiel, que tienda la primera la mano. ¡Animo, antiguos pedazos de mi corazón! ¡No temais; la fidelidad es incombustible! ¡Animo, pues! ¿No hay ninguna de vosotras que tenga la confianza de su incombustibilidad? ¿Temeis acaso todas quemaros los dedos? ¡Cobardes! Conozco la razon de tanto miedo; mas lo callo en obsequio vuestro.

Pero, ahora que caigo en ello, nuestra obra de destruccion es completamente inútil, porque..... ¡Mirad! ¡mirad! Por entre los claros que deja el humo que levanta la combustion de su obra, se percibe la cara del autor con una sonrisa sarcástica burlándose del impotente despecho que nos ha convertido en los inquisidores de su espíritu.

¡Por vida de nuestro amor, y cómo ciega!

Hasta que he visto la risa incisiva del autor, no habia caido en que es inútil que quememos el libro del Sr. Catalina, pues no es más que una copia sacada al daguerreotipo del precioso original que, ó no ha de haber hombres en el mundo, ó vivir á eternamente.—Que ¿cuál es el original del libro del Sr. Catalina?— ¡El original, almas mias, sois *vosotras mismas!*....

¿Quereis que quememos el original para que, no pudiendo sacar más copias, no se puedan escribir más libros contra vosotras?....

RAMON DE CAMPOAMOR.

INTRODUCCION.

I.

«Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres, mientras quede una en la tierra.» Así lo ha consignado un gran escritor. Sus palabras sirven de disculpa al autor de estos APUNTES.

Un libro más acerca de las mujeres viene á ser una gota de agua vertida sobre el Océano; ó como si dijéramos, una nueva sofistería en el campo de la política.

La ciencia de la mujer se parece mucho al patriotismo y al desinterés; muchos hablan de ella y pocos la poseen: esa ciencia no es, como todas las otras, un sistema de verdades más ó ménos perfecto: es por sí sola el sistema de todas las verdades y de todas las mentiras: es la afirmacion de las afirmaciones; la negacion de las negaciones; la síntesis de las síntesis.

Después de la filosofía alemana, no puede concebirse nada más *serio* y nada más *discuti-ble* que la ciencia de la mujer.

Entre la opinion que eleva á la mujer hasta los ángeles, y la que la deprime hasta los monstruos, cabe una multitud de pareceres. Esos pareceres han servido de base á millares de comedias, de novelas, de cuentos y de máximas.

La mujer es *todo*: afirmacion suprema.

La mujer es *nada*: suprema negacion.

La mujer... es *la mujer*: síntesis de las síntesis; filosofía pura.

Salomon preguntaba por una mujer fuerte: Diógenes buscaba un hombre. Apuntes para la historia crítica de la humanidad.

Miéntras se escribe esta historia, conven-gamos en que la mujer entra por mucho en los actos de la inteligencia humana.

Apénas hay ciencia ni arte en cuya historia no estén destinadas á la mujer las páginas más brillantes.

Verdad es que no han faltado filósofos austeros que la teman ó la desdeñen. Cuentan de Diógenes que viendo el cadáver de una mujer pendiente de un árbol, exclamó: «Pluguiera á los dioses que todos los árboles llevaran siempre ese fruto.» Pero ni todos los filósofos son de la opinion de Diógenes, ni cabrian en gruesos volúmenes las alabanzas prodigadas á la mujer desde los tiempos más remotos, como tampoco el catálogo de las grandes obras que

el mundo debe á la inspiracion, al influjo ó á la iniciativa de la mujer.

En todas las edades, en todos los siglos y en todos los países, ha sido la mujer objeto de entusiastas apologías y de invectivas sangrientas. Este fenómeno debe explicarse por la diferencia de temperamentos y por las condiciones especiales de cada escritor.

Un melancólico, un amante despechado, un hombre sin esperanzas, mira en cada mujer un recuerdo vivo de su tormento, y las aborrece á todas. Su testimonio, pues, no merece fe.

Una alma sensible y apasionada, un amante feliz, mira en cada mujer el reflejo de su dicha, y las ama á todas. Su testimonio no es ménos parcial que el anterior.

Todos los libros que se han escrito acerca de la mujer, todas las máximas que se han formulado por tantos centenares de políticos, de historiadores y de poetas, pueden reducirse y compendiarse en estos dos versos de un soneto muy conocido:

«Es la mujer del hombre lo más bueno;
es la mujer del hombre lo más malo.»

Lo cual, en términos absolutos, es evidentemente falso.

Luego todo ó casi todo cuanto hasta hoy se

ha escrito acerca de las mujeres, adolece del vicio de exageración.

Algunos sabios se han dedicado en distintas épocas á trazar la historia de la porcion más bella de la humanidad: tenemos por inútil su tarea; esa historia la sabe al pié de la letra toda la humanidad ménos bella.

No es geógrafo completo el que sólo estudia y conoce un hemisferio.

La historia de la mujer representa lo más un hemisferio en el gran mapa-mundi que acabamos de llamar historia crítica de la humanidad.

Nuestros APUNTES no son históricos.

Tampoco nos proponemos reseñar los grandes males que al universo haya reportado la influencia de la mujer. Hasta las mujeres en nuestro país saben que si hubo una Eva en el Paraíso, hubo una María de Nazareth: si han existido las Helenas y las Cleopatras, el mundo ha admirado á las Juanas de Arco y á las Isabeles de Castilla.

Los que dijeren que es la mujer de naturaleza semi-angelical, recuerden, mal de su grado, los nombres de Eva, de Helena y de Cleopatra: los que la supusieren de naturaleza semi-diabólica, arrepíentanse de su error fijando un instante los ojos del alma en la celestial figura de María; y no olviden que fueron mujeres Juana de Arco é Isabel.

Los que creyeren que la mujer es buena ó es mala, segun que el hombre la guía por buen ó mal camino, son los verdaderos pensadores: de su parte están la filosofía y la historia, la razon y la experiencia.

Para esos justamente se escriben estos APUNTES, y se escriben por quien no se propone llorar agravios ni cantar favores. El corazon y la cabeza funcionan con absoluta independencia.

Esta manifestacion parecerá inoportuna; pero ¡ojalá fuera la única inoportunidad que el autor cometa en sus APUNTES!

II.

Habia Dios criado los cielos y la tierra.

Al influjo de dos monosílabos habia brotado la luz con todos sus encantos.

Y se extendia majestuosamente la inmensa cortina del firmamento.

Y se habian reunido las aguas en el dilatado espacio de los mares.

Y á una mirada del Omnipotente se habian encendido los luminares del cielo.

Y germinaban las plantas en el seno de la tierra.

Y alzaban su cáliz las primeras flores, hen-

diendo su aroma la vírgen aura de los campos.

Y pulularon los animales.

Y apareció por fin el hombre, obra maestra de la Suprema Sabiduría, rey de la naturaleza, imágen del Criador.

El hombre tenia por palacio un jardin plantado por la mano de Dios; un soplo divino era, pues, el céfiro que acariciaba las rosas del Paraíso y besaba con suavidad la frente del primer padre; crecian allí frondosos árboles de ancha sombra y dulce fruto; de allí partian en tranquilo curso cuatro rios, que surcaban la tierra en direcciones opuestas. El manso murmullo de aquellos rios era el primer ruido que turbaba el imponente silencio del Eden.

El hombre estaba solo.

Y dijo Dios: «No es bueno que esté el hombre solo; le haré ayuda como para él.»

Y de un hueso extraido al primer hombre, formó Dios á la primera mujer.

La mujer ocasiona el primer menoscabo que el hombre experimentó sobre la tierra.

Pero bien valia Eva la pena de perder por su causa una costilla.

Al salir de las manos del Hacedor se encontraron frente á frente la luz de sus pupilas y la luz de la aurora que irradiaba en el confin azul del horizonte. Torrentes de luz inundaban el espacio.

De haber criado Dios á la mujer despues que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias.

Unos han dicho: «La mujer, como obra posterior, es más perfecta.»

Otros han dicho: «Criado el universo y criado el hombre, estaba el edificio concluido; faltábale sólo la veleta, y Dios hizo á la mujer.»

Uno y otro corolario nos parecen más hábiles que lógicos.

«Por ella, dijo Dios, abandonará el hombre á su padre y á su madre.»

¿Qué elogio más sublime puede hacerse de la mujer?

Es verdad que la mujer no tardó en prevaricar; pero es tambien cierto que obró con mucha astucia la serpiente.

Lo peor de todo es que aquel inmundo reptil, maldecido por los labios del Eterno, dejó tan asegurada su reproduccion, que, á través de los siglos y de las edades, se arrastra todavía sobre el polvo de la tierra.

Ese reptil es el espíritu de seducción, enemigo implacable de la mujer.

La primera madre no hubiera delinquido sin el estímulo maligno de la vanidad y el orgullo. Sus hijas delinquen de diez veces nueve por el estímulo maligno de la lisonja y de la mentira.

Para seducir á una Eva hubo al principio del mundo una serpiente: hoy para cada Eva *seducible* existe un mundo de serpientes.

Contra esa multitud de reptiles que se arrastra de ordinario por los pavimentos de jaspe y por las alfombras de terciopelo, hay un sólo recurso: *la buena educacion*; la educacion en el verdadero sentido de la palabra.

Con ella puede alcanzarse el inmenso tesoro que se llama *mujer virtuosa*.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon: la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la belleza del rostro adune la belleza del alma, á los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

¡Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente!

Tal es el objeto de estas páginas.

En ellas el autor no se sujeta á un sistema determinado.

Expone los principios y las teorías en el órden mismo que brotan de la mente.

Por eso llama á su humildísimo trabajo

APUNTES PARA UN LIBRO.

Cuando un filósofo, un crítico de superiores

lucos y más feliz ingenio escriba EL LIBRO, en buen hora se le obligue á entrar por el carril de los métodos.

Pero, con perdon de los sabios, de esa formalidad se cree por hoy dispensado el que es simplemente autor de unos APUNTES.

Y á fe que será libro de oro aquel en que se trate fundamentalmente de la mujer, examinando todas sus condiciones físicas y morales, y su alta influencia social, y lo que es, en fin, la mujer, y lo que pudiera y debiera ser. ¡Gran libro aquel en que leyese cada mitad del género humano lo que puede y debe ofrecer á la otra mitad!

Interin esta obra no se haga, ó no se intente, es en vano sujetar á las exigencias del método el simple conjunto de materiales sueltos ó apuntes recogidos para la más fácil redacción del libro.

Y decimos esto, porque la mujer há menester educacion especial en los diversos estados de la vida.

La escuela de madres de familia, ensayada no há muchos años por un insigne español, es uno de los pensamientos más grandiosos que pueden concebirse y realizarse en bien de la humanidad.

Porque, como ha dicho un gran escritor, educar á un hombre es formar un individuo que tal vez no deja nada tras de sí; educar á una mujer es formar las generaciones que están por venir.

Y sin embargo, en España, ó se confían las niñas á la direccion incierta de institutoras advenedizas, ó las educa cada madre segun la suya le enseñó, y á salga lo que saliere.

De donde se deduce que en punto á educacion femenil reina el empirismo más absoluto, ó como si dijéramos, el más bello desorden.

La humanidad progresa á medias. La educacion de la mujer á la mitad corrida del siglo XIX apénas puede compararse con la que se daba y recibia á la mitad del siglo XVII en la época de las dueñas taimadas y de los pajes ladinos: no obstante, hoy, como entónces, se procede en la educacion por una serie de engaños.

La niña aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.

Aprende á afectar el silencio, y ese germen de afectacion produce luégo el amargo fruto de la locuacidad.

Aprende á estimar en mucho sus dotes de hermosura y su condicion de mujer; y esa ciencia peligrosísima trae por legítimos corolarios el orgullo y la coquetería, la frivolidad y la inconstancia.

Se dice á las jóvenes que valen mucho, y no se les dice cuánto.

Se las avisa de que hay grandes riesgos en la sociedad, y por todas armas se les entrega una coleccion de novelas y un caudal de frases más ó ménos castizas y aceptables. Así entran de ordinario en el gran mundo las que van á ser madres de familia y á formar el corazon de otros seres quizá más desgraciados que ellas mismas.

La nube de lisonjas que rodeó á la *niña*, oscurece la atmósfera y turba la vista de la *mujer*.

La flor de su cabeza ó el adorno de su cuello importan más á sus ojos que los pesadísimos libros de historia y los indigestos de geografía. Tal vez á los diez y siete años de edad juzga ya el matrimonio como un paso muy razonable y en extremo sencillo.

Tal vez tiene accesos de melancolía, y áun en algunos momentos le fastidia la existencia.

Esa edad puede considerarse como la zona tórrida en la esfera de la vida. ¡Dichosos los que la cruzan con felicidad!

III.

Poco puede esperarse de un país en donde cada marido tiene que educar á su consorte; en donde apénas se distinguen de ordinario la carta escrita por una dama de tono y la carta escrita por la última de sus servidoras.

El célebre economista Say ha dicho, y con justicia, que por la educacion de las mujeres debe empezar la de los hombres: igual principio se ha defendido tambien por el sabio Mirabeau.

Esto prueba que en los tiempos de Say y de Mirabeau no estaba mucho más floreciente que hoy la educacion de la mitad más bella de la juventud.

La humanidad es siempre la misma. El hombre, física y moralmente, excede en fuerza y vigor á la mujer; y allí donde está el exceso de fuerza, está asimismo el riesgo de la opresion: la superioridad en este caso toca ya con la frontera de la tiranía.

Es más noble, más delicado y más justo que el hombre *eduque*, que no que el hombre *avalsale* á la mujer.

Si es rey de la naturaleza, no olvide que la mujer es la reina. No olvide que la mujer fué su madre, y que es ó ha de ser la madre de sus hijos.

Entre una mujer *sin educar* y una mujer *mal educada*, la primera no puede hacer *el bien*; la segunda hará irremisiblemente *el mal*.

La mujer que el mundo llama despreocupada, y el Diccionario incrédula, se nos figura un sér inverosímil, absurdo, la negacion de sí mismo.

Este tipo no debe existir; si existe, que lo dudamos, será sólo una manifestacion lamentable, una fórmula de *la mala educacion*.

Al tratarse de la educacion de las mujeres, caminamos de anomalía en anomalía.

Cuanto más el hombre abandona ese punto importantísimo de la vida social, más crecen sus exigencias, más rigorista, más inflexible se muestra.

Si se proporcionasen á las mujeres los medios de adquirir la milésima parte de las dotes morales que en ellas se reclaman cada dia, ménos lúgubres fueran hoy nuestras apreciaciones.

Examinemos rápidamente:

No se las ha enseñado á soportar un contratiempo ni á privarse de un capricho, y se quiere que tengan la condicion apacible y tranquila.

No se las ha enseñado á obedecer, y se extraña que sean altivas.

Se han ponderado constantemente sus gracias y exagerado sus perfecciones, y se lleva á mal que sean orgullosas.

Se las ha hecho apartar de los pobres y de los desvalidos por miedo de que ensucien sus vestidos, y se anhela que sean caritativas.

Se les ha dicho que casarse es tomar marido, y se critica que se apresuren á aceptarlo.

Se les han descrito con negros colores la perfidia de los hombres y la emulacion de las mujeres, y se deplora que sean egoistas.

Se las ha educado, en fin, á lo mujer, y se siente que lo sean.

¡Oh! ¡Cuándo se convencerán los padres de que la carrera de *madres de familia* que deben dar á sus hijas es más larga, más costosa y más difícil que la carrera de abogado, de médico ó de ingeniero que proporcionan á sus hijos!!!

Porque al decir *educacion*, no queremos decir en absoluto *enseñanza*.

Si educar es preparar convenientemente para la vida ulterior, prepárase á la niña para ser mujer y no para ser hombre: cultívense al mismo tiempo su cabeza y su corazon, su inteligencia y sus afectos.

Con la lectura excitais su curiosidad, con el baile y la gimnástica agilizais su cuerpo, con

la historia y las lenguas nutris su cerebro: ¿cuándo ni cómo despertais su alma?

El alma permanece como dormida.

La sociedad actual vive de lo *presente*, y parece como que educa para lo presente; el día que eduque para lo porvenir, quedará resuelto el gran problema de la educacion, formulado ántes de ahora en esta profunda frase: infundir y fortificar en la mujer una virtud ilustrada más poderosa que los infortunios que la esperan y más dulce y arrebatadora que las seducciones que la amenazan.

Tiene mucha razon un gran poeta filósofo de nuestros días, cuando dice que la ignorancia es la orfandad del alma, y la educacion una verdadera trasfiguracion, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple el organismo de la naturaleza.

¡Que no olviden los padres esta máxima; que no la olviden tampoco los gobiernos, á quienes toca proteger asiduamente los verdaderos y legítimos progresos de la civilizacion!

Padres y gobiernos procuren sembrar ántes que todo el gérmen de la virtud: del corazon á la inteligencia es más fácil el camino, que de la inteligencia al corazon.

CAPÍTULO II.

LA MODESTIA.

I.

La modestia es el primero y más sazonado fruto de cuantos puede producir la buena educacion.

El principal secreto de la educacion no consiste en formar mujeres sábias: debe consistir en formar mujeres modestas.

La modestia (*modus standi, modus in re*) es una virtud que tiene saludable aplicacion en todos los actos, en todos los estados y en todas las circunstancias de la vida; es el único fondo sobre el cual resaltan con todas sus perfecciones la imagen de la hermosura y la imagen del talento.

La modestia supone bondad y regularidad en los pensamientos y en las acciones: es el amor de todo lo conveniente y verdadero: es la humanidad, la caridad, la justicia: prescindamos de la modestia, y habremos franqueado

la entrada á los vicios y la salida á las virtudes.

Consecuencia inmediata de la modestia es el aprecio de los merecimientos ajenos y el menosprecio de los propios: así que la modestia puede considerarse como un antejo del alma, de tal manera dispuesto, que abulta los objetos distantes y hace casi imperceptibles los más próximos.

Sin embargo, este defecto es meramente óptico; pues la verdadera modestia, que al parecer achica á los grandes, engrandece realmente á los pequeños.

La modestia da realce y dignidad á un semblante varonil; pero es de mayor precio si se retrata en una mirada tranquila y honesta, en una boca por donde vaga la sonrisa de la inocencia, y en unas mejillas que tiñe el carmin infalsificable del pudor.

La modestia, que en los hombres brota de la educacion, en las mujeres brota del instinto.

Si el amor es el milagro de la civilizacion, la modestia es el milagro de la sociedad.

Contra la modestia de los hombres conspiran los otros hombres: contra la modestia de las mujeres conspiran los defectos de otras mujeres y la adulacion de los hombres.

La llamada galantería es el mar donde naufraga de ordinario la modestia, poniendo en grave riesgo la honestidad; las lisonjas indis-

cretas son disparos de bala rasa que destruyen la amable ignorancia en que descansa aquella virtud.

Para que así no suceda, es preciso que la modestia se considere como un producto de la organizacion: en este caso es á las mujeres lo que el valor á los hombres; un triunfo continuo.

La modestia no es la humillacion; pero está tocando con la *humildad*.

La modestia no es el velo de la inaccion y el pretexto de la pereza: hay circunstancias en que es lícito *vencer* la modestia; *perderla*, nunca.

II.

Cuentan los mitologistas que, asignado en el Olimpo el lugar que habia de tener cada pasion y cada virtud, quedó *desalojada* la modestia; y como se quejase ante el padre de los dioses, «tú, le dijo, vivirás con todas; á todas acompañarás.»

Despréndese de esta fábula que, si no era generalmente practicada, era á lo ménos estimada la modestia entre los pueblos de la antigüedad.

Hoy que la modestia brilla esclarecida por el rayo de luz del cristianismo, tiene mayores

títulos á la estimacion: la modestia está tocando con la *humildad*; y la humildad es una gran virtud, virtud que prepara el alma para todas las virtudes.

La belleza puede producir admiracion. La virtud es el único gérmen vigoroso de la simpatía.

Y la modestia es una virtud; y la simpatía es la magnífica portada del amor.

El amor sin la modestia es fuego que puede abrasar y desaparecer: el amor acompañado de la modestia es fuego que vivifica y nunca desaparece.

Amad *modestamente*, y os amarán siempre.

La modestia no es el olvido del buen nombre; pues, como dice San Francisco de Sales, la caridad quiere y la humildad permite que aquél se conserve con esmero.

Lo que la modestia debe olvidar es el camino por donde se llega á las fútiles alabanzas y á las glorias pasajeras; lo que la modestia olvida es el valor de los atractivos propios, de los encantos de fuera; lo que la modestia olvida es la lisonja muda del espejo y la lisonja audaz de los seductores; lo que la modestia olvida es lo que el individuo *es*, para recordar solamente lo que el individuo *debe ser*.

Hablemos á las mujeres con sinceridad desde sus más tiernos años; acostumbremoslas á

la buena fe; huyamos de todas las exageraciones, y la modestia prosperará.

La sociedad moderna elogia hasta el entusiasmo la modestia de las mujeres, y trabaja hasta la desesperación por destruirla.

No parece sino que la modestia es una enfermedad, y que tan pronto como la descubrimos en una mujer nos apresuramos á curarla de ella.

¡Error deplorable! La modestia es un encanto duradero que suple ó duplica los encantos efímeros de la hermosura.

III.

La modestia de las mujeres, ¿es el disimulo?

El moderno escepticismo ha sentado esta horrible máxima: el mundo es un carnaval perpétuo; el vicio se disfraza de virtud, el egoismo de desinterés, la perfidia de lealtad, el orgullo de modestia.

Para el moderno escepticismo la modestia es el velo de la vanidad y de la altanería.

Pero esa filosofía de los escépticos es el vasto cementerio de todas las verdades y aún de todas las ilusiones: en su recinto crece sólo la planta sombría de la negación.

En medio del camino que separa la verdad

de la mentira, se encuentra el disimulo; el disimulo toca, pues, la frontera de la mentira; y la modestia es la verdad.

En el momento en que no sea verdad la modestia, degenera en hipocresía.

En el momento en que una mujer modesta sabe que lo es, deja de serlo.

La modestia afectada es la más intencional de todas las vanidades, siquiera sea, como dice un autor, la más decente de todas las mentiras.

Hay modestia de las palabras y modestia del corazón: la primera es *arte*, la segunda *virtud*.

No hay nada más orgulloso que la afabilidad del orgullo.

Un escritor lo ha consignado, y á fe que es una gran verdad.

El orgullo que habla el lenguaje de la modestia, ó *se burla* al humillarse, ó *se digna* humillarse: lo primero es bajeza; lo segundo insulto.

¿Es inmodestia la alabanza propia?

Así lo cree el vulgo; pero no es así; la modestia supone un vicio del espíritu; y la alabanza propia supone simplemente una debilidad del cerebro.

IV.

La modestia de las mujeres, ¿es la reserva?

No lo es; pero se le parece mucho.

La reserva puede considerarse como una piedra miliaria que mira á dos caminos: en un lado tiene escrita esta palabra: *desconfianza*: en el lado opuesto tiene escrita esta otra: *prudencia*.

Entre la reserva y la mentira, optamos por la reserva.

No opinaba lord Byron de esta suerte; mienten las mujeres con tanta gracia, decía, que nada les está mejor que la mentira.

Lord Byron era un gran poeta satírico.

La reserva tiene puntos de contacto con la *desconfianza*.

Adviértase que la *desconfianza* puede entenderse ó de sí propio ó de los demas.

La reserva que en efecto se parece á la modestia, es la que resulta de la *desconfianza* de sí propio.

La reserva más mezquinamente orgullosa es la que se funda en la *desconfianza* respecto á los demas.

Entre todos los defectos que puedan atribuirse á la mujer, ninguno nos sorprende mé-

nos que esa reserva mezquinamente orgullosa.

La mujer calla, ó tal vez finge, porque desconfía: no debemos los hombres entrar en la indagacion de por qué desconfía: seria tirar piedras á nuestro tejado, y es de vidrio.

Como dice perfectamente Bernardino de Saint Pierre, las mujeres son falsas en los países donde los hombres son tiranos.

No es tan clara esta otra máxima, cuyo autor ignoramos: «la mujer finge más que miente; el hombre miente más que finge.»

Para nosotros, el hombre y la mujer mienten lo que fingen, y fingen lo que mienten.

Hay, sin embargo, esta diferencia: la mujer *finge* alguna vez que da crédito á la pasion que el hombre le *miente*; pero el hombre *miente* con más frecuencia que corresponde á la pasion que la mujer le *finge*.

La reserva tiene puntos de contacto con la *prudencia*; por este camino se llega ántes á la modestia que por la *desconfianza*; no porque sea más corto, sino porque es más llano y expedito.

Concluyamos.

La modestia no puede consistir nunca en la mentira, ni áun en la mentira de los propios merecimientos.

Esa mentira está muy cerca de la vanidad.

La vanidad, ha dicho Fontenelle, es el amor

propio al descubierto, como la modestia suele ser el amor propio que se esconde.

La modestia no es la afectacion de la humildad, de esa humildad soberbia, mentira insignie que engaña á los hombres y quiere engañar á Dios.

La modestia no es el disimulo, disfraz de encontrados sentimientos; pena que sonrío, ó placer que llora.

La modestia no es la reserva, especie de piedra miliaria que mira por opuestos lados á la desconfianza y á la prudencia.

Hé aquí la modestia explicada en muy sencillas palabras, por un gran santo y asceta ya citado:

«Si bajais los ojos, humillad tambien el espíritu; cuando mostreis querer el último lugar, deseadlo de corazón.»

CAPÍTULO III.

EL ORGULLO.

I.

¿Por qué en pos de *la educacion y la modestia* damos cabida al *orgullo*?

Porque lo manda la lógica.

Es el orgullo un elemento tan sutil como el aire; tan sutil, que penetra con dolorosa frecuencia en las regiones del alma por la puerta de oro que podemos llamar modestia.

Cuando esa puerta está abierta, el orgullo no es aire, es huracan; y como de esa puerta sólo *la educacion* tiene la llave, de ahí que procedamos en estos capítulos como del antecedente á su consecuencia, como de la causa á su efecto.

La educacion bien dirigida hace germinar y prosperar la modestia; la educacion bastardeada por los vicios sociales, guia indefectiblemente al orgullo.

El alma de la mujer yace como dormida

por espacio de muchos años. Cuando despierta, tiende una mirada de asombro en derredor suyo, y lo halla todo pequeño.

En la cabeza de la mujer cabe todo pensamiento elevado; en su corazón cabe todo sentimiento noble: pero ni su cabeza, ni su corazón están de ordinario preparados para elaborar esos pensamientos elevados, para dirigir esos sentimientos nobles.

Entonces la mujer no está educada; y no estándolo, emplea la actividad de su espíritu en comparar la consideración que merece al mundo, ella que se estima en mucho, con la consideración que al mundo merece el último de los hombres.

De esa consideración y de esa comparación nace el orgullo.

Sin embargo, el orgullo, que suele ser una enfermedad epidémica de los hombres, es sólo una enfermedad endémica de las mujeres.

Como este principio, que está muy próximo á ser axioma, puede atraer el desagrado y aún la saña de algún crítico, procuraremos distraerlo con dos preguntas un tanto inopertunas.

¿Es la mujer en el catecismo de la vida el octavo pecado capital, ó es la cuarta virtud teologal?

¿Es verdad que en la cadena invisible que

une al cielo con la tierra, la mano de la mujer está asida á la del ángel, y la mano del hombre asida á la melena del leon?

Si el crítico lograre responder satisfactoriamente, cesaremos al punto, por juzgarlas inútiles, en las investigaciones que nos proponemos.

Entre tanto nos tomamos la libertad de continuar.

Sabe más, en concepto de algunos, quien ha hojeado ese libro misterioso que se llama *la mujer*, que quien consume su vida entre el honroso polvo de las bibliotecas.

Y es una gran verdad.

No hay sabio á quien no pueda decir con justicia una mujer: «Insensato, la ciencia soy yo.»

No hay hombre que no lleve alguna historia escrita en el alma, ó algun retrato grabado en el corazon.

No carece, pues, de fundamento, en tésis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesía moral de las cabezas humanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada más difícil que saber tener orgullo. El orgullo sale á la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de pacien-

cia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio, ó la estimacion de sí mismo sin límites, sin el *modus in re* que constituye la modestia: cuando el orgullo sale á la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificacion ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse há menester que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbrá y la llama que quema.

La modestia exagerada es la medianería que separa á aquellos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

Para destruir el orgullo es fuerza atacarlo en sus bases principales: estas bases son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

II.

Es injusto, pero no de todo punto intolerable, el orgullo que se funda en la belleza.

Tiranía de corta duracion llamó Sócrates á la belleza: de engaño mudo la calificó Teofrasto: un mal hermosísimo es en el concepto de Teócrito.

Nos es indiferente.

Digan cuanto quieran los filósofos, la belleza es el arma poderosa con que el sexo débil neutraliza en cierto modo su debilidad.

Si fuesen ingenuos los filósofos, confesarían de buen grado que á veces dieran por sólo una mirada de una mujer toda la doctrina de Descartes, y áun todas las teorías de Platon.

A propósito. Este Platon de los filósofos recibe culto con frecuencia entre los enamorados.

¡Cosa rara! La filosofía y el amor tienen puntos de contacto.

La historia de todos los pueblos encierra multitud de páginas escritas al resplandor de las llamas y de las devastaciones. Esas llamas debieron casi siempre su origen á una sola chispa, á una chispa desprendida de los ojos de una mujer.

Si lucha el guerrero con heroismo; si pide y alcanza el artista torrentes de inspiracion; si mendiga honores el cortesano, de cierto esperan, más que el aplauso del mundo, la dulce sonrisa de unos labios de coral.

¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera el

Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera Petrarca sin su Laura?

El gran Shakspeare ha dicho que es la mujer un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.

Y es verdad; pero no lo es ménos que el diablo no entraria en la cocina si las más veces no le abriera el hombre la puerta.

Al hombre se deben, en efecto, la idea que la mujer llega á adquirir de su belleza, y los extravíos á que de ordinario la conduce.

Si algunas mujeres se convenciesen de que la hermosura es el primer presente que la naturaleza les hace y el primero que les quita, no llevarian al extremo su idolatría personal.

Como por lo comun no se educa á las mujeres, no se las enseña á ocuparse dignamente en los demas, tienen que ocuparse *modestamente* en sí mismas; y como es la belleza la dote que juzgan de más precio, convierten hácia ella su pasmosa actividad; los medios de acrecentar sus atractivos son su cuestion capital.

¡Inocentes! Ignoran sin duda que toda belleza, por soberana que sea, toca con las plantas en la tierra.

¿Se sabe en qué consiste la belleza?

Segun el africano, en la descomunil dilatacion de la boca; segun el brasileño, en la forma y proporciones de la nariz; segun el chino,

en la admirable pequenez del pié; para los haitianos no hay mejor gracia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razon directa de la estatura; en Nápoles, vice versa. Unos países de Europa atribuyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura. En otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, morena, porque la tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos, donde refleja la aurora sus luces más brillantes.

Deducciones.

La belleza no es una. Existen muchas mujeres bellas, que, sin embargo, no se parecen entre sí.

Hay mujeres que no son bellas, absolutamente hablando, y no obstante ponen á prueba los corazones de mejor temple: tan cierto es que la hermosura no sólo consiste en la excelencia de las prendas personales, sino en la impresion que aciertan á causar.

Hay quien explica la belleza de una manera matemática, por una serie de enumeraciones que serian solamente ridículas si á veces no merecieran otra calificacion.

Las llamadas gracias naturales se ven, se admiran, pero no se describen: no se las con-

funda, sin embargo, con el gracejo; las gracias son naturales, el gracejo es de ordinario adquirido: aquéllas se reciben de Dios; éste procede del arte.

El orgullo que se revela muchas veces por entre las gracias del rostro, perjudica notablemente la impresion; es una especie de *gracia* que puede desgraciar el más bello cuadro.

La mujer que logra cautivar sin advertir que cautiva, tiene de ordinario garantizado su triunfo.

La que se propone cuidadosamente adquirir por derecho de conquista, y emplea al efecto todos los ardides de guerra, consigue dos objetos: demostrar que no está segura de sus propios recursos, y avisar para la defensa al enemigo. Lo primero es una injuria hecha á sí misma; lo segundo una torpeza indisculpable.

Es máxima muy acreditada entre el vulgo de las gentes que las mujeres poco favorecidas por la naturaleza con dotes de hermosura, tienen la suficiente habilidad para hacerse amar por su carácter.

Es falso el supuesto. No hay una mujer siquiera que se halle convicta y confesa de que no es bella, ó por lo ménos graciosa; mal puede, pues, buscar medios supletorios, cuando todas se creen provistas de los principales.

Si á una mujer *desgraciada* le envía cualquier

atolondrado una frase de adulacion, funda en ella más fe que en el testimonio unánime de todos los espejos que hasta la fecha hubiere consultado.

Y es natural. El orgullo, leemos en un autor célebre, nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.

Nada hay, pues, más indeterminado que la idea de la hermosura.

Probemos á fijarla.

La hermosura es una flor lozana que brilla en el jardin de la vida; el aroma de esa flor es la virtud.

Si la flor no tiene aroma, cuando un soplo de viento la ha deshojado, ó un rayo de sol ha venido en mal hora á marchitarla, de sus colores tan bellos, de su frescura y lozanía sólo queda un tallo seco.

Si tiene aroma la flor, bien puede robarle hojas el viento, bien puede el sol agostarla; el aroma no se extingue, se esparce en el vendabal, se eleva hasta la region del firmamento, penetra la esfera azul, y se confunde más allá de las estrellas con los perfumes celestiales de la santidad.

La hermosura no es, como se ha dicho, un lazo tendido por la naturaleza á la razon.

Porque la hermosura va ó no acompañada de la virtud y del talento.

Si lo primero, léjos de ser un lazo, es un tesoro. No cabe mayor dicha en la tierra que dejarse prender en tales redes. Si lo segundo, ó la razon no es razon, ó el lazo es completamente inútil.

A una belleza, que es una belleza, simplemente; más claro: á una belleza simple, la inteligencia artística la admira; quizá el corazón la sigue; pero la razon, la fria razon la com-
padece.

Iguales afectos inspiran, salvo el de la compasion, y salvo que son más bellas, las vírgenes de Rafael y las estatuas del Belvedere.

Todos los hombres han soñado amor alguna vez en su vida, los unos durmiendo, los otros despiertos.

Los que sueñan despiertos perciben una voz delicada en el vago rumor del céfiro que juega entre los árboles; si ríela melancólicamente en el espacio alguna estrella perdida, en ella ven la mirada de un ángel que sorprende los secretos de su espíritu: si llega hasta ellos el aura embalsamada de los campos aspiran en ella un hálito embriagador; es que hay un sér ideal que les habla en el lenguaje de las brisas, los mira con la luz de las estrellas, y les envía su hálito de vida en el aura embalsamada de los campos.

Digamos á esos bienhadados soñadores que

el ángel de sus ensueños no es un ángel; digámosles con Argensola, que su belleza no es más cierta y efectiva que la belleza azul del vasto horizonte, y una por una caerán marchitas las ilusiones de su corazón; y si las ilusiones de su corazón no cayeren marchitas desde luego, el soplo helado de la razón conseguirá desprenderlas, ajarlas y esparcirlas de remolino en remolino.

Por muy poderosa que sea el arma de la belleza, ¡desgraciada mujer aquella que sólo á este recurso deba el triunfo alcanzado sobre un hombre!

Su triunfo no durará más que la tersura de su frente y el brillo chispeante de sus ojos.

Las conquistas de la belleza son falsas conquistas; aprisionan sólo el corazón, ó, como si dijéramos, la mitad del enemigo.

La otra mitad, la inteligencia, que queda libre, no tarda mucho en conseguir el rescate absoluto del cautivo.

No olviden las mujeres que el pudor es el compañero más simpático de las gracias.

No olviden, por último, que la violeta humilde desprende más aroma que la arrogante dalia.

III.

El orgullo que se funda en la nobleza es una especie de orgullo negativo; es un orgullo que toca ya en el dintel de la *vanidad*.

Para demostrarlo son indispensables algunas explicaciones previas.

No vamos á escribir un tratado acerca de la nobleza: sea, como unos pretenden, el privilegio del cielo; sea, como otros suponen, el derecho de usufructuar un capital en pergamino, que no circula en el comercio, creemos firmemente que reirse de los nobles de abolengo tan sólo porque lo son, revelará siempre un democratismo estúpido; así como venerar á los nobles por su sola calidad de tales, será siempre un servilismo repugnante.

Tenemos por verdad innegable que aspirar al respeto y la estimacion de todos por el sólo título de noble, es querer buscar en la raíz el fruto que debe cogerse en la rama.

Convengamos en que no es de todo punto imposible ver arroyos que, partiendo de un manantial puro y cristalino, se arrastran despues turbios y cenagosos.

Cada vez nos parecerá más acertada y feliz la máxima antigua de que así como la Iglesia

aplica á los difuntos los méritos de los vivos, así entre ciertos nobles se aplican á los vivos los méritos de los difuntos.

Una familia, leemos en cierto precioso libro, no puede ser más antigua que otra, porque si los hijos son contemporáneos, también hubieron de ser contemporáneos los padres. Esta proposición es más sutil é ingeniosa que convincente: la cuestión de nobleza no es sólo una cuestión de cronología.

En concepto de unos, nacer noble es una fortuna: es la fortuna que sigue á la de nacer rico.

En concepto de otros, nacer noble es una desgracia, casi tanta desgracia como nacer pobre en la mitad del siglo xix.

La razón de estos últimos es muy sencilla. Hay apellidos que imponen deberes de muy difícil cumplimiento; deberes en la virtud, en las armas, en las ciencias, en la política. No á todos es dado ser genios. Si no se logra serlo queriendo, se demuestra la decadencia de la raza; si no se ponen los medios para continuar su brillo, se deshonor á los antepasados, se comete un parricidio: el apellido entónces es una acusación constante; la ejecutoria un proceso.

El título de noble ha sido de ordinario una presunción fuerte de buenas cualidades; una

buena escuela de recomendacion para ingresar en el mundo; por eso se dijo: *gaudeant benè nati*.

Las páginas más gloriosas de nuestra historia se hallan esmaltadas con apellidos ilustres que hoy brillan todavía, y brillan, si cabe, con resplandores más vivos, engarzados en la virtud, en el talento ó en la belleza; sobre todo en la virtud.

No olvide nadie, y en especial las mujeres, que la nobleza sin virtudes es luz que alumbrá más y más los defectos de quien la posee.

La nobleza con la virtud forma la aureola de gloria que ciñe la frente de los dignos.

El Salvador del mundo quiso nacer de estirpe de reyes.

Esta noticia parecerá tal vez fuera de tiempo; pero el autor la consigna por si acaso algun demócrata fanatizado leyere estos APUNTES.

Si el autor, á pesar de su pequeñez, pudiera, en alas de su buen deseo, acercarse á la verdadera nobleza del alma, sólo una pena lo atormentaría.

La pena de no haber nacido *noble*.

En los momentos actuales le aflige además otra pena; la de haber hecho demasiado larga esta digresion.

Aplicando, pues, la doctrina, siempre resultará que la nobleza es una condicion que la

mujer debe estimar en lo que vale, pero que no constituye su mérito propio; ántes bien es la sombra que proyectan antiguos méritos, que cuanto más lejanos, más parece que agrandan esa sombra, mayores títulos gozan al respeto general.

Y la mujer debe buscar en sí misma, en sus prendas especiales, nunca en las generales de un apellido, que al mismo tiempo llevan quizá cien individuos, el tesoro de sus atractivos, la llave que ha de franquearle más ó ménos tarde las puertas de la vida.

La nobleza en el caso presente puede considerarse sólo como un arma de reserva. La mujer bella tiene bastante con su hermosura: si á más de ese dón le otorgó Dios el del talento, no há menester escudos ni ejecutoria para alcanzar triunfos que la lisonjeen, para construir con un millar de coronas el pedestal de su orgullo.

Harto comprende y sabe la mujer de talento que los pergaminos más auténticos son aquellos que llevan por armas el amor y la virtud.

El orgullo que se funda sólo en la cuna, no puede ser más inocente; sin embargo, lo preferimos al que se funda en la riqueza, porque éste, sobre ser más vulgar, comienza por aparecer ridículo, y acaba por hacerse insoportable.

La sociedad actual, prestando á la riqueza un culto exagerado, contra el cual se levantan la justicia y el buen sentido, arrebatada á la juventud cierta candorosa ignorancia que muy bien decia con la hermosura y la discrecion de la mujer.

La candorosa ignorancia de lo que valen las riquezas va siendo ya ignorancia tan rara, que apénas se halla ni áun en los espíritus más ignorantes.

Siempre hemos creído que la mujer debe ser más fuerte en sentir que en calcular.

No se engria ni se desvanezca por la riqueza; ántes bien ha de considerarla como un poderoso rival de su hermosura.

Por lo mismo que la sociedad actual presta culto exagerado á los bienes materiales, debe dudar la mujer si son obra de sus prendas ó de sus riquezas los triunfos que más la lisonjean.

Y esta duda es horrible.

Se tiene por positivo que algunas mujeres fundan su orgullo en las riquezas que poseen.

¡Creencia errónea! No es tan humilde la mujer como todo eso.

No concede la mujer á los bienes de fortuna la honra que dispensa á su hermosura y á su discrecion.

Si se la concede en efecto, no se califique de orgullo lo que es solamente fatuidad.

Basta por ahora de orgullo: en el curso de los APUNTES, más de una ocasion se presentará propicia para dar amplitud á estas ideas.

Recapitulemos:

Las fuentes principales del orgullo son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

El orgullo exagerado que se funda en los timbres de la hermosura, aunque es más tolerable, no es ménos injusto que el que se funda exclusivamente en los timbres de la cuna.

Aquél tiene por base *lo que es*.

Este tiene por base *lo que ha sido*.

Por eso es el primero más tolerable.

Aquél alega títulos ajenos, aunque fuertes.

Este presenta títulos propios, pero muy débiles.

Por eso decimos que ambos son injustos.

El orgullo que se funda en la riqueza, es sencillamente un orgullo que inspira lástima.

CAPÍTULO IV.

LA VIRTUD Y EL MISTICISMO.

I.

«La devocion es el último de los amores.»
Así lo ha consignado un escritor.

La devocion es el primero de los amores.
Así lo dicen la razon y el buen sentido.

Una mujer *despreocupada, esprit fort*, ó para hablar en castellano, *incrédula*, es el sér más inverosímil y hasta repugnante que puede existir sobre la tierra.

La mujer que no está organizada para amar, no es mujer.

La devocion es el primero de los amores.

Y el amor es la vida de la mujer. La devocion discreta es prenda que acrecienta la belleza del sexo á quien la Iglesia llama *devoto*.

Manda Dios en la ley mosaica, que tres veces al año asistan á orar en su presencia todos los varones de la Casa de Israel.

Y pregunta un expositor: ¿por qué no comprende el divino precepto á las mujeres?

Y el mismo expositor responde: porque no ignoraba el Legislador Supremo que el sexo devoto habia de cumplir el precepto sin necesidad de que se le impusiera.

La historia está llena de rasgos brillantes y de admirables conversiones debidas á la influencia de una mujer: los nombres de Cecilia, de Clotilde, de Mónica y otros mil de todas las naciones y de todos los siglos, serán siempre monumentos de gloria para el sexo á que pertenecieron y que honraron con sus esclarecidas virtudes.

Se ha dicho con más gracia que verdad que las mujeres aman siempre, y al faltarles la tierra se refugian en el cielo.

¡Absurdo!

En primer lugar, á las mujeres no les falta nunca la tierra, á lo ménos en su entender.

En segundo lugar, la devocion por despecho, más bien que refugio en el cielo, sería profanacion.

Es indudable que la mujer que se hace devota tiene el alma verdaderamente tierna.

Y las almas verdaderamente tiernas se refugian en el cielo mucho ántes de que la tierra las abandone.

Son ellas las que abandonan á la tierra.

Las virtudes teologales están enlazadas de una manera tan sobrenaturalmente sábia, que el mucho creer conduce al mucho esperar, y el mucho esperar guia por precision al mucho amar.

Enjuiciando á la inversa, quien ama santamente espera, y quien espera cree.

Por eso las mujeres incrédulas aparecen como unos seres casi inverosímiles, y repugnantes sin casi.

El amor de Dios y de su gloria ocupa el corazon aún más que los sentidos; la mujer que no lo experimente ama con los sentidos y no con el corazon.

En ella no obra para el amor sino la mitad de su naturaleza; la tierra: por eso están sus afectos unidos á la tierra.

Es muy difícil que sea esposa fiel y madre cariñosa la que no ha gustado otras delicias de amor que las del amor del mundo.

Si conserva pura su honra, prodigio será tal vez debido á la vanidad; y una virtud que para conservarse ha menester de un vicio, ya en otra ocasion lo hemos dicho, no es virtud que merezca grande encomio.

Una mujer insigne ha escrito que la vanidad pierde más mujeres que el amor.

Y en esta materia el voto de una mujer vale por el de cien hombres.

II.

Si hemos de creer un proverbio vulgar, no hay mujer más virtuosa que aquella de quien ménos se habla.

Si fuera cierto este proverbio, no podría darse mayor testimonio del espíritu de difamacion y de calumnia que domina en la sociedad presente.

En el apreciar la virtud de las mujeres se patentiza y pone en relieve la justicia de los hombres.

Nosotros que para nuestro sexo llevamos la longanimidad hasta un extremo apenas concebible, para el sexo *débil* llevamos nuestro rigorismo hasta una exageracion casi ridícula.

Nosotros, en quienes muchas de las que fingimos virtudes no son sino vicios hábilmente disfrazados, falsificaciones de las virtudes, no podemos ni tolerar en la mujer lo que llegamos á aplaudir en el hombre.

Parece como que tenemos derecho indisputable para exigir virtudes en las mujeres, y facultad para dispensarlas en los hombres.

Ignoramos ó afectamos ignorar que segun la gran máxima de los orientales, para que

nazcan virtudes hay que sembrar recompensas.

La virtud es una: una debe ser en ambos sexos.

Y sin embargo, miéntas las mil trompetas de la fama publican las de los hombres, apénas hay una palabra de estímulo y de elogio para la virtud modesta y oscura del hogar; para la virtud de la esposa leal y caritativa, de la madre de familias próspera y ejemplar.

Si la virtud es, como dice Rousseau, un estado de guerra constante, mayor mérito tendrá el débil que lo sustenta que el fuerte que vacila y que sucumbe.

Esta es una verdad de sentido comun. Solamente el espíritu de zozobra y de pesquisa que nos anima respecto á la virtud de las mujeres pudo mover á Goldsmith á decir que «virtud que es preciso vigilar tanto, no vale la pena que da.»

«La pena que oficiosamente nos tomamos,» debería haber dicho el buen inglés.

III.

Mujer virtuosa y mujer mística no son palabras sinónimas.

Acceptamos la palabra *mística*, no en el pro-

fundo y espiritual sentido que tiene, según la sagrada ciencia teológica, sino en el sentido familiar, y un tanto malicioso, de afectación en ciertos actos exteriores, y tendencia á escandalizarse por cualquier leve motivo. A su vez *el misticismo* (perdónese la novedad del vocablo) es para nosotros aquella afectación y esta tendencia elevadas á sistema práctico en las relaciones sociales.

La virtud es virtud: el misticismo es lo que más se parece á la virtud.

Sin embargo, entre el misticismo de los hombres y el misticismo de las mujeres, optamos sin vacilar por el segundo, porque es más inofensivo y más agradable y está mejor sostenido.

La mayor parte de las mujeres místicas lo son de buena fe.

Confunden la cuestión de formas con la cuestión de principios, y dan á las primeras lo que suelen cercenar á los segundos.

De este riesgo no son responsables las mujeres; lo es exclusivamente el sistema de educación á que en la niñez se las sujeta.

Si á veces suelen hallar motivos de vanidad hasta en las mismas prácticas religiosas; si hasta en ellas viene á ejercer la moda su tiránica influencia, culpemos ántes que todo á los vicios de la educación.

Empecemos por rechazar máximas absurdas que en este punto pasan como axiomas.

Balzac ha dicho que la mujer virtuosa tiene una fibra más, ó una fibra ménos que las demas mujeres; es estúpida ó sublime.

El deseo de dar con un chiste, de formar un retruécano ingenioso, conduce con frecuencia á muy lamentables exageraciones, y la exageracion arrastra inevitablemente al término de la injusticia.

Con permiso del gran novelista, la estupidez no puede ser nunca ocasion de la virtud.

La virtud es el amor, es la esperanza, y el amor y la esperanza no pueden ser nunca estúpidos.

La virtud es un gran libro donde se nutren talentos como el de Santa Teresa, y de donde brotan poemas como la *Imitacion de Cristo*.

La mujer virtuosa tiene en su organizacion las mismas fibras que la que no lo es. La diferencia está en que aquéllas vibran y éstas yacen sin vida.

Porque la virtud, que es el amor y la esperanza, constituye la vida del corazon.

La rigidez con que fallamos las causas de honor de las mujeres, ocasiona hasta cierto punto la necesidad de las apariencias.

Es decir, que nuestro rigorismo, que es incapaz de excitar á la verdadera virtud, tie-

ne el pobre mérito de excitar á la hipocresía.

Y la hipocresía, se ha dicho con justicia, no es una pasion, sino la máscara de todas las pasiones.

Resulta, pues, que nuestros propios desaciertos, la misma imperfeccion de nuestros juicios sostiene el mal que nos proponemos destruir.

Si finge la mujer, nosotros la obligamos.

Parece que nos hemos propuesto cooperar á la comprobacion y realizacion del siguiente dicho, atribuido á Clemente XIV:

«La mayor parte de las mujeres pasan su vida ofendiendo á Dios y confesándose de haberle ofendido.»

CAPÍTULO V.

EL AMOR.

El amor se siente y no se define. Es poca cosa el hombre para penetrar el gran secreto de la naturaleza.

La luna que boga majestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la region de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida: hé ahí el amor.

Los poetas le definen así.

Ciertos filósofos, que muchas veces hablan de lo que no entienden, por el empeño de entenderlo todo, han dicho muy solemnes vulgaridades, pero vulgaridades filosóficas, al tratar del amor.

Todo cuanto acerca de este punto ha llegado á ocurrírseles, es llamar al amor *un no sé qué, que nace no sé de dónde*, lo cual, como cualquiera comprende, es capaz de convencer al más incrédulo.

El corazón y la cabeza pueden considerarse como el cuarto principal y la buhardilla de la casa: el amor es inquilino del primero, y los filósofos habitan la segunda. No conocen al vecino más que de vista.

Desde los tiempos de Homero hasta hoy viene escribiéndose del amor, y la cuestión está intacta.

El último hombre que perezca en el día de la destrucción universal será el último libro de amor. ¿Quién se atreverá, pues, á hojearlos todos para sintetizar la materia?

Los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esa ciencia, que si es pura, produce á Santa Teresa escribiendo que Satan no sería Satan si fuese capaz de amar; que si es impura, produce á Safo precipitándose desde Léucade porque un hombre la abandona.

Los poetas, en cuyo cerebro y en cuyo corazón hay algo de sobrehumano que los eleva de la región tangible de la mortalidad, son los que pueden hablar de ese sentimiento íntimo, ala veloz que Dios ha dado al alma para que

vuele hasta el cielo, como le llama Miguel Angel; santa aspiracion de la parte más etérea del espíritu, como dice Jorge Sand; secreto sublime en cuya virtud dos son uno, el hombre y la mujer se funden en un ángel, y el cielo aparece, como ha escrito Víctor Hugo; el arquitecto del mundo, en el sentir de Hesiodo; el perturbador del mundo, en concepto de Bacon; *el egoismo de dos*, segun la magnífica y profunda definicion de La Salle.

Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiracion, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota, y ven palpar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el ternísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: «hé aquí el amor.»

Los filósofos no han sabido por lo regular sino practicarlo y deprimirlo: los poetas no creyentes lo han cantado; los poetas verdaderamente cristianos lo han divinizado.

El cristianismo que ilustra y dignifica cuanto en la serie de los siglos toca, elevó tambien la naturaleza del amor.

El amor de las pasadas edades habia producido las Fedras y las Didos; el amor santo que

brotó de la doctrina salvadora produjo las Magdalenas.

Cuando el sentimiento caballeresco, y más que caballeresco cristiano, brillaba en toda su esplendente majestad, el sentimiento del amor venía á ser tan puro, tan arraigado, que sobre él, como sobre pedestal magnífico, se alzaba el sentimiento noble del más noble patriotismo.

Entónces, como dice un gran escritor, era más fácil amar á una mujer que seducir á muchas.

El amor no era un arte, era una verdad; era la fiebre del alma, y la pasión su delirio.

II.

Un libro acerca de las mujeres es lo mismo que un libro acerca del amor. Mad. Stäel responde por nosotros. El amor, dice, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres.

Bajo este punto de vista, el amor, que es de ordinario en el hombre un manantial de felicidad, suele ser en la mujer un manantial de desdichas.

De cada cien hombres noventa aman por verdadera impresion: de cada cien mujeres, noventa aman por agradecimiento, por tener amor.

Porque el amor en las mujeres es un perfume, que cuanto más se reconcentra, más se esparce y más se eleva.

Los escritores atolondrados y los murmuradores sin gracia acuden al arsenal del amor en busca de armas con que combatir á la mujer.

¡Cobardes! ¡Cuánto mejor fuera educar su corazón, que burlarse de los extravíos de su corazón!

Casi todas las invectivas que contra las mujeres se han escrito y dicho, proceden de un mismo principio. Es regla constante; cuanto más se sumerge el hombre en el fango de las pasiones inmundas, tanto más rigorista viene á hacerse, por lo comun, respecto á las virtudes de la mujer. Cuanto más desciende en la escala de la fidelidad, tanto más sube en la escala de las exigencias.

Antes han falseado el amor los hombres que las mujeres: dígalo por nosotros la historia de la poligamia.

Al que nos atribuyese parcialidad en las ideas que vamos consignando, que medite en la siguiente máxima: «El amor es un niño grande: la mujer es su juguete.»

20 Esta es una verdad que no puede ponerse en duda: como es tambien indudable que en contiendas de amor es el hombre juez y parte.

25 Si fuera posible repasar los millares de libros en que, ya de propósito, ya por incidencia, se trata del amor, observariamos que por cada millar en cuya portada se lea el nombre de un hombre, hay difícilmente uno en cuya portada esté escrito el nombre de una mujer. La lucha, pues, aparece desigual.

Si las mujeres supieran escribir, si tuvieran expedito el derecho de defensa, no estaria ese juez invisible, llamado opinion pública, tan prevenido contra ellas; tal vez nos ganaran, con costas, el litigio; pero un tribunal donde todos son fiscales, y de los pocos defensores que hay, más de la mitad contribuyen á empeorar la causa, fácilmente se comprende que tiene en sí motivos muy justificados de recusacion.

Por estudiar los hombres el amor en los libros de otros hombres, se perpetúan los errores, las preocupaciones, y acaso las injusticias: para estudiar esa ciencia no hay más que un libro; ese libro es el corazon de la mujer.

Por eso un libro acerca de las mujeres, y un libro acerca del amor, vienen á ser frases sinónimas.

El amor es como la fisonomía. No hay dos mujeres que se parezcan en amor: entre cada dos media un abismo. Quien ha dicho que bajo ese punto de vista son idénticas todas las mujeres, ha incurrido en un desatino imperdonable, á ménos que no añada estas palabras: *para el autor de la máxima.*

Eso varía de especie: ya en otro lugar lo hemos consignado; también para el ciego son idénticos todos los colores, y para el sordo todos los sonidos.

Todos los defectos que pueden tener las mujeres, todos los extravíos de que su fragilidad pueda ser responsable, pesan ménos para un hombre imparcial y prudente que las amarguras que devora su corazón cuando ama; y ama casi siempre ó siempre sin casi, si hemos de dar crédito á madama Stael.

¡Tan cierto es que las mujeres han compuesto el gran poema del amor, y los hombres lo comentan sin llegar á comprenderlo!

Cada lágrima desprendida en ciertas ocasiones de los ojos de una mujer, es un tesoro que no saben apreciar los corazones de tierra que se agitan en la sociedad presente.

Cada suspiro exhalado de un alma virginal es un grito sublime de *miserables!* que envía la ternura al egoísmo y á la incredulidad, á la mentira y á la indiferencia.

«Para la mujer, el amor es la curiosidad; para el hombre, el amor es el amor.»

¡Falso! O el que ha dicho tal blasfemia no sabe lo que es amor, ó los cajistas han trocado las palabras, y entónces no hay blasfemia.

Quitad á la mujer el amor, despojadla de su más bello atributo, y puesto que no la educáis, se quedará convertida en el sér más abyecto de la tierra.

El amor es un hilo que la mujer tiene por los dos extremos, y que nos da á retórcer.

Convenido.

¿Quién lo soltará ántes; el que tiene el hilo doblemente asido, ó el que lo tiene por un solo cabo, sujeto con dos dedos y en movimiento constante?

III.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

¡Ay infeliz de la que nace fea!

Esta es la verdad, digan cuanto quieran los genios de gacetilla.

Infeliz es la mujer hermosa, é infeliz la mujer fea: contra la primera conspiran las asechanzas y la seducción; la segunda, segun el dicho de una escritora célebre, no conoce sino la mitad de la vida. La primera vive, res-

pecto al hombre, en el constante flujo de los engaños; la segunda en el reflujó constante de los desengaños. La primera suele no corresponder á los que aman; la segunda ama ordinariamente á los que no la corresponden. La primera, si la virtud no la acompaña, está próxima al desvanecimiento; la segunda, si no la acompaña la virtud, está próxima á la desesperacion.

Engañar á una mujer fingiéndose su apasionado, es la acción más cobarde que puede concebirse en un hombre de honor: si la mujer es hermosa, por lo fácil; si no es hermosa, por lo aleve.

Lo que ordinariamente se llama galantería suele ser el trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud.

Cuando cae la máscara de la galantería, se concluye el carnaval del amor. La ceniza que suele venir en pos de ese carnaval, hierre los ojos y no es difícil que produzca la ceguera.

Muchas de las flores que á nombre de la galantería se dirigen á la hermosura y á la discrecion, llevan en su tallo espinas muy punzantes y exhalan de su cáliz emanaciones malélicas.

¡Hay tanta iniquidad y tanta miseria cubiertas con guante blanco! ¡Hay tanto corazon de cieno bajo los botones de brillantes! ¡Hay tantas

cabezas hermosas como el busto de la fábula!...

Si fuera posible que las mujeres conociesen la vida íntima de una gran parte de esa juventud de tono, con asco rechazarían de su lado al primer hipócrita que les quemara incienso, ó al primer osado que les mintiese amor.

¡Cuántas veces, dice la Bruyère, oculta una mujer toda la pasión que abriga hácia el hombre mismo que en aquellos instantes le está fingiendo pasión!

¡Cuántas veces á las mentidas frases de una ternura que no existe, corresponde la débil mujer con una mirada ó con un suspiro que encierra más ternura que todos los libros de los sabios!

¡Cuántas veces al amor-*sensacion* del hombre corresponde el amor-*sentimiento* de la mujer!

Es una verdad patente: no hay mujeres insensibles; si alguna lo pareciera, compadezcámosla: no ha encontrado todavía al hombre á quien debe amar.

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, porque su ventura, su tranquilidad, su porvenir quizá, dependen de cuatro palabras veraces ó falsas que dejan caer sobre su corazón los labios de un caballero ó de un malvado!

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, condenada á esperar, á esperar indefinidamente!.....

¡Cuántas ilusiones bellas brotarán en su pecho, y en su pecho se marchitarán al soplo helado de la indiferencia y del olvido!

Vosotras, las que habeis amado á un hombre que no os correspondia, que no os miraba, que no os conocia tal vez, decid á esa raza escéptica que ha metalizado los sentimientos más puros del alma, decidle si existen ó no los verdaderos mártires del amor.

¡Vosotros, hombres de corazon, que lo habeis ocupado todo con la imágen de una mujer, decidles á esos pobres de espíritu y ricos de mentira, si es tan fácil como ponderan hacer una ingénuo confesion de amor!

Porque en las declaraciones de amor va ordinariamente el proceso de los amantes que engañan.

No olviden esta máxima nuestras bellas lectoras: la mejor declaracion de amor es la que no se hace.

Y la razon es muy sencilla: cuando el hombre siente mucho, habla muy poco ó no habla.

Para una mujer delicada no hay declaracion de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento.

Cuando en una respuesta estriba nuestra dicha ó nuestra desventura, ¿quién será tan sereno que se atreva á hacer de repente la pregunta?

No hay nada más poético ni más grandioso

que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor.

Y es que como las palabras son el perfume de la flor del cariño, no quieren ni áun perder ese perfume. ¿Qué importan los sonidos de los labios si se establece el sonido simpático de los corazones?

El amor puro tiene el raro privilegio de fundir dos almas en una. Y nadie habla á voces consigo mismo.

Nos referimos al amor puro; al amor-*senti-**miento*; al que está muy próximo á constituir una virtud: no al amor grosero, al amor-*sensa-**cion*, al que está muy próximo á constituir el más vergonzoso de los vicios.

Quejas, placer, enojos y ternura, todo lo expresa una mujer discreta: en el fuego de una mirada, en el dulce movimiento de una sonrisa, en una lágrima imprudente que destila de sus párpados y rueda por sus mejillas, en el hálito imperceptible de un suspiro que se escapa á hurtadillas de su pecho.

El misterio y la reserva son las dos condiciones más íntimas del amor. Si se convierte el amor en un asunto vulgar, desaparecerán sus más dulces atractivos: despójesele del interés palpitante que lleva consigo la adivinación, y quedará el amor convertido en un asunto vulgar.

Para las almas de cierto temple, la mudez es la expresion suprema del egoismo doble del amor.

Para los colegiales atolondrados y los que se llaman hombres de mundo, porque viven en el mundo, es de rigor comenzar *escribiendo ó hablando*, sean cuales fueren las circunstancias, y sea cual fuere la mujer elegida para víctima.

Con una metralla de *sentimiento, impresiones, alma, corazon, juramentos, felicidad*, y todas las otras frases que hay en ciertos *libros para escribir y dictar cartas*, esperan los enamorados vulgares tomar la fortaleza y conseguir la conquista.

Escasa idea llegaria á dar una fortaleza que tan fácilmente se rindiese; y escaso mérito tendrá una conquista tan brevemente alcanzada.

Una declaracion positiva, inesperada, *exabrupto*, si es lícita esta expresion, ofrece muy pobre testimonio del ingenio que la prefiere, y hace asomar los colores á la mujer que la escucha.

Y el hombre, regla general, nunca, bajo ningun concepto, debe excitar el rubor de una mujer.

Los que aman verdaderamente no saben, en punto á declaracion, ni cuándo la comienzan, ni cuándo la terminan. La mujer lo adivina.

Y es natural; al amor verdadero no urge la correspondencia; se alimenta de sí mismo.

¿Sabeis por qué no son elocuentes, pregunta Chateaubriand, algunos enamorados?—Porque su corazon habla muy alto y les impide oír lo que dicen.

¿Será que el hombre de talento no halle palabras para declararse? ¿Será que falte al hombre de inteligencia y de corazon lo que sobra á los horteras todos los domingos en sus bailes y sociedades, y á los estudiantes de filosofía todas las noches en sus modestas tertulias?

¡Absurdo!

Desconfiad, pobres niñas, de esas declaraciones de rigodon, que duran tanto como los sonidos de la música que escuchais: haced cuenta que son *dos músicas*.

Tened presente que si es propio de un hombre cándido hacer una declaracion á primera vista, es propio de mujer más que cándida acogerla sériamente, y áun celebrarla como una simple galantería, siendo como es de ordinario una galantería simple, que no merece siquiera los honores de vuestra sonrisa.

¿Sabeis dónde está la verdadera, la explícita declaracion de amor? En la conducta misma del hombre que se os acerca y apénas se atreve á alzar la vista para miraros: oídlo de boca de un sabio.

Un jóven, dice, que ama, no es libertino, ni disipado, ni ambicioso: sus pasiones están en suspenso; una sola llena por completo su corazón, sólo se afana por ser bueno, lo que se llama realmente bueno. ¡Dichosos los que tienen pasiones que los hacen ménos insensibles y más humanos!

Meditad mucho en las palabras de este sabio: encierran todo un libro de enseñanza.

Si se acerca á juraros amor un hombre de esos que el mundo llama despreocupados y el Diccionario incrédulos ó irreligiosos, no escuchéis sus palabras; huid de su lado; que ni puede cumplir sus juramentos quien no fuere buen creyente, ni puede amar sino con el amor grosero de la tierra quien tiene cerradas las ventanas del alma que dan vista al apacible mar de lo infinito.

Pero si llega hasta vosotras un hombre digno y leal que os ama sin decíroslo, que os contempla y calla, que sufre y calla, que espera y calla, fijad la vista en él, calmad su pena, corresponded á su esperanza.

«Amad: este es el único bien que hay en la vida.»

Permitámonos añadir un adverbio, y será la expresión mucho más bella.

Amad cristianamente: éste es el único bien que hay en la vida.

IV.

No hay nada que ponga más á prueba el talento de una mujer, que la declaracion amorosa de un hombre por quien se halla interesada. Si está segura de su amor, prefiere mil veces el silencio.

La mujer frívola tiene ya como estereotipadas ciertas frases que acomoda, sean ó no oportunas, á toda declaracion. Si ésta llega por escrito, su respuesta es una circular de que existen varios ejemplares; con llenar la fecha y acaso el nombre, queda el asunto terminado.

La indiferencia es la tísis del amor: la antipatía es la congestion del amor: la congestion puede ser vencida; la tísis es incurable. De la indiferencia es muy difícil avanzar: de la antipatía no es difícil una evolucion hasta la simpatía; y la simpatía es el parentesco de los corazones.

Correspondido explícita ó implícitamente por una mujer de talento el amor de un hombre digno de ella, es muy difícil que llegue á borrarse de su alma el dulce sentimiento que la domina.

La ausencia es el gran problema del amor;

pero ese problema está ya resuelto; y lo está, no en los libros de los sabios, ni en las vagas especulaciones de los filósofos; en una simple seguidilla que canta el vulgo; héla aquí:

Es el amor, mi vida,
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma.

La ausencia es aire,
Que mata el fuego chico
Y aviva el grande.

Estos versos están en completa contradicción con estos otros que no há mucho leímos en un álbum:

Para encontrar un remedio
De amor en la cruda guerra,
No hay más que poner por medio
Mucho tiempo y mucha tierra.

El mayor castigo que pudiera darse al autor de la redondilla, fuera sin duda entregar su nombre á la execración de la bella mitad del género humano; pero el autor de los APUNTES se honra mucho llamándolo amigo íntimo, y se contenta con negar la proposición.

El tiempo pasa en balde para el amor; la

tierra es pequeño obstáculo para su inmenso poder.

¿Qué importan el espacio y la distancia para dos almas que están fundidas en una, para dos corazones que están engarzados por mano de un ángel?

Los enamorados ausentes tienen la doble vista del espíritu y de la fantasía. Ellos se ven al reflejo de la luna, simpático testigo de su amor.

Se hablan en el céfiro suave que acaricia su frente, y juega con sus cabellos.

Se envían protestas de fidelidad en el majestuoso silencio de la noche.

Cuando duerme la naturaleza, velan los enamorados.

Á la luna y á las estrellas pide nuevas el amante; interroga á la brisa que se agita, y al arroyo que murmura; y en el suspiro dulce de la brisa, y en el murmurio grato del arroyuelo, oye la voz de su amada; el eco de ventura que anima su corazón.

Sus ojos no se apartan del camino: ¡el camino es tan largo!....

Sus labios articulan una palabra que el aura roba y lleva mansamente por el espacio: ¡ven!

La luna, que rasga entónces la tenue gasa de una nube perdida en el espacio, envía un rayo que hiere la vista del amante melancólico;

aquel rayo alumbra una lágrima de fuego: aquella lágrima es el bautismo de un amor puro y sublime.

Así explican la ausencia los poetas.

¡Benditos sean los poetas, si es cierto que sienten lo que dicen!

¡Benditos una vez más, si es indudable que dicen lo que sienten!

Vosotros, los que teneis léjos vuestro amor, decid si los poetas son unos ignorantes sublimes, ó unos adivinos de los sentimientos más íntimos del alma.

Decid con la mano sobre el corazón, cuál de estas dos sentencias es más cierta:

—«Amante que no es visto, es olvidado.»

—«Más puro es el amor que vive solo.»

La primera es propia de un mercader de amor; la segunda ha brotado de los labios de un hombre de corazón.

Si en el amar sin ser amado hay un encanto profundo y melancólico, en el recuerdo del amor correspondido hay un raudal perenne de consuelo y alegrías.

Los amantes que se ven y se hablan tienen la felicidad del amor; los que viven separados, tienen dos felicidades: la del amor y la de la esperanza.

La esperanza es un árbol en flor que se balancea dulcemente al soplo de las ilusiones.

La infidelidad es la tormenta que lo marchita y lo deshoja; el olvido es el rayo que lo consume.

La ausencia y el olvido no son voces casi idénticas, como se cree vulgarmente: entre ambos se alza un muro de bronce: ese muro es el amor.

El amor verdadero se purifica y quilata en la ausencia como el oro en el crisol. Los ausentes que se aman, son los verdaderos hijos del amor.

En las ausencias largas, mucho más peligra la constancia del hombre que la fe de la mujer.

Esta opinion no es la generalmente admitida; pero es la comprobada: la imparcialidad ántes que todo.

V.

La veleidad de la mujer es el asunto fundamental de casi todas las novelas, comedias y romances que escriben los modernos reformadores de la humanidad; edifican sobre arena. Si el hombre tiene en la tierra algun maestro de amor, es la mujer. Los que la inculpan en este concepto, no parece sino que en cabeza ajena se juzgan á sí propios.

La llamada coquetería de la mujer no es,

como se ha dicho, una red tendida por su vanidad á la nuestra; no es el deseo de inspirar cariño sin sentirlo, ni la venganza de la debilidad, ni el charlatanismo del amor, ni el ansia de adoradores unida al menosprecio de los amantes: ni un sexto sentido más delicado que los otros cinco; todas estas son expresiones más ó ménos felices é ingeniosas; pero igualmente inexactas. Todavía no hemos tenido la necesaria franqueza para definir la coquetería: tengámosla una vez.

La coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

Hay mujeres que se asustan de la palabra *amor*, y no abandonan la idea; otras hay que no abandonan la palabra, y se asustan de la idea: las primeras están muy cerca de la hipocresía; las segundas pisan el umbral de la coquetería.

Una coqueta que toma amante es un soberano que abdica, ha dicho Mad. de Coigny.

Con permiso de esta señora, una coqueta que toma amante no es coqueta: probablemente le que ántes pareció coquetería, no era sino el movimiento perpétuo en que se agita el alma que tiene precision de amar; porque el amor puro es la única atmósfera en que pueden respirar las almas sensibles y privilegiadas. Una coqueta viene á ser objeto prefe-

ruido de las invectivas y los sarcasmos de todos los escritores adocenados y vulgares.

¡Inocentes! ¡No advierten que arrojan al cielo puñados de arena!

¿Qué derecho tenemos para imponer á las mujeres ese rigorismo que nunca les damos á imitar? ¿Cuándo ni cómo las educamos, para que en buena ley podamos pedirles cuenta de esas altas cualidades, que son en mucha parte obra de la educacion?

¿Qué debe la mujer á la sociedad actual, á esta sociedad que la diviniza y la burla; qué debe á los hombres de hoy, á estos hombres que la adulan y la escarnecen y la ultrajan, para que se le exija esa abrumadora escrupulosidad en las formas, para que se juzgue su honor prendido de una sonrisa, comprometido quizá en una mirada?

¿Con qué derecho requiere el hombre de inconstante y veleidosa á la mujer, sin añadir la crueldad al vilipendio?

Vosotras, las que con rostro sereno y el corazón traspasado sentís por fortuna el fuego de un cariño honesto y puro, decid á esos atolondrados que no conocen á la mujer; decidles que hablan de oídas; que no saben ni qué es amor; y no lo saben, porque el amor casto es un dón que envía el cielo á las almas que quiere hacer felices.

Preguntadles si alguna vez ha latido su corazón; si han buscado ardentemente en el disco de la luna ó en el giro de una estrella, la mirada del sér por quien alienta; si han interrogado al aura de los campos, que llega hasta sus labios, y á las aves que cruzan alegres por su ventana; si han visto, en fin, cernerse en el espacio las alas de oro de un ángel que cobija dos almas que son una.

Si os dijeren con la sonrisa estólida del escepticismo que nada de esto han sentido, porque no son poetas, respondedles con plena seguridad que no es amor el amor que no es poeta.

VI.

Nada horroriza más que la idea de un amor impuesto.

¿Será verdad que hay padres que imponen á sus hijas el amor? Esos padres deben padecer una perturbacion mental.

¡Mandar el corazón! Tanto valdria cambiar el curso del Nilo, ó decir á la tierra que se pare.

¿No es harto desgraciada por sí la mujer, condenada, como ya hemos dicho, á esperar, á esperar indefinidamente?....

¿Cuándo se convencerán los padres de que

burla su vigilancia, sea ésta cual fuere, el amor á hurtadillas de sus hijas?

—¿Y cuándo se convencerán de que si el amante es digno, deben favorecer el amor franco ántes que dar lugar al de emboscadas?

—Si la educacion llegará entre nosotros al punto á que debiera llegar, los padres serian los primeros confidentes de sus hijas; no estaria este honor reservado á los pajes y servidores.

Y como reservado á tales ingenios, produce las consecuencias que diariamente se deploran.

La pobre criatura que apenas sabe más que vestirse y adornarse para agradar, porque otra cosa no le han enseñado, cree en cualquiera frase de amor, se apasiona del primer farsante que la lisonjea, y labra quizá su perpétua desventura. ¿Quién podrá reconvenirla con justicia?

Temblad, jóvenes candorosas, al escuchar una declaracion de amor: por de pronto, el que se declara con los labios, sin duda no está seguro de haberse declarado con los ojos; y amor que no se retrata en los ojos, tened por infalible que no es amor.

Una mujer de talento jamas debe deslumbrarse con el oropel: el oro es muchas veces, y en determinadas manos, oropel.

Todo lo que puede valuarse carece de valor.

El mérito que se somete á número y á medida, parece una mercancía que se remata en el mejor postor. El comercio y el amor están reñidos de muerte. El amor no sabe contar ni medir: no sabe más que amar.

Las grandezas y los bienes, decía una mujer muy célebre, no constituyen el encanto del amor. La verdadera ternura sabe separar del amante todo lo que no es de él, y poner aparte su fortuna y sus honores para considerarlo solo, y sólo con él llenar su corazón.

La reputacion, los triunfos, la gloria; hé ahí lo único que una mujer delicada acepta del hombre á quien ama. Y acepta esos bienes que son intrínsecos, inseparables; si se pudieran comprar y vender, si estuviese en mano de cualquiera el poseerlos, los rechazaria tambien; los tendria por de mucho ménos precio que la más rápida de sus miradas ó el más tenue de sus suspiros.

No hay nada más elevado ni más grandioso que el orgullo noble de una mujer de talento.

¡Feliz mil veces quien poseyere su amor!

El hombre que tiene la dicha de ser amado por una mujer de talento y de corazón, es un ingrato si abriga desconfianza, y un malvado si llega á abrigar celos.

La desconfianza no es la madre de la seguridad, como se ha dicho; la desconfianza es la

hija del egoismo. El egoismo y la pobreza de espíritu son en este caso voces sinónimas.

La desconfianza es un vicio *contraproducen-tem*, en el sentir de Séneca; por ella aprende á engañar la persona misma de quien se teme el engaño. La desconfianza autoriza la infidelidad.

Napoleon pudo muy bien decir que en los negocios humanos no es la fé la que salva, sino la desconfianza.

Aunque esta máxima sea cierta, no puede aplicarse al amor, porque en el amor hay algo de sobre-humano.

La desconfianza es una nube que aparece en el cielo del espíritu: los celos son la tempestad. Contra los estragos de esa tempestad no hay más pararrayos que el talento.

«Los celos son la medianería entre el amor y el odio.»

Es inexacto; los celos son la medianería entre la estupidez y la perversidad.

Creemos con el vulgo que los celos son un exceso de amor; pero el vulgo debía añadir la palabra *propio*.

Una escritora de fama sostiene que los celos groseros son desconfianza del objeto amado, y los celos delicados desconfianza de sí mismo.

Pero es repugnante adunar las dos ideas de celos y de delicadeza; no sabemos cómo po-

dria probar esa escritora que la desconfianza de sí mismo puede en ninguna ocasion confundirse con los celos.

Cuanto es más violenta la pasion del amor, es más inminente el peligro de los celos.

Esta es la opinion de la generalidad; pero la generalidad se engaña. Nos adherimos á la minoría, que sostiene y prueba que los celos sólo indican un amor débil, una soberbia necia, un convencimiento de la escasez de mérito propio, y á veces un corazon muy depravado. No hay celos de amor; no hay más que celos de orgullo y de egoismo.

El celoso, leímos en una ocasion, no es el amante que ama, sino el dueño que se enoja.

Los celos son de ordinario el proceso de quien los abriga.

Los celos del hombre son casi siempre infundados é infaman á la mujer: los celos de la mujer son casi siempre justos y no infaman al hombre.

Hé aquí la equidad.

Para el vulgo, un hombre celoso es un buen ciudadano que vela por su honra; una mujer celosa es una loca que merece compasion.

¿Quién autoriza al vulgo para fallar en causas de amor?

Los celos brotan ordinariamente en los

hombres por falta de talento, y en las mujeres por exceso de penetracion.

El que recela de una mujer virtuosa que le da pruebas de amor, recela de sus propios merecimientos; hace una confesion tácita de su misma indignidad.

En las luchas formidables que se traban en el fondo de cada individuo, aparece el gérmen de los celos: ese gérmen se desarrolla cuando vence el elemento más tosco y material; ese gérmen se destruye cuando vence el elemento más tenue y espiritual; del primero nace la pasion horrible de los celos: del segundo nace el orgullo santo del amor.

Para inspirar confianza á las mujeres, es un principio constante, se hace préviamente necesario tener confianza en sí.

En materia de amor hay pensamientos que descenden del cielo, y pensamientos que se alzan de la tierra; el hombre de inteligencia recibe los primeros como un destello de lo alto; el hombre vulgar y escéptico se ahoga con los segundos, que semejan una columna de humo denso y fétido.

El celoso no sabe respetar ni respetarse; y el respeto es hermano inseparable del cariño verdadero.

Como ha dicho con razon el abate Prevost, un amor puro y leal inspira más respeto hácia

una pastora amada, que toda la nobleza de la sangre y el rango de los honores hácia el primer príncipe del mundo.

En el extremo contrario de la escala del respeto, están la indiferencia y la frialdad.

Las mujeres tienen el necesario, y tal vez providencial instinto, de no confundir jamas los grados de esa escala.

El respeto y la indiferencia miran con distintos ojos.

Lo que las mujeres no perdonan jamas es la insipidez y la descortesía.

VII.

Es un error creer que para las mujeres la amistad es un efecto distinto que para los hombres.

En este punto hay opiniones encontradas. Tratándose de la mujer, creen unos que la amistad es casi siempre la jubilacion del amor: otros suponen que es la amistad el noviciado del amor.

Unos han dicho que es más fácil ver al amante degenerar en amigo, que ver al amigo degenerar en amante.

Los primeros añaden: amor que da lugar á

la amistad, no es amor; los segundos replican: mujer que ofrece su amistad al que le pide su amor, da señal de saber lógica, quiere proceder con método.

Hé aquí una cuestion en que es de todo punto imposible conciliar los pareceres; estriba en la inteligencia de las voces; viene á ser una cuestion de palabras.

El amor no correspondido, ó como si dijéramos, el amor *unilateral*, constituye una clase aparte; clase respetable, como lo es siempre el infortunio; la clase cuyos individuos pudieran recibir el nombre de *inválidos del amor*.

Dijo una gran verdad el que aseguró que el amor y el enamorado suelen vivir en constante contraposicion.

Qui suit amour, amour le fuit;

Qui fuit amour, amour le suit.

Contra esa horrible desgracia no caben reglas ni apreciaciones; tal vez aludiria á este caso el insigne poeta, autor de una redondilla ántes citada; si así es, nos reconciliamos con el pensamiento que encierra, y lo aplaudimos.

Lo que jamas podemos aplaudir es el exceso de afectacion varonil en ciertas mujeres,

y el exceso de ternura simulada en ciertos hombres.

Es fijo: las mujeres que mas blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños que cuando andan solos y de noche cantan de miedo.

Los hombres que más recargan los colores de su ardorosa pasión, consiguen las más veces pintar una ridícula caricatura: se declaran vulgares.

A ménos que medie una pasión violenta, adquirida en los primeros años de la juventud, es máxima irrefragable que una mujer de talento nunca se enamora de un hombre vulgar. Y los hombres vulgares abundan más de lo que ordinariamente se cree.

Es síntoma de vulgaridad de los hombres el repetir en toda ocasión sus juramentos de amor.

Como si no se supiera por todos que tales juramentos suelen ser la moneda falsa con que se pagan los sacrificios de amor.

Beauchene lo ha escrito: la mujer á quien más se ama es cabalmente la mujer á quien ménos se le dice.

El amor más afuente es casi siempre el amor de los más necios.

Un hombre necio es una calamidad para una mujer de talento: la mujer de talento es á

la vez una calamidad para el hombre de corazón que aspira á su cariño. Hay, sin embargo, una diferencia notable entre ambas calamidades: la primera es incurable, perpétua; la segunda es transitoria, y puede ser manantial de dichas y de ventura.

Toda la ciencia de un hombre hábil verdaderamente enamorado, es hacer que el corazón de la mujer sonría, y viertan lágrimas sus ojos.

Sin embargo, no olviden los hombres que la primera lágrima de amor que hacen derramar es un diamante, la segunda es una perla, la tercera es una lágrima.

Si un hombre sintiere que asoma á sus párpados el llanto del amor, lllore sin ruborizarse.

Las que no lloran son almas

Sin fe, sin amor, sin jugo.

Estos dos versos de nuestro amigo del alma Rubí, encierran todo un poema de ternura.

Como encierra un mar inmenso de desconuelo la máxima siguiente de nuestro amigo también querido Teodoro Guerrero:

«El amor es un pozo de agua cristalina; pero la humanidad se da tal maña, que lo revuelve y saca sólo el cieno del fondo.»

Con permiso del galante *anatomista del corazón*, donde dice *la humanidad*, hubiéramos es-

crito nosotros: *la juventud veleidosa y descreída del siglo XIX.*

Esto nos parece más exacto. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

VIII.

Y pues hemos hablado de Platon, digamos cuatro palabras acerca del amor á que dió nombre.

Un autor, no recordamos cuál, denomina al amor platónico *el velo de la insuficiencia.*

Esto no lo entenderá por ahora el lector; pero tampoco nosotros lo entendemos.

¿Son los sentidos corporales los únicos conductores del amor?

Aquí se dividen las escuelas; estamos en plena filosofía.

Dos sectas salen á nuestro encuentro: los *sentimentalistas* y los *sensacionistas.*

Para los primeros, es amor el enlace invisible de dos almas: para los segundos, es amor el enlace visible de dos manos.

Los primeros parten de la idea; los segundos de la impresion. Los primeros suelen perder la cabeza y conservar el corazon; los segundos suelen perder el corazon y conservar la cabeza.

Los primeros son agua que se evapora; los segundos son agua que se congela: los primeros aman lo que desean; los segundos desean lo que aman.

Los primeros son hombres de *sentimiento*; los segundos son hombre de *sensacion*.

Los unos miran al cielo: los otros miran á la tierra.

En literatura, aquéllos son la poesía, éstos la prosa: en filosofía, aquéllos representan lo ideal, éstos lo real.

Aquéllos, en fin, dando todo á la intuicion, piensan con el pensamiento, se desprenden de los sentidos: son alumnos de Platon. Estos, fiando todo á la percepcion material, piensan con las sensaciones, hacén á los sentidos vehículos de todas las ideas, son aristotélicos.

Convengamos, pues, en que Platon ha sido más afortunado que Aristóteles; una raza de amantes ha tomado su nombre; hasta en las últimas clases de la sociedad se oye hablar de amor platónico.

Basta de filosofía, y hagamos alguna aplicacion.

¿El platonismo es la timidez?—Si no lo es, se le parece mucho.

¿El platonismo es la ineptitud?—Si no lo es, puede confundirse con ella muchas veces.

—¿Cuál será, pues, el amor platónico en toda su filosófica verdad?—El amor de dos personas que nunca se han conocido.

—¡Insigne vulgaridad!—dirá algún crítico.

Perdone el crítico. No crea que vamos á recordarle el ejemplo de D. Quijote, modelo de enamorados; que por ser á la vez modelo de locos, seria autoridad que el crítico nos rechazase.

—¿Quién no ha soñado amor en este mundo? ¿Quién no se ha fingido allá en los palacios de su fantasía la imágen de un sér que no ha visto la tierra, que tal vez la Providencia ponga un día en su camino?

—¿Quién no ha amado con toda la pureza de su corazón á un sér que no se viste de nuestro ropaje, que no habla en humano idioma, que flota invisible por el espacio, que suspira en el murmurio de la fuente, que gime en el viento de la noche, que llora en el rocío de los prados, que sonrío en los resplandores de la aurora?...

—¡Poesía, poesía! ¡ilusiones, ilusiones!—repetirá el crítico adusto.

Y tiene razon: adivinó la fórmula.

Esa poesía, esas ilusiones, son precisamente lo que constituye el amor platónico.

IX.

Postdata. «Cuando recibais la carta de una mujer, leed desde luégo la *postdata*; y si no la tuviere, leed la última línea: allí está el pensamiento capital de toda la carta.»

Una mujer lo ha dicho; sus razones tendrá.

No es esto solicitar para las últimas líneas del presente capítulo mayor atención, ni ofrecerlas como síntesis del difícilísimo tratado del amor.

No hemos citado la máxima por simple razón de congruencia: la hemos citado porque nos proponemos apreciar rápidamente *las cartas de amor*; y la síntesis de tales cartas es de ordinario la *postdata*.

Por eso hemos escrito esta palabra al comenzar nuestras apreciaciones: no como apéndice á lo anterior, sino como anteocupacion, resúmen anticipado de lo posterior.

Han discutido los sabios la siguiente proposicion: ¿Conviene que las mujeres sepan leer y escribir?—¡Y qué cosas tan peregrinas han dicho los sabios al discutir esa tésis!

Respetemos á los sabios hasta el umbral de la veneracion; por eso nos abstenemos hoy de

llamarlos á juicio, á nombre de la justicia y de la verdad.

Tal vez alguno de esos mismos sabios escribía en su buena edad tratados de floricultura á tal ó cual Galatea desdeñosa, ó Fili enamorada, ó Clori ingrata.

No es lo malo que esos tratados se escribiesen en aquellos tiempos en que los apasionados de Góngora y los discípulos de Churriguera declaraban abierta hostilidad al buen gusto literario y artístico; lo peor es que se reproduzca hoy en el siglo del vapor y de la política, de la ilustración y del *puff*.

Porque es fuerza convenir en que si algún género de literatura se halla entre nosotros atrasado lastimosamente, es el género *erótico-epistolar*.

Tratándose de las cartas de amor, no hay medio; ó son sublimes ó ridículas; bien es verdad que, según declaran los libros de estética, lo más próximo á lo sublime, *avanzando*, es lo ridículo.

Un amor que, *entre presentes*, se declara por escrito, lleva mucho adelantado para quedar á media correspondencia.

No hablemos del amor que se declara en verso; las mujeres no hacen gran caso de un artificio en cuya virtud, si hay necesidad de un consonante en *oria*, se las bautiza de *gloria*; y

si fué de masculino aquella terminacion, se las llama *purgatorio!*

Amor que se revela en un *romance* es difícil que pase nunca de ser amor *romántico*.

La dulce poesía del amor puro y honesto no há menester de metro ni de rima.

Toda la rima y todos los consonantes son de suyo ineficaces para producir siquiera un átomo de verdadera poesía.

Es máxima comprobada por la experiencia que el amor hace necios á los discretos, y discretos á los necios.

Cuando habla el corazon están de más las frivolidades de la retórica. Un momento ántes no sabe el corazon lo que la inteligencia va á escribir; un momento despues, no sabe la inteligencia lo que ha escrito el corazon.

Cada vez nos parecen más ridículos esos formularios de estilo epistolar á que ya en otra ocasion hemos hecho referencia.

Las cartas de amor, salvo en los casos de estado excepcional, sólo se conciben y pueden tolerarse *entre ausentes*.

No recordamos qué autor aconseja á los enamorados ausentes la correspondencia frequentísima; pero recordamos que apoya su consejo en estos ó muy análogos términos: la mujer que os ama y de la cual os alejais, contará al principio por minutos el tiempo de

vuestra separacion; si no le escribís, comenzará pronto á contarlo por dias; un poco más tarde lo contará por semanas, luégo por años; luégo..... no lo contará: terminará la cuenta con el *cero* del olvido.

En rigor de justicia, este razonamiento no es aplicable á todas las mujeres, ni tampoco al mayor número. No nos atreveríamos á decir lo mismo si la antedicha escala se refiriese á los hombres.

Nosotros, que concebimos la pasion entre dos personas *presentes* que nunca han hablado de amor, la concebimos tambien entre dos *ausentes* que nunca han escrito de amor.

Hemos dicho que la concebimos, que la creemos posible: no sé entienda, sin embargo, que la tenemos por probable, y mucho ménos por frecuente.

A los tres meses de ausencia, prescribe la fe jurada, segun se lee en el código del amor.

¡Insigne arbitrariedad!

La fe jurada no puede, no debe prescribir.

Suponemos que en ese código faltará un artículo, que diga: «La correspondencia escrita interrumpe la prescripcion» pero aún así es de todo punto inaceptable aquella ley.

No somos tan injustos que condenemos las cartas de amor por el abuso que de ellas, al decir de la generalidad, suelen hacer algunos

amantes en un exceso de calor ó en un exceso de frio.

Nada más léjos de nuestro propósito; sin embargo, por término de este capítulo vamos á dirigir á nuestras amables lectoras una advertencia, que no está distante de parecer un consejo.

Conviene que las mujeres amen mucho, pero honestamente; y escriban poco, pero de tarde en tarde.

CAPÍTULO VI.

EL MATRIMONIO.

I.

Si nos propusiéramos rebatir todas las vulgaridades que se han escrito y dicho acerca del matrimonio, formariamos libros para una biblioteca, en vez de formar APUNTES PARA UN LIBRO.

La historia del matrimonio es la historia de la humanidad.

Dos seres crió Dios en el principio, y los crió para que se amaran, se unieran y viviesen de consuno. El aura del paraíso llevó en sus alas el primer suspiro de amor; el primer lecho nupcial fué un lecho de flores nacidas á impulso de una palabra del Eterno, y acariciadas dulcemente por su hálito soberano. La obra de Dios atraviesa los siglos y salva las distancias. ¿Querrá el hombre destruirla ó enmendarla?

El amor es un sainete que termina de ordinario en boda.

La candidez del autor de esta máxima es sólo comparable con la candidez del que la aplaude.

El amor debe considerarse como un gran poema, cuyo canto primero es el matrimonio.

Si un poeta latino dijo *cave de nuptiis*, mil poetas anteriores, coetáneos y posteriores han dicho que el buen matrimonio anticipa en la tierra la felicidad del cielo: si vivieron en soltería Alejandro y Aníbal, Platon y Homero, Virgilio y Horacio, un millar de héroes por cada Alejandro y cada Aníbal, un millar de filósofos por cada Platon, y muchos millares de poetas por cada Homero y cada Horacio, y cada Virgilio, han doblado su cerviz bajo el yugo de himeneo.

Un proverbio muy antiguo enseña que el que se casa lleva la mano á un cántaro donde hay noventa y nueve culebras y una anguila. ¿Quién acertará con la buena presa?

Ese proverbio debe estar equivocado: donde dice *el que se casa*, léase *la que se casa*.

Cuentan de Pitágoras, que habiendo dado su hija en matrimonio al mayor enemigo que tenía, y reconvenido por conducta tan extraña, «no puedo, respondió el filósofo, darle mayor prueba de rencor ni ocasionarle mayor mal.»

De este hecho, que *si non e vero e ben trovato*,

sólo una consecuencia viene á deducirse: ¡qué tal sería la hija de Pitágoras!...

No es posible, según Ciceron, casarse á un tiempo con la filosofía y con una mujer.

Sin embargo, Ciceron fué filósofo y casado.

El matrimonio es de todas las cosas serias la más divertida.

Esta sentencia, que se atribuye á Beaumarchais, sería más exacta concebida en estos términos:

El matrimonio es, de todas las cosas divertidas, la cosa más verdaderamente seria.

Casarse es perder la libertad y entrar en la esclavitud: esto dice el vulgo.

Casarse es adquirir la santa libertad del espíritu y sacudir la tiranía de las pasiones: esto dice la razon.

Leemos en Mad. Stäel, que el sacramento del matrimonio no borra, como el del bautismo, las manchas originales.

No comprendemos la profundidad ni la intencion de la máxima; presumimos, sin embargo, que Mad. Stäel no ignora que para los católicos el sacramento del matrimonio confiere la gracia.

En el matrimonio puede hallarse el infierno, ó el purgatorio, ó el paraíso.

Al primero se camina cuando guía solamente la cabeza; al segundo puede caminarsé

cuando se obedece tan sólo á un arrebató del corazón; la gloria está reservada á los que la buscan con la cabeza y con el corazón.

Por eso pudo decir Petit-Senn con tanta justicia: «para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una buena mujer es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto.»

¡Horrible tempestad! contra ella hay el pararayos de la religion, de la razon ilustrada, de la ley de la sociedad; y sin embargo, el insensato orgullo humano quiere que contra tal tempestad no haya más pararayos que la muerte.

Las avecillas bulliciosas que cantan en la enramada, las tórtolas que se arrullan tiernamente, la mariposa que revuela en torno de las flores, todo enseña al hombre con el lenguaje poético de la naturaleza esta verdad amarga y desconsoladora:

«Tú sólo, rey de la creacion, objeto predilecto del Criador, tú sólo te has rebelado contra la ley eterna que rige los espacios; tú sólo has podido hacer del amor un comercio y del matrimonio un asqueroso juego de azar.»

Y el hombre no se avergüenza de su pequeñez; y la humanidad prosigue su camino.

Casarse, para el vulgo de los hombres, es un negocio como otro cualquiera; casarse,

para el vulgo de las mujeres, es adquirir un marido, tener derecho de salir sola á la calle, y cambiar por el de *señora* su título de *señorita*.

Casarse, para un hombre y para una mujer de talento, es dar la mitad de su alma y tomar otra mitad; si ambas mitades se adaptan exactamente, he ahí el paraíso; si no se adaptan, si de dos existencias que eran ántes completas, vienen á resultar dos incompletas, hé ahí el infierno.

Medid muy bien, vosotros los enamorados, las proporciones del alma que entregais y las del alma que se os entrega. Ese es todo el secreto.

El *sí* que se pronuncia en los altares lleva su eco misterioso hasta el confin de los cielos. Dios lo escucha.

Aquel *sí* encierra todo un himno, ó toda una elegía; todo un tesoro de ternura y de felicidad, ó un mar insondable de llanto y de aflicciones.

Aquel *sí* es la sentencia de vida ó muerte para el corazon y quizá para el espíritu.

Meditad mucho en esa palabra tan corta de pronunciarse y tan larga de sentirse; de solas dos letras consta, y es capaz de llenar todo el libro de la vida; en ménos de un segundo se profiere, y dura por toda la eternidad.

El matrimonio es un magnífico alcázar que

no tiene más que una puerta: *el amor*. Algunos aseguran que tiene también puerta falsa: *el interés*; pero esa está reservada para los seres más abyectos, para toda clase de gente ordinaria.

Los que aspiráis á entrar por la primera, purificad vuestro corazón; ni de pensamiento profaneis el santuario. Los que aspiráis á entrar por la segunda, no os goceis porque el código penal no establece para vosotros cadenas ni presidios, como para el resto de los malhechores; la justicia del cielo alcanza adonde no puede llegar la justicia de la tierra. ¿Qué más cadena, ni cuál otro presidio que el que vosotros mismos aceptáis?

Y, sin embargo, á la mujer no se la educa; se la deja todavía expuesta al riesgo constante de su perdición.

Se la enseña á adornarse, á ser, ó á lo menos parecer bella, á tener amor; y no se la enseña á distinguir de amores, y no se la enseña á conocer á los hombres sino por las galanterías que le dirigen, ó tal vez por las asechanzas que ponen á su inocencia.

¡Pobre condición de la mujer!

No le basta al exigente sexo nuestro obtener el derecho de *elegir*, y escatimar al sexo débil hasta el derecho de *aceptar*, sino que abusa de la superioridad de sus recursos; y abusa de una manera cobarde, añadiendo el

insulto á la crueldad, llamando á las mujeres arteras y diabólicas.

¡Arteras, cuando todo su arte se reduce á esperar tal vez á un malvado que las engañe!

¡Diabólicas, cuando por cada infidelidad que el hombre les perdona, despues de publicarla, perdonan ellas al hombre más de ciento, y en silencio!

Es difícil aventurar juicio alguno acerca de las mujeres cuando se casan; por lo comun carecen de la conveniente educacion, é ignoran la importancia del paso que van á dar.

En este concepto puede muy bien decirse que la mujer es un enigma que no se explica hasta despues del matrimonio.

La primera tarea del marido, por regla general, debe ser educar cariñosamente á su compañera. La mujer no será, pues, sino el reflejo de las virtudes ó de los vicios del marido.

No es esto decir que haya tantas mujeres infieles como maridos disipados, ni que no abunden mujeres de corazon de oro unidas á hombres de corazon de barro, mártires verdaderas del juramento conyugal. No es eso, por fortuna.

Los vicios del marido no se reflejan siempre en vicios análogos de la mujer. (¿Qué fuera entónces de la sociedad?) Se reflejan en los

sufrimientos, en las lágrimas, en la inmensa amargura de la infeliz que engarzó su alma pura é inocente con un alma dañada y corroida.

Las virtudes del marido se reflejan siempre en virtudes análogas de la mujer.

Es tan fácil una mujer buena unida á un hombre malo, como difícil que permanezca siendo mala la mujer que se juntare á un hombre bueno.

Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan con el doble vínculo de la virtud y del amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida: un ángel les sirve de piloto: su rumbo es la inmortalidad: su puerto el cielo.

II.

Apénas hay ciencia moral y política, que no destine al matrimonio un capítulo importante.

La teología estudia el sacramento.

La jurisprudencia estudia el contrato.

La economía política estudia las consecuencias.

La literatura lo estudia todo.

Y, sin embargo, el matrimonio constituye

por sí sólo una ciencia más difícil que todas las mencionadas.

«Quien en casarse acierta, en nada yerra,» dice un proverbio castellano. Ese proverbio contiene una gran verdad.

No nos proponemos dar reglas acerca de la eleccion de mujer; si nos juzgásemos con autoridad bastante, las daríamos para la eleccion de marido.

La mujer se encuentra, no se busca.

Pregunta suelta. El estado de matrimonio, ¿es preferible al de soltería?

Respuesta categórica:

«No es bien que el hombre esté solo, dijo Dios en el principio del mundo; le haré una compañera.»

Y si no era bien que estuviera solo en medio de un paraíso de delicias, á la vista y contemplacion de la vírgen naturaleza, rica de galas y esplendente de hermosura, ¿cómo habia de serlo despues, cuando al estado de gracia sucedieron las pasiones y las debilidades, y al amenísimo jardin donde crecia el árbol de la inmortalidad, reemplazó el arenoso desierto de la vida?

¡Felices vosotros los que al cruzar ese desierto habeis aspirado el aroma de una rosa, ó habeis visto brotar una fuente cristalina, habeis escuchado, en fin, el eco murmurador

del céfiro que mece á la rosa sobre su tallo, y esparce las gotas de agua donde se reflejan los rayos del sol, como una lluvia celeste de rubíes y esmeraldas!

¡Felices vosotros, los que en medio de vuestra peregrinacion aspirasteis el aroma de pureza de una mujer sensible y apasionada, y visteis rodar por sus mejillas una lágrima de ternura, perla caída del tesoro del amor, y escuchasteis el primer suspiro de casto arrobamiento, eco venturoso que sólo cede en dulzura y armonía á los cantos angélicos que vagan por las mansiones de la gloria! ¡Felices vosotros una y otra vez!

Vuestra dicha no la comprenden las almas vulgares, adormidas para todo sentimiento noble, despiertas sólo al sonido del metal.

Vuestra dicha no la comprende esa juventud de hielo que aprende á contar ántes que á leer; esa juventud que nace vieja, que ignora la ciencia santa del corazon y desprecia la de la cabeza; ¡miserable juventud! ¡Mengua-dos espíritus sin fe y sin ilusiones!

Y todavía se desatiende la educacion de la mujer, y se la deja á sabiendas en el riesgo de precipitarse, de labrar su infortunio para siempre!

De cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre á quien dan su

mano, á quien se unen con vínculo indisoluble.

<Y es natural; de esas noventa y seis, una gran parte cambia de estado á una edad en que, como dice un autor aleman, hay más sentimiento en su corazon que luz en su entendimiento; y el resto se une en hora más ó menos feliz á un hombre *aceptado*, pero no á un esposo *escogido*.

No queremos hablar de los matrimonios de familia; de esas absurdas combinaciones que imagina la codicia, favorece el orgullo, y lleva á cabo el espíritu diabólico de la vanidad.

Esos sacrificios impuestos serian la caricatura del amor y el matrimonio, si no trajeran en pos de sí raudales de llanto, y larga serie de penalidades y conflictos.

El sainete de un amor forzado termina con la tragedia de un matrimonio infeliz.

Dícese que entre la gente más abyecta de algunas localidades se ajustan las bodas y aún se descomponen por un más ó un menos en la operacion aritmética que se llama contrato matrimonial. Si es cierto que existen semejantes uniones, serán más bien una sociedad mercantil que un santo consorcio, base del edificio social.

No hablemos tampoco de esos matrimonios ridículamente desiguales, en que al lado de un

tronco viejo y carcomido se planta una azucena esbelta y vigorosa; no hablemos de ellos por decencia: son de ordinario el testimonio más repugnante que puede ofrecer una sociedad corrompida y sin creencias.

En los matrimonios que á primera vista aparecen como más regulares y convenientes, queda todavía mucho por desear. Ya lo hemos consignado en otro párrafo; de cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre á quien dan su mano, á quien se unen con vínculo indisoluble. ¿Quién es capaz de conocer á un hombre?...

¡Qué mujer hay tan hábil que por su propio instinto, único recurso con que cuenta, distinga el cariño del interes, la ficción de la verdad, la hipocresía, en fin, de la virtud!

Ella, que si es noble y generosa, anhela sólo pruebas de amor; ella, que tiene siempre un tesoro de ternura para corresponder á una frase de benevolencia, ¿dónde ha aprendido á quilatar la sinceridad de las palabras que se la dirigen? ¿Quién la ha enseñado á separar en amores el oro del oropel?

¡Triste alarde de astucia el del hombre que engaña á una mujer! ¡Horrible negocio el del menguado que llega á los altares sólo por hacer negocio!

¿Quién ha dicho al hombre, si el hombre es

honrado, que va á ser fortuna suya, la fortuna de su mujer?

¿Quién ha podido juntar con la idea de matrimonio la idea de venta de la libertad, la idea de bastarda especulación?

¡Dichosos los pobres, cuyos amores y cuyos enlaces proceden siempre de los impulsos del corazón! Esos amores son los que más se parecen á los de las aves del campo, á los amores puros y sencillos de la pródiga naturaleza. >

La historia del matrimonio es la historia de la mujer, y una y otra constituyen la historia de los progresos de la humanidad.

En la remota civilización del antiguo Oriente la mujer ofrece los caracteres de la más humillante dependencia; la poligamia domina por todas partes. En la culta Roma la mujer desciende en el termómetro de la personalidad hasta cero, y aún más abajo de cero.

La doctrina celestial del Salvador del mundo devolvió á la mujer sus derechos; hizo de la esclava compañera, sancionó la union con el hombre de una manera solemne, y puso el cimiento á la nueva sociedad, que se alzó robusta sobre las ruinas de la sociedad antigua.

La historia del matrimonio y de la mujer forman la historia de los verdaderos progresos de la humanidad; ó, como si dijéramos, acompañan paso á paso la historia del cristianismo.

Nada hay, pues, más léjos del espíritu de esa doctrina sobrehumana que los sacrificios impuestos, y las torpes miras de la sensualidad, de la ambicion ó la avaricia.

El esposo y la esposa entre los cristianos, dice el gran Chateaubriand, viven y mueren y renacen juntamente; crian á la par los frutos queridos de su union, á la par se reducen al primitivo polvo, y unidos vuelven á hallarse por fin, más allá de los límites del sepulcro.

Todos los pueblos de la tierra han rodeado el matrimonio de solemnidades más ó menos fastuosas, de ceremonias más ó menos imponentes. La sencillez cristiana contrasta de una manera admirable con la prolijidad de las fórmulas gentílicas y paganas, que más hablan á los sentidos que al espíritu, que más se refieren á la vida material que á la existencia íntima de los dos seres que se unian.

Una demostracion sensible de mutua adhesion y unas palabras del sacerdote producen, entre nosotros, el vínculo que sólo la muerte es capaz de disolver.

Nuestros augures son los sacerdotes que imploran la bendicion del cielo. Nuestro epitalamio es un salmo ternísimo en que se pinta á la mujer como vid fecunda en los costados de la casa; á los hijos como renuevos de olivo al rededor de la mesa, y al hombre bendecido

por Dios, viendo á sus nietos en medio de la paz más dulce y de la dicha más santa. El tipo de la desposada leal, como el de la doncella pudorosa, no ha de buscarse en las leyendas de la Grecia ó de Roma: hemos de buscarlo y adorarlo en María, madre de los afectos puros y de los amores castos.

III.

«Yo tardeo mucho tiempo en pintar; pero tambien pinto para mucho tiempo,» decia un célebre artista de la antigüedad á los que lo tachaban de lento y de prolijo en la terminacion de sus cuadros.

El matrimonio es un cuadro que no ha de poderse nunca retocar ni restaurar: pintémoslo bien desde un principio; y para lograrlo, meditemos en el dicho sentencioso del célebre artista de la antigüedad.

El amor nace de una impresión; pero el matrimonio debe nacer del amor.

Y debe nacer del amor, no como el vinagre del vino, segun la expresion de Byron, sino como la flor del capullo; como el néctar de la flor.

El primer grado del amor más tibio es el que sigue al último grado de la amistad más

estrecha: el último grado del amor más entrañable toca ya en el umbral del matrimonio.

El matrimonio debe ser la continuacion indefinida de ese grado.

La felicidad de toda la vida bien merece el detenimiento y la prolijidad que empleaba el pintor sobre sus cuadros.

Dicen que el amor debe ser de tal manera ciego, que no advierta los defectos de la persona en quien se emplea.

Esta máxima es inadmisibile. En ella se confunde el amor con el letargo del alma ocasionado por una pasion violenta.

La pasion violenta no puede ser nunca buena consejera.

Los matrimonios que de ella brotan no suelen contar por años, ni quizá por meses, la duracion de su dicha. *Nihil violentum manet.*

Quien no vea el Manzanares sino en dia de avenida, apenas podrá concebir que sea sólo en los tiempos normales un miserable arroyo aprendiz de rio.

⟨ En los matrimonios que hace exclusivamente el corazon, aprovechando un sueño de la cabeza, es muy de temer la hora en que ésta se despierte. ⟩

⟨ Cuando proceden en perfecto acuerdo la cabeza y el corazon, puede darse por asegurada la reciprocidad inalterable de los enamorados. ⟩

El matrimonio no es más que esa reciprocidad inalterable jurada en nombre de Dios.

A veces se oponen muy graves obstáculos á la armonía entre los dos grandes centros de nuestra vitalidad; como dice Bossuet, el corazon tiene razones que la razon no conoce.

Pero hé ahí el secreto. Si es inevitable la lucha, é inevitables son por tanto la victoria y el rendimiento, que venzan: para amar, el corazon del hombre y la cabeza de la mujer; para llegar á los altares, el corazon de la mujer y la cabeza del hombre.

Porque el hombre con el corazon ama, y ama de ordinario la belleza, los encantos personales; pero con la inteligencia comprende y admira aquello mismo que ama, con más la belleza del alma, los encantos imperecederos de la virtud.

< De una mujer hermosa puede sentirse hastío; de una mujer buena, jamas se siente el cansancio. *Nihil, oh Cyrene, suavius uxore bona.* >

Al lado de una mujer buena, las penas del hombre se reducen á la mitad, y los placeres se duplican.

El tiempo, que segun Mad. Stäel, debilita los afectos torpes, vigoriza y renueva los legítimos.

Cuéntase de un filósofo que preguntado un dia por cierto amigo si habia hallado la felici-

dad en el matrimonio: «sí, respondió, porque no siento sino hácia mi mujer el amor que ántes habia sentido hácia todo su sexo.»

Para hacer juego con esta profunda respuesta, sólo recordamos la siguiente máxima:

«La mujer se debe toda á la felicidad de un sólo hombre.»

Tenemos el sentimiento de anunciar que esta máxima no pertenece á ninguna mujer: es de un escritor, que ignoramos en este instante si fué casado.

Sucede con frecuencia que el corazon de la mujer es santuario donde recibe culto un ídolo de barro.

Pero tambien hay ocasiones en que el corazon y la cabeza del hombre cometen idolatrías por extremo repugnantes.

Se ha comparado á una rosa el corazon de la mujer; mas ¡ay! que á veces cada amante se lleva una hoja, y quedan sólo para el marido el tallo y las espinas.

El aborrecimiento de la mujer hácia el marido es una desgracia que apénas se concibe: pero si existe, debe creerse asociada con otra no ménos horrible: ese aborrecimiento puede considerarse el reverso de un tapiz; en el haz está el amor criminal hácia un tercero.

Ese amor criminal hácia un tercero fué castigado con horribles penas en la sociedad an-

tigua; tambien tiene pena señalada en los códigos modernos; pero los hombres de la actual sociedad suelen castigarlo con la pena de... ¡el ridículo sobre el marido agraviado!

Tal vez uno de esos maridos escribiría ó inspiraría cierta décima que leímos, no sabemos dónde ni cuándo, y que si nuestra memoria no es infiel, decía así:

«La fe pura de un mortal
Quiso el cielo descubrir;
Sus hijos hizo morir;
Aniquiló su caudal;
De la amargura fatal
Le dió la copa á beber;
La nube del padecer
Descargó en su frente mustia;
Mas para colmo de angustia,
Le conservó á su mujer.»

Infinidad de décimas mejores que la que antecede pudiéramos reproducir en apoyo de la opinion contraria; pero tenemos por excusado ese trabajo, que á nada conduciría sino á patentizar la inconsecuencia y veleidades de los hombres.

IV.

Habiendo talento, honradez y corazon, los malos matrimonios deben llegar á ser la excepcion de la regla.

Porque del talento, la honradez y el corazón brotan, como plantas lozanas á orillas de un manantial puro, el amor, la confianza y la tolerancia.

El amor identifica las almas; la confianza es la base del amor; la tolerancia lo alimenta y lo conserva.

No se realiza la perfectibilidad humana: todos erramos; tal es nuestra condición.

La intolerancia de ciertos hombres es un vicio que nace de la soberbia, se disfraza con el rigorismo, y acompaña casi siempre á la estupidez.

Los que no perdonan á su mujer una mirada, quizá inocente, se permiten á sí mismos licencias quizá criminales.

Los que espían á su mujer en los actos más sencillos, hasta en sus pensamientos, si les es posible, ofrecen muy lastimosa idea de sus actos propios y de sus íntimos pensamientos.

El marido y la mujer deben ser los mejores amigos del mundo.

De dos extremos debe huirse en esa amistad modelo: del empleo de formas que no dicen bien al cariño conyugal, y del abandono completo de las formas.

No nos agrada (tal vez tenga la culpa nuestro sexo) un marido que desempeña constantemente el papel de galán de su mujer; pero nos

gusta ménos el *sans façon* de un marido que se conduce ante su mujer como si viviera solo.

Hay otra raza de maridos altaneros que tienen siempre en la boca la voz de mando: esta especie de maridos-señores suele domesticarse mal de su grado, y entónces su apostura es más ridícula.

Hállanse también maridos que vienen á ser una doncella más de su mujer; el tipo del marido *casero* abunda en algunas provincias, y es seguramente el más curioso y notable.

El tipo del marido que maltrata á su mujer no es tipo; es la degradacion de la especie; está fuera de la ley, como están los malhechores.

Si los hombres y las mujeres fuesen la mitad de egoistas de lo que parecen, jamás se turbaria la paz de los matrimonios.

El verdadero egoista no se molesta jamás sin resultado; y las contiendas matrimoniales á ningun resultado pueden conducir, salvo el de la molestia.

Las contiendas matrimoniales, como las contiendas de los enamorados, suelen no tener otro origen que el deseo de hacer las paces.

Dice un proverbio, «que contra la arrogancia de la mujer, la sangre fria del hombre.»

Ese proverbio ha sufrido sin duda alteraciones en el trascurso del tiempo; en un prin-

cipio diria probablemente: contra la arrogancia de un hombre altivo, la bondad de una mujer bella.

De esta manera, lo comprendemos y lo aceptamos.

La mujer bella es un libro que consta de una sola página, y se examina con una sola mirada.

La mujer bella y buena es libro que consta de tantas páginas, que la vida entera no basta para hojearlo, ni el corazón para sentir las emociones que produce.

Con ella el matrimonio es una dicha tan pura siempre, y siempre tan nueva, como si cada día comenzara á percibirse.

Con ella es siempre dulce la esperanza del mañana.

Y como ha dicho Leroux con justicia, la desgracia de la felicidad es la saciedad; la felicidad de la desgracia es la esperanza.

Contra el amor que tiene el amor.
En último resultado, los celos no son sino

No basta que los casados se amen, es necesario que se estimen.

Esta idea parecerá redundante, pero está muy lejos de serlo.

El amor no depende de la estimación; pero

en muchas ocasiones la estimacion depende del amor.

El amor en los necios, si es que los necios pueden amar, origina con frecuencia los celos: la estimacion en necios y en discretos engendra la confianza.

Y la confianza, ya lo hemos dicho, es la magnífica base en que descansa el verdadero amor.

Para que la confianza exista, es indispensable que se hallen interesados la cabeza y el corazon; cualquiera de estos dos elementos que predomine, puede ocasionar conflictos muy fatales.

« Los celos en los amantes, son una debilidad: los celos en los casados, son un tormento. »

Un marido celoso aparece á los ojos del mundo como el sér más ridículo de la tierra.

Y ademas, como el sér más desgraciado.

Desgracia es, en efecto, hallar siempre más de lo que se busca; desgracia es sufrir y hacer sufrir al mismo tiempo; desgracia es luchar con dos ojos, pues no tienen más los celos, contra ciento que tiene el amor.

En último resultado, los celos no son sino temor que abriga el hombre de que su compañera emplee para con otro la benevolencia misma que él desea y solicita quizá de otras mujeres casadas.

La benevolencia ajena que él solicita, le pa-

rece justa y natural; la benevolencia de casa que él vigila, le parece criminal y horrenda.

Para justicia, los hombres.

Y no se diga que el honor de la mujer es más cristalino, mas tenue, más deleznable que el del hombre.

Ese es un subterfugio que nosotros hemos inventado para absolvernos con una mano, y castigar con la otra á las mujeres.

Ya se ve, como nosotros hemos hecho las leyes, y en materias de honor sacamos siempre las modas, no es mucho que hayamos dispuesto las cosas de esa suerte.

La razon, la verdad y el buen sentido no prescriben por fortuna.

Y la razon, la verdad y el buen sentido dicen que el honor no tiene sexo.

El juramento de fidelidad que se presta en los altares, no lo toma el hombre á la mujer; á uno y á otro lo toma Dios juntamente.

Las infracciones del hombre, del sexo fuerte é ilustrado, son á lo más calaveradas: las infracciones de la mujer, del sexo débil é ineducado, son á lo ménos delitos.

Es decir, que el honor de los cónyuges se reconcentra sólo en el marido para todo lo que no sea perder el propio.

Es muy original nuestra jurisprudencia práctica en este punto.

Un marido se considera deshonrado por el menor desliz de su mujer; pero téngase en cuenta que la parte de honra que pierde no es suya; pertenece á la honra de su mujer, que él tiene como en depósito.

Los deslices del hombre casado no le deshonran: así está escrito en el código del honor. Este código no debe ser obra de solteros.

La mujer perdona las infidelidades; pero no las olvida. El hombre olvida las infidelidades; pero no las perdona.

El camino de la infidelidad conduce de ordinario al término del aborrecimiento.

Los esposos que no se aman, se aborrecen.

Un matrimonio que se aborrece es la imagen más aproximada del infierno.

El remedio heroico de la separacion, digno recurso de la actual sociedad, imprime de una vez el sello de la mutua desventura.

Los esposos que se separan son, en concepto de Francklin, como dos hojas sueltas de unas tijeras, que para nada sirven, que ninguna aplicacion pueden tener.

Al disgregarse dos corazones bien unidos sucede con frecuencia que no se separan, sino que se desgarran.

El matrimonio de tal manera identifica las condiciones, que, semejante á la fuerza de gravedad que existe en el cuerpo físico y en cada

una de sus moléculas, se apodera de los individuos, y, unidos ó separados, los acompaña hasta más allá de la tumba.

Es poca cosa el hombre para separar á los que Dios ha unido.

El hombre que abandona á una mujer digna, es un monstruo; la mujer que abandona á un hombre con quien la casaron, ó de quien recibe graves ofensas, es una mujer.

La mujer abandonada injustamente quisiera cambiar en odio su amor; pero no puede.

Querer olvidar á una persona es amarla más. No hay nada más bello que acordarse del que olvida.

La melancolía, que es el veneno lento del espíritu, es un veneno tan dulce, que vivifica matando.

La inconstancia y el cariño, segun la sentencia de un filósofo, son incompatibles. Marido que cambia, no cambia realmente: acaba de amar, ó comienza á amar.

Este accidente es frecuentísimo en los matrimonios que hace sólo el corazón: en aquellos en que el hombre busca á su compañera con los ojos y no con los oídos.

Pitágoras aconseja á las mujeres que usen de sus gracias con tal tino, que siempre tengan una por descubrir.

No ha podido escribirse un sarcasmo más

sangriento contra la constancia de los hombres.

Y sin embargo, los hombres tenemos el derecho de fallar acerca del honor de las mujeres. Y la sociedad nos da hasta el derecho de declararlas indignas de nuestro nombre y de nuestra compañía.

Una mujer virtuosa abandonada, es un libro de donde pueden sacarse consideraciones muy profundas y documentos de inapreciable valor.

En ese libro hallamos consignada esta verdad:

«El hombre casi siempre es injusto.»

En ese mismo libro hallarán otros consignada esta verdad:

«La mujer es casi siempre incorregible.»

Pero á esta última verdad puede añadirse una cláusula:

«Merced á los ejemplos que recibe.»

VI.

Resúmen.

El matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente el que menos se medita.

El amor ilustrado es la única puerta que da paso al matrimonio.

El amor interesado no es amor: los matri-

monios que origina, más bien que matrimonios son *negocios*.

En el fruto mismo de semejantes uniones parece como que se presentan la ruindad y la miseria de su origen. Es observacion de un sabio: casi todos los hijos del cálculo son raquíuticos y escrofulosos.

De cada diez matrimonios en que llega á establecerse la armonía feliz que constituye el encanto de la vida, nueve deben este resultado á la *casualidad*. Esos diez que describimos suponen noventa que no son tan afortunados.

〈Es un error *buscar* á la mujer que ha de ser propia: ésta debe *encontrarse*.〉

El orgullo del amor es una de las pocas especies de orgullo noble que existen sobre la tierra.

Ese orgullo es el mayor obstáculo contra los celos.

Los celos de la mujer proceden ordinariamente del despecho: los del hombre son hijos del egoismo.

La infidelidad que se disfraza con los halagos, es perfidia; supone *malicia de dentro*; declara que se han pervertido la cabeza y el corazón.

El divorcio es el recurso heroico de las almas pequeñas.

menos que origina, más bien que maturo,
nos son mejores.

En el fin de las cosas, las uniones
parece como que se presentan la unidad y la
misericordia de su origen. Es observación de un sa-
bio: casi todos los hijos del cálculo son rapti-
vos y escrofulosos.

De cada diez niños que se llega a es-
tablecerse la armonía feliz que constituye el
suavidad de la vida, nueve deben este resulla-
do á la caridad. Es decir que describimos
algunos nombres que no son tan afortunados.

LA MATERNIDAD.

¿Recordais por ventura los años de vuestra
infancia?

— ¿Recordais aquellas horas tranquilas en que,
libre el alma de pesares y el corazón de inquietu-
tudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el
regazo de una mujer?

— ¿Recordais la ternura con que aquella mujer
os acariciaba, estrechaba vuestras manos in-
fantiles é imprimía sin ruborizarse sus labios
en vuestra frente candorosa?

— ¿Recordais cuántas veces enjugaba solícita
vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al
eco blando de una balada de amor?

— ¡Oh! Sí lo recordais.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á
esa mujer sobre la tierra, la invocamos con ca-
riño á todas horas. Su nombre está escrito en

el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el Diccionario,

El nombre sólo de MADRE nos representa aquella mujer, en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habeis perdido á vuestra madre, tambien podeis verla, si teneis corazón y sentimiento.

Podeis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envia sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la region del firmamento una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si á la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo

léjos, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de la fuente, arrodillaos; es el aleteo de la oracion que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envia desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazon y sentimiento.

II.

Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer, que la considerasteis como un sér casi despreciable, ¡venid! La razon os llama á juicio.

El sér que vilipendiais ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos dias de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho; una mujer los adoraba con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos, y les imbuyó vuestras creencias; y les dijo que habia una patria que debian adorar; una patria que ellos ilustraron luégo con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía,

¡Los que negais absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintais latir de entusiasmo el corazon, apartad, alejaos!

Pero no vayais á los campos, que allí las tiernas avecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto á la oveja.

No vayais á los bosques, que allí podeis ver á la pantera lamér á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza; al hombre que es el rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la creacion.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde ha-

lleis un espacio vírgen, jamas hendido por respiracion viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III.

Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imágen de una mujer que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su majestad de rey de la creacion.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones, de

esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma, como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos y es la amiga que nunca nos engaña, la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interes, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer que sin avergonzarse y sin avergonzarnos puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, despues de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida; porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoismo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la

tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su madre; si existiere, debe considerarse como una excepcion.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman por otro nombre monstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada monstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se abrigue el amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazon de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinaí.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

Un autor profundo y sentencioso nos ha legado esta máxima, que encierra una gran verdad:

«La mujer que con sus virtudes y sus gracias cautiva nuestra cabeza y nuestro corazon, es la que *más* amamos; la mujer á quien nos unimos con el vínculo del matrimonio, es la

que amamos *mejor*; la madre es la única mujer que amamos *siempre*»

IV.

Cuentan que un día preguntó Mad. Stäel al emperador Napoleon, cuál era á sus ojos la mujer más grande del mundo: «La que haya tenido más hijos,» contestó sin vacilar Napoleon.

De cierto que Mad. Stäel no esperaba esta respuesta; y, sin embargo, no cabe otra más propia en los labios de un guerrero.

Nosotros no tenemos por la primera mujer del mundo á la que más hijos haya parido, sino á la que mejor los haya educado.

La educacion es la segunda naturaleza.

Parir muchos hijos vale infinitamente ménos que educar bien á uno solo.

¿Quién enseña á las mujeres la difícil ciencia de educar á los hijos?

Nadie.

En los siglos en que la mujer era *cosa*, en que para ella marcaba *cero* el termómetro de la humanidad, es inútil preguntar por la enseñanza de las madres de familia.

En las épocas posteriores, cuando ya se per-

mitió á las mujeres la libertad de deletrear impresos y de mal pintar el abecedario, comenzaron á recibir idea de la importante mision que están llamadas á cumplir sobre la tierra.

La sociedad actual engaña cobardemente á las mujeres: las confunde y desvanece entre una nube de lisonjas, y como en pasados siglos, apénas les enseña á deletrear impresos y á mal pintar el abecedario.

La mujer sabe hoy todo cuanto conduce á acrecentar su vanidad de mujer, y muy poco de lo que conduce á desempeñar cumplidamente su noble mision de madre.

La humanidad progresa á medias.

El padre imprime de ordinario á los hijos su carácter; la madre lo imprime á los hijos y á las hijas.

El porvenir de las criaturas, dijo tambien Napoleon, es casi siempre obra de su madre.

En España se agitó no há muchos años el pensamiento de educar *científicamente* á las madres de familia; pero muy luégo fracasó aquel pensamiento, porque este es el país del empirismo; y hoy por desdicha no suele alcanzar fortuna lo que no tienda á disputar por líneas el campo de los partidos, y el supremo derecho; ó la candidez suprema, que se llama libertad política.

hijas se nivelaban con las madres en gravedad y de educación. En las costumbres de la nobleza cultivada, las madres suelen nivelarse con las hijas en ligereza y en coquetería.

En dos extremos igualmente peligrosos incurren por lo general las madres en lo que denominan educación de sus hijas: estos dos extremos son el rigorismo exagerado ó la exagerada condescendencia.

El primero produce la hipocresía; el segundo produce la desenvoltura: de estos dos vicios, el segundo es más desagradable al exterior; el primero es más repugnante al alma.

Las madres pierden muchas veces la memoria: cuando condenan á sus hijas á una horrible esclavitud, cuando les vedan los recreos más lícitos, olvidan quizá su propia historia: olvidan que más vieron sus ojos cuando amaban á hurtadillas, que los cien ojos de Argos de la madre que las vigilaba.

Esa vigilancia indiscreta ocasiona los casamientos novelescos y los vergonzosos expedientes de disenso.

La condescendencia exagerada relaja los vínculos mas estrechos y pone en ridículo á la madre y á la hija.

Porque, es fenómeno constante, en la educación represiva de los pasados tiempos, las

hijas se nivelaban con las madres en gravedad y en afectación. En las costumbres de la moderna cultura, las madres suelen nivelarse con las hijas en ligereza y en coquetería.

Ambos extremos son igualmente censurables; el primero, tiene sin embargo una ventaja sobre el segundo, la economía; en un manto bien cumplido y un rosario se compendiaba toda la *toilette*: la niña más exigente se tenía por feliz

«Con un acerico, y una
Santa Gertrúdis de alcorza.»

El segundo extremo, que empieza por socabar la reputación, concluye por destruir el capital.

Un consejo á las madres que lo necesiten. La impaciencia por *colocar* á las hijas es un vicio como otro cualquiera; ese vicio tiene la mala circunstancia de que suele salir á la cara; y la juventud superficial de nuestros días, que reduce todos sus estudios al estudio de las caras, decubre luégo ese vicio.

¿Y saben esas madres *impacientes* lo que dice la susodicha juventud en los círculos de confianza? Nosotros, sin que sea visto que hacemos traición y nos pasamos al ejército enemigo, vamos á revelarlo á las madres *impacientes*.

Esa juventud dice que es *buená presa* la que

se arranca con iguales armas á la astucia y á la sagacidad.

Dice que de madre formal es muy posible que nazca hija coqueta; pero que de madre coqueta, es casi imposible que nazca hija formal.

Dice que las alhajas de gran mérito se despachan muy bien en los bazares.

Dice, por fin, que contra el vicio de la *impaciencia* no hay más que una virtud: la *cachaza*.

Y á fe que es una de las pocas virtudes que esa juventud practica.

VI.

¿Es verdad que existen mujeres que abandonan á sus hijos?

Hé aquí uno de los fenómenos que son verdaderos y no son verosímiles.

Existen.

Pero esas madres no deben estar organizadas como el resto de los mortales: les falta una víscera.

Un crimen guía á otro crimen: quien ocasionó el primero, es en cierto modo responsable de todos.

No tanto horror, pero compasion y repugnancia causan tambien esas infelices que co-

mercian con la maternidad; las que dejan tal vez á la ventura sus propios hijos para alquilarse á los hijos de otra mujer; para vender por dinero el jugo de su pecho.

Estos seres habitan, como diria Campoamor, en el *polo del infinito positivo*; pero muy cerca de la línea ecuatorial que lo divide del *negativo*: están tocando con el *instinto*.

VII.

Concluamos.

El sentimiento de la maternidad es de todos los tiempos y de todos los países; sin embargo, el cristianismo lo ha embellecido y sublimado: entre la Andrómaca de Homero, ó la de Eurípides, ó la de Virgilio, y la Andrómaca de Racine, existe diferencia muy notable.

En la Andrómaca de los primeros se descubre una madre; pero una madre, como dice Chateaubriand, al gusto griego y romano. La Andrómaca de Racine es tambien una madre; pero madre más sensible, más interesante, más tierna: en ella se ve, añade el sabio poeta citado, la naturaleza corregida, la naturaleza más hermosa, la naturaleza evangélica.

El amor de la madre cristiana es la síntesis de todos los amores castos y puros.

La madre es nuestra providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida; nuestro apoyo más firme en los años siguientes de la niñez; nuestra amiga más tierna y más leal en los años borrascosos de la juventud.

El amor materno es el único que jamas nos engaña; el único en cuyo horizonte sereno y trasparente nunca aparece la nube de los celos.

La madre es el dón de más precio que el cielo puede otorgarnos.

Con mucha razon ha escrito Guerrero en su linda novela (1) estas sencillas y poéticas palabras:

«No puede llamarse infeliz el hombre que al nacer recibe de su madre el primer beso, que encuentra durante su vida la mano de su madre para coronarlo en sus glorias y para enjugar su llanto, que lucha con él, y que al cerrar para siempre los ojos ve que recoge su último suspiro quien recogió su primer aliento.»

Nunca es malvado el que á su madre adora,

ha dicho uno de los primeros poetas de la edad presente.

Y los poetas son los intérpretes del corazon.

(1) Anatomía del corazon.

CAPÍTULO VIII.

LA VIUDEZ.

I.

Dicen que el país del matrimonio ofrece la notable circunstancia de que muchos, viéndolo desde fuera, desean penetrar en su recinto, y muchos más, viviendo dentro, quisieran ser desterrados.

Pero como no puede ni debe creerse todo lo que *dicen*, excusamos rebatir esta proposición, más ingeniosa que cierta, en nuestro humilde concepto.

En el país del matrimonio no es aplicable el destierro: de ese país no hay más que una puerta que dé salida: la puerta de la muerte.

Los divorcios que el tribunal declara suelen producir rubor: el verdadero divorcio que la muerte establece, sólo produce dolor.

La viudez es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Se ha dicho por vía de gracia que cuando

mueré un casado, su esposa lo acompaña hasta la puerta del cementerio, pero no le sigue hasta la tumba.

¿Y qué sabemos nosotros, los hombres, de achaques del corazón, para juzgar las emociones que experimentará el de una mujer digna que pierde al compañero de su vida?

No le sigue hasta la tumba, porque se queda en la tierra para llorarlo, para rogar por él.

El que por vía de gracia ha escrito aquella bufonada, sin duda no comprende más sentimiento que el sentimiento que mata. Y entre todos los sentimientos del alma, como ha dicho un poeta, el que mata viene á ser el más egoísta y el más cómodo.

El mérito del dolor debe buscarse en la magnanimidad que lo sufre y en el llanto que lo expresa. Dejarse morir de pena es un género de suicidio ménos vulgar que el del veneno y la pistola, pero suicidio al fin; y el suicidio es siempre cobarde y repugnante.

La mujer de talento y de corazón es más serena en las tribulaciones que el hombre más sereno.

Es muy difícil que el hombre sonría teniendo el alma desgarrada por el dolor. Y la mujer sonríe.

La pérdida de un hijo abate al padre, y no trastorna á la madre: la pena de aquél será

más intensa, la pena de la madre es más viva y más penetrante.

La pérdida de la mujer representa para el marido la muerte de sus ilusiones.

La pérdida del marido representa para la mujer la muerte de sus esperanzas.

Al consignar estas verdades nos referimos á los verdaderos matrimonios, al misterioso engaste de dos almas, cuyos suspiros se confunden en uno, como el aroma de dos flores nacidas en un mismo tallo.

En los matrimonios que inventa el orgullo y realiza el interés, son aplicables casi todas las vulgaridades que acerca de este punto se han escrito.

No pueden exigirse iguales demostraciones ni condiciones iguales á la viuda de un hombre digno y leal, y á la viuda de un libertino.

Pero ni á ésta siquiera es completamente aplicable aquel epigrama en que se compara la viuda con la leña verde; que llora por un lado y quema por otro.

Hace ya muchos siglos que vivieron Artemisa y Porcia; y de entónces á nuestros días, si la humanidad ha variado en su manera de sentir, ha sido para ganar, para sentir más todavía.

No: ni la viuda del libertino, ni la mujer que perdiendo á su marido pierde al tirano que la sacrificaba, deja de verter lágrimas, pero

lágrimas del corazón; y es que la mujer perdona; es que tiene un tesoro de ternura; es que siente por sí y para sí; no como se cree de ordinario, para mostrarse digna de consuelo.

Se exceptúan de esta regla las mujeres que no tienen corazón; para éstas ni el matrimonio ni la viudez son negocios de vida ó muerte: son simplemente negocios.

II.

La castidad de las viudas es, en el sentir de San Jerónimo, la castidad más difícil y meritoria.

El estado de viudez, según Mad. Girardin, es el estado más incómodo de la vida de la mujer, por cuanto que es preciso recobrar la modestia de la jóven, é imposible fingir siquiera su ignorancia.

El día en que la mujer se casa, adquiere, según el vulgo, toda la libertad que el hombre pierde.

El día en que la mujer enviuda, entra, según el vulgo, en el complemento de la libertad.

Rectifiquemos la opinión del vulgo.

El día en que la mujer se casa, pierde tanta libertad física, como libertad moral adquiere el hombre.

El día en que la mujer enviuda, peligran, si es que no perecen, su libertad física y moral.

La religion le impone deberes; se los impone la sociedad, se los impone, en fin, el recuerdo del hombre á quien perteneció.

Tiene razon Mad. Girardin; no hay nada más incómodo que el estado de viudez.

Sin duda porque es tan incómodo procuran salir de él muchas mujeres.

El amor de una viuda, sean cuales fueren sus atractivos, será bello como la dalia, pero carecerá, como la dalia, de perfume.

El candor juvenil es una rosa fragante y lozana: la lozanía y la fragancia de la rosa cautivan en primavera y mueren á la entrada del estío.

No es esto decir que el último y más pacato de los solteros actuales no sea ménos inocente que la más avisada de las viudas; pero de todas suertes, la sociedad, ó, por mejor decir, nosotros los hombres, hemos dispuesto que el honor de las mujeres sea para ciertos casos de vidrio, y el nuestro de hierro colado.

Ello es que la más candorosa de las viudas, segun nuestro sistema especialísimo, tiene perdido para el mundo más que el primer libertino, siempre que esté en soltería.

Es mucha lógica la lógica de nuestro sistema.

Un viudo que se casa nos parece casi siempre un hombre cuerdo.

Una viuda que se casa nos parece casi siempre una mujer loca.

Para el alma apasionada de una mujer de talento, la viudez no es sino una ausencia más ó ménos prolongada. Las almas que en la tierra fueron una, deben esperar tambien serlo en el cielo.

La viuda que se casa deja viuda el alma de su marido.

Cuando se encuentra en otra vida más feliz, el marido la hallará unida á otro hombre.

Es de ordinario loca la viuda que pasa á segundo matrimonio, porque si fué feliz en el primero, debe su corazon y su existencia á la fidelidad, al sentimiento y á los recuerdos: si fué desgraciada, tenga en cuenta, porque es casi un axioma, que no hay segunda parte buena.

La sinceridad del amante, tratándose de una viuda, es muy dudosa. Si la viuda es seductora por sus condiciones sociales, entónces deja de ser dudosa la sinceridad: lo que entónces se hace patente es la insensatez de la viuda.

En este caso quien más pierde es el aspirante; porque acepta á una mujer que ofrece síntomas de loca en el hecho de casarse, y síntomas de insensata en el hecho de no conocer que la engañan.

El marido de una mujer que ya lo ha sido de otro, y que además ofrece caracteres de locura é insensatez, tiene cuanto necesita para ser el mortal más venturoso de la tierra.

El riesgo sólo de que su esposa viva en una interminable conjugacion, comparando el *pasado* con el *presente*, importa más que todas las ventajas *futuras* que lo hayan arrastrado hasta la viuda.

Dos verdades para concluir:

La viudez, decorosamente mantenida, es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Las lágrimas de la viuda pierden su poética amargura desde el momento en que se acerque á enjugarlas la mano del amor.

CAPÍTULO III.

LA EXPOSICIÓN RELIGIOSA.

Entre otros actos más próximamente que los
que son muy notables por su interés y por su im-
portancia social, conviene el pensamiento de ex-
poner en un claustro en belleza y en nume-
rosidad.

El propósito de esta exposición es diverso, pero
muy importante. Uno de sus fines más impor-
tantes es el de dar a conocer a los que se
interesan en el arte religioso la obra que en
este género.

El arte religioso es una de las ramas que
más han sufrido en estos tiempos.

Los artistas que se dedican a esta rama
de la pintura, en estos tiempos, son muy pocos,
y los que se dedican a ella, lo hacen con un
interés muy limitado.

Esto se debe a que en el campo de
la pintura religiosa, no se ve ya el interés que
se veía en otros tiempos.

CAPÍTULO IX.

LA PROFESION RELIGIOSA.

Cuatro años hará próximamente que una jóven muy notable por su mérito y por su condicion social, concibió el pensamiento de sepultar en un claustro su belleza y sus encantos.

Aquella jóven consultó con diversas personas su proyecto. Uno de sus amigos más leales le dirigió con tal motivo la carta que transcribimos.

I.

«Hay en el mundo una clase de héroes que pasa para el mundo casi inadvertida.

No son héroes que desbaratan ejércitos y destruyen ciudades; ni visten la cota férrea, ni empuñan de continuo los bárbaros instrumentos de matar.

Estos héroes no pelean en el campo; pero pelean con enemigos más poderosos que los ejér-

ditos aguerridos y las fortalezas al parecer inexpugnables. El sol no tuesta sus mejillas; pero las marchitan la abstinencia y la mortificación. Una blanca toca y una vestidura larga constituyen su arreo marcial; sus armas son la oración; su corona de victoria es la corona inmarcesible de la inmortalidad.

Estos héroes de pálida tez y de tranquila mirada viven en la clausura, lejos de la muchedumbre, como se acogen las palomas en el hueco de una roca, donde no alcanzan los furrores de la tempestad ni el choque horrible de las olas que se ensoberbecen.

Las pasiones de la humanidad son también olas gigantescas que se elevan en el mar de la vida y se estrellan contra el muro de un convento.

El dintel de aquella puerta puede considerarse como la línea divisoria de la carne y del espíritu, como la frontera del mundo material.

Un paso más acá reinan los sentidos; un paso más allá reina la virtud; de este lado, los placeres y el bullicio; de aquél, la penitencia y la soledad.

Dar ese paso es empresa más difícil que las conquistas de los guerreros y las victorias de los héroes de la tierra.

Dar ese paso es despedirse de las esperan-

zas del mundo, para extasiarse de gozo en la esperanza del cielo.

Al meditar en ese paso, que encierra todo un poema de valor, de magnanimidad y de ternura, podemos decir con un insigne poeta y carísimo amigo nuestro;

«Ojos que te ven entrar
Nunca te verán salir.»

¿Sabes, amiga mía, lo que significa ese *nunca*?

Ese *nunca* dice que al cerrarse en pos de tí la puerta en donde quieres llamar, dejas á la parte de fuera el mundo y sus atractivos.

Ese *nunca* es el epitafio de tus ensueños de terrenal felicidad, de tus doradas ilusiones de ayer.

Ese *nunca* es la renuncia que haces de tu corazón de mujer para reemplazarlo con el corazón de un ángel.

Ese *nunca* es la epopeya de tu vida.

A ese *nunca* se llega ordinariamente por dos caminos opuestos. O por tener el corazón tan grande que no baste para llenarlo el corazón de un hombre, ó por tenerlo tan pequeño que lo desconcierte ó destroce la más leve contrariedad de amor.

El primer camino, sembrado de flores, ostenta todavía las huellas de Santa Teresa.

El segundo, erizado de abrojos, no ostenta más huellas que las del dolor y la desesperación.

¿Sabes de cierto, amiga mia, cuál de esos dos caminos es el que hoy se ofrece ante tus ojos?

¿Conoces el mundo tan perfectamente, que puedas comparar la pequeñez que dejas con la grandeza á que aspiras?

¿Conoces tu corazón y tu cabeza tan perfectamente, que puedas responder mañana de tus propósitos de hoy?

¿Conoces bien la majestad del Esposo que aceptas, para calcular la gravedad de la ofensa, si un día le llegases á ofender?

Tú, que eres buena y discreta, ¿no comprendes lo horrible de la infidelidad en este santo consorcio?

Tú, que unida á un hombre serías esclava de tu deber y de tu juramento, ¿has medido la extensión del deber y de los juramentos con que pretendes aprisionar tu corazón?

No se trata únicamente del sacrificio de tu belleza, que por ser extremada es sacrificio de gran consideración. La belleza es dón tan efímero y gracia tan pasajera, como que está á merced de unas viruelas imprudentes ó de una erisipela inoportuna.

No se trata del sacrificio de tu nobleza y de

tu fortuna. La nobleza y la fortuna son el recurso prestado de las mujeres vulgares; son armas de que jamas deben usar el talento y la virtud.

Se trata del sacrificio de tus afectos más íntimos, de tus recuerdos más dulces, de tus más halagüeñas esperanzas.

Medita, pues, en la magnitud y trascendencia de ese sacrificio heroico. Calcula tus fuerzas, y no te expongas á un riesgo más grave todavía que los riesgos mismos de que procuras huir.

Sea á tus ojos el claustro alcázar santo de más precio y suntuosidad que todos los palacios de oro y de zafir.

El huertecillo escondido, rico de aromas y de melancólica poesía, esmaltado de flores virginales, dividido en dos por el arroyo que lo fecunda, sea para tí morada más tranquila y deleitosa que los magníficos jardines, obra del arte, donde la atmósfera embriaga, donde apenas crece una flor que no esconda entre sus hojas espinas muy punzantes.

Si en noche serena y clara la luna viene á confundir sus destellos pálidos con los destellos de tu blanca frente, que no traiga á tu corazón memorias del mundo que abandonaste.

Si el aura mansa juguetea una tarde en tu ventana, que no venga á repetir en tus oídos

algun nombre misterioso que turbe la tranquilidad apacible de tu espíritu.

El muro de hierro que ha de separarte del mundo, sólo puede romperlo la mano de Dios.

Dichosa tú, si aciertas á penetrar con planta segura en el santo alcázar de la humildad y de la castidad, de la pobreza y de la oracion.

Dichosa tú, si tranquila y resignada en el fondo de tu alma, cambias por el sayal tus galas de hoy, y dando un adiós al mundo de los sentidos, vuelas al de la más pura idealidad, donde te espera el noviciado de la gloria, de la inefable realidad del bien.

Dichosa tú, si con fria mirada puedes contemplar á cada instante las florecillas que cubren la que ha de ser tu sepultura, y el alto cipres que ha de servite mañana de centinela sombrío.

Pero infortunada tú si un dia te parecen muy espesos los hierros de tu reja.»

.....

.....

.....

II.

Tal era la carta.

Ignoramos si la jóven á quien se dirigió es hoy en el claustro una *madre ejemplar*, ó es

en el mundo una excelente *madre de familia*.

Esta averiguacion histórica no hace al caso.

Concluiremos con una observacion que no es solamente histórica.

Los *espíritus fuertes* de nuestro siglo se burlan ó se compadecen de las que llaman pobres almas, víctimas de la preocupacion, de la ignorancia ó del fanatismo.

Esos *espíritus fuertes* son las criaturas más ridículas que existen sobre la tierra.

Un convento es para ellos una casa sombría donde se albergan seres desgraciados; seres que no pueden percibir la dicha del amor.

¡Insigne ceguedad!

Un convento es hoy el arca misteriosa que flota sobre el torrente de las pasiones y preserva de la general inundacion el germen santo de la virtud.

En esa casa sombría se albergan seres afortunados que perciben en toda su pureza la dicha del amor.

Entre este amor y el de los *espíritus fuertes* media un abismo.

Miéntas el mundo se agita en confuso torbellino, miéntas conmueve á las sociedades el huracan de la impiedad y del escepticismo, unas pobres mujeres oran por el mundo; piden misericordia para los impíos, y luz para los escépticos.

Y la oracion de aquellas almas virginales se eleva en el espacio y penetra en las regiones de la armonía suprema.

Son ángeles tutelares de la humanidad. Por eso la humanidad las admira, las respeta y las bendice.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

I.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su providencia.
 Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus.
 ¿Quieres saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?
 Son hijas del cielo.
 Y madres de los desvalidos.
 Y HERMANAS DE LA CARIDAD.
 Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.
 Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del

Y la oración de aquellas almas virtuosas se eleva en el espacio y penetra en las regiones

CAPÍTULO X.

Son ángeles tutelares de la humanidad. Por eso la humanidad los admira, los respeta y los bendice.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

I.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus.

¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del

polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas; hace un siglo que el soplo de la revolución tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroínas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *hermanas*, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que ve ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros: la caridad se compadece de las

desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aficciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aficciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven también sus hermanas.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cama del recién nacido, bosquéjase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos la heroica hermana de la caridad, de cuyos labios brotan palabras de resignación y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre más tierna lo recoge y lo acaricia, y cuida de su asistencia, y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten seres racionales, allí se llora; allí está la caridad; allí viven sus hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios ni corona para su heroísmo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compade-

cerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateísmo, la idea de hermana de la caridad hace absurdo é inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espíritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por sistema al sexo que

llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre; y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia con caracteres de luz el nombre venerando de SAN VICENTE DE PAUL.

CAPÍTULO XI.

LA POBREZA.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres. Los hombres de la actual generación transigen con el carácter de las mujeres, con su vanidad, con sus defectos; pero no transigen con su pobreza.

Esta es una verdad que no honra mucho á la generación presente; pero es una verdad indisputable.

En vano se afanan los políticos y los hombres de estado por descubrir las causas del malestar que aflige á las sociedades modernas.

La misma altura á que elevan sus investigaciones les impide ver la realidad por que anhelan.

Cuando ahuyenten de la mayor parte de la juventud ese espíritu mercantil que la devora; cuando dejen caer el rocío de las buenas máximas sobre su corazón marchito y abrasado; cuando hagan germinar en él lo que le falta de ilusiones y borrarse totalmente lo que le sobra

de cálculo, entónces cambiará el aspecto de la sociedad.

En la mitad del siglo XIX no son ya los ejércitos ni las conquistas los medios de civilizar á las naciones y acrecentar su legítima influencia.

A esos medios violentos ha sucedido otro por extremo tranquilo y apacible: la educación.

Hablar mucho de una virtud es regular indicio de que se practica poco.

El fariseismo ha sido en todos los tiempos idéntico.

El abuso que hoy se hace de la palabra *educacion*, es un testimonio tristísimo del descuido deplorable que en este punto se observa.

Así como las facultades físicas se desarrollan ordinariamente á expensas de las intelectuales, y vice versa, así en determinadas ocasiones el crédito de *la palabra* sólo puede alcanzarse á expensas del de *la obra*.

Por eso, cuando entre ciertas gentes se habla de educación, y entre otras de virtud, y entre otras de conciencia, recordamos la felicísima expresión de un gran hombre, que llamaba á esas declamaciones «torrentes de palabras en un desierto de ideas.»

En nuestros días, si el desinterés y la abnegación, y la generosidad y el desprendimien-

to que vagan por todos los labios pagasen algunos céntimos siquiera de contribucion, las arcas del Erario se enriquecerian fabulosamente.

Pero si esa misma contribucion se impusiese al desinterés y la abnegacion, y á la generosidad y al desprendimiento, es probable que el Estado no recaudase ni para el sueldo homeopático de un maestro de escuela.

Enlacemos las ideas. El sistema homeopático aplicado á los maestros de escuela, produce una educacion homeopática.

Y el sistema de las dósís infinitesimales, que aplicado á la salud dicen que no cura, aplicado á la educacion mata indefectiblemente.

Para la vida del alma, para los goces puros del hombre honrado, están muertos esos corazones que sólo vibran al sonido del metal.

¡Desgraciada juventud la que cifra toda su ciencia en la aritmética; la que sólo sabe *contar* y *deducir*!

Al hablar de una mujer, preguntaban nuestros abuelos: «¿es honrada?»

Nuestros padres solian ya preguntar: «¿es hermosa?»

Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente: «¿es rica?»

A nuestros abuelos les parecia imposible prescindir de la honradez.

Nuestros padres no transigian mucho con la fealdad.

La generacion de hoy no concibe que puedan hermanarse la hermosura y la pobreza.

Al hablar de la hermosura, entiéndase la necesaria para arrastrar hasta el matrimonio.

Por lo demas, esa parte de la juventud no es tan míope de la vista corporal como de la vista del corazon; y harto sabe que existen beldades pobres donde la naturaleza quiso agotar el tesoro de sus gracias.

Pero como el tesoro de las gracias no puede sacar de apuros, la juventud renuncia al título de posesion legítima.

Eso no quita para que aproveche toda coyuntura de trasformar á las beldades pobres en *pobres beldades*.

II.

Las indicaciones que respecto á los hombres de hoy acabamos de hacer, no son del todo inaplicables á la mujer.

Era casi imposible que el contagio la perdonara, y no la ha perdonado.

Las mujeres, á quienes apénas enseñamos á leer y escribir, aprenden solas á contar; tambien saben aritmética.

Pero la aritmética de las mujeres es todavía ménos simpática que la de los hombres, y mucho ménos segura.

Dada la propension á calcular, las mujeres calculan mal casi siempre.

En los tiempos de Juvenal no habia nada más intolerable que una mujer rica: *intolerabilis nihil est quam femina dives*.

Si hoy viviese Juvenal, es de presumir que no se arrepintiera de su dicho.

Cuando la mujer se convenza de que si el hombre es honrado no ha de amarla por su capital, y si no es honrado compra ella misma con su capital su desventura, aprenderá á despreciar el capital.

El amor y la pobreza no son buenos amigos: todo el mundo repite esta especie de aforismo.

Amante que no puede dar sino suspiros, no puede ser pagado sino en esperanzas.

Esta vulgaridad se parece mucho á aquella otra de los tiempos de Plauto, cuando se decia que las mujeres tienen siempre los ojos en las manos.

Ó á otra de todos los tiempos, antiguos y modernos, que consiste en reconocer como únicas fuentes del amor la figura, el talento ó los honores.

Pobre idea tienen del amor los que de tal manera se atreven á circunscribirlo.

Si el amor que brota de las prendas físicas está pendiente de un cabello, y el que brota del talento pendiente de una necesidad de las mil que dicen y hacen los sabios, el que brota de la posición social no está pendiente de nada; está en el aire, como se halla todo en la sociedad presente.

El amor de pobre á pobre se expone á ganar y no se expone á perder: el amor de rico á rico se expone á perder y nunca á ganar; el amor de rico á pobre, y vice versa, solamente ganará si se nivela con el talento y la honradez la diferencia que ha establecido la casualidad.

El amor y la avaricia no son buenos amigos: hé aquí un aforismo verdadero.

El amor hace más pródigos que avaros: tiene razón Mad. de Scuderi.

El amor no puede ni debe ofrecer sino amor; quien por su medio se proponga obtener otra cosa, no es digno de ser amado.

Es la pena más horrible que puede caer sobre el corazón de un mortal.

Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino del amor.

Bienaventurada la pobreza, porque ella ha sido la madre de los genios.

Hablamos de la pobreza honrada, noble, cristiana.

¿De qué sirve la riqueza al corazón, si con todo el oro de Australia no puede comprarse un átomo de amor?

Ante el amor no hay pobres ni ricos, ni existe el oro ni el oropel;

Que sólo iguales el amor conoce.

CAPÍTULO XII.

LOS EXTRAVÍOS.

I.

Muchos de nuestros lectores no tendrán quizá noticia de sor Juana Ines de la Cruz.

Es una gran poetisa americana del siglo xvii: una mujer singular, en la que, como escribe un reverendo padre al censurar sus poesías, se comprueba «que no es incompatible ser muy siervo de Dios y hacer muy buenas coplas.»

Con permiso de su paternidad reverendísima, los cantos de la inspirada religiosa mejicana, que mereció el dictado de *musa décima*, son mucho más que coplas; son un tesoro de poesía y de conceptos, bastante para afianzar una reputacion; bastante, como el mismo padre dice, «para que todos vean qué cosas tan estupendas hay en el otro mundo.»

Pues esa moderna Safo, que así llenó el nuevo continente con el aroma de su genio,

nos ha legado, á propósito del epígrafe que lleva este capítulo, unas lindísimas redondillas, que, trascritas entre estos APUNTES, serán sin duda brillante de alto precio, escondido entre barro muy humilde.

Hélas aquí:

Hombres necios que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais;
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien,
Si las incitais al mal?

Quereis, con presuncion necia,
Hallar á la que buscaís
Para pretendida, Thais;
Y en la posesion, Lucrecia.
¿Qué humor puede haber más raro
Que el que falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos, si os tratan mal;
Burlándoos, si os quieren bien.

Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,
A una culpais por cruel,
Y á otra por fácil culpais.

Pues, ¿cómo ha de estar templada

La que vuestro amor pretende,

Si la que es ingrata ofende

Y la que es fácil enfada?

Dan vuestras amantes penas

A sus libertades alas;

Y despues de hacerlas malas

Las quereis hallar muy buenas.

.....

¿Cuál será más de culpar,

Aunque cualquiera mal haga,

La que peca por la paga

Ó el que paga por pecar?

Pues, ¿para qué os espantais

De la culpa que teneis?

QUEREDLAS CUAL LAS HACEIS,

Ó HACEDLAS CUAL LAS BUSCAIS.

.....

.....

Quien siente y raciocina y versifica así, es todo un poeta. Esos dos últimos versos pueden constituir un tratado importantísimo de filosofía y de moral.

Los *extravíos* de la mujer forman siempre segunda parte, cuya primera, no hay que preguntar, es la seducción.

Jamas nos cansaremos de repetir que las leyes admitidas en la actual sociedad acerca del honor, luchan con los fueros de la civilizacion, y son un testimonio patente de egoismo, de cobardía y de injusticia.

Para conservar la castidad, el hombre com-

bate con sus pensamientos; la mujer combate con sus pensamientos y con las continuas asechanzas de los hombres. El primero pertenece al sexo fuerte; la segunda al sexo débil.

¿Cuál de las dos castidades tendrá mérito mayor?

Si un hombre de edad proveya, conocedor del mundo, gran maestro en la insidiosa profesion de galantear, seduce á una niña candorosa é inocente, ésta queda deshonorada, y el héroe añade una hoja á su corona de triunfos.

¡Tal es la sociedad; tal es ese mito que llaman opinion pública!

El seductor respeta hoy lo que se propone deprimir mañana; finge que idolatra lo que anhela deshorrar; hoy se humilla como esclavo, para alzarse mañana como tirano.

Y la mujer no lo advierte.

Porque no se la enseña á advertirlo.

Porque no se la educa.

II.

El pudor es adorno muy bello en la mujer; como que, en sentir de una escritora insigne, el pudor debe reputarse como el pariente más próximo de la virtud, y en concepto de Bacon, es al cuerpo lo que la discrecion al alma.

El pudor en la mujer es flor tan delicada, que el soplo de una imprudencia lo ofende, y el calor de una mirada torpe lo agosta y lo marchita.

Pero á su vez el aroma de esa flor produce la más casta y la más delicada de las complacencias.

Tratar á las mujeres sin ofender ni levemente su pudor, sin que asome el carmin á sus mejillas, es ciencia que la juventud presente descuida más de lo justo.

Las ideas que dominan respecto á la galantería, se hallan, por regla general, tan léjos de la razon, que más bien parecen hijas del espíritu de venganza, que del espíritu de ternura y de cariño.

En este asunto la ciencia del hombre consiste en fingir; la ciencia de la mujer debe consistir en dudar.

La galantería en ciertos labios es el prólogo de la seducción. Es, como se ha dicho en verdad, un juego en que todo el mundo se interesa; los hombres arriesgan en él la sinceridad, y las mujeres el pudor.

Las mujeres, para hacerse verdaderamente amables, deben, respecto al pudor, tenerlo muy arraigado é ignorar que lo tienen.

Un alarde de pudorosa viene á ser muchas veces testimonio de malicia.

- Mujer cuyo pudor se alarma fácilmente, no ofrece una gran prueba á favor de esa ignorancia amable que tan bien sienta en su sexo.

- Mujer que recibe sin precaucion las frases y las demostraciones de la galantería, es como un niño que juega con un cortaplumas: al fin y al cabo se corta.

III.

Si es cierto que las coquetas elaboran, como la araña, la tela finísima donde hayan de prenderse los amantes débiles, no es ménos cierto que llega un día en que un amante fuerte rompe la red y desbarata la obra del tiempo y de los desvelos.

- Y el número de los amantes fuertes abunda ya demasiado: que no lo olviden las bellas fabricantes de la finísima tela.

Los extravíos de las mujeres, que suelen ser idénticos en las consecuencias, difieren casi siempre en las circunstancias.

- Dada la existencia de mujeres que delinquen, puede decirse, con un escritor muy sabio, que las ricas compran el pudor y las pobres lo venden.

- Comprado ó vendido, el pudor con que se comercia no es pudor.

Algunos sabios se han entretenido en escribir la historia de la prostitucion, buscándola, y hallándola por desgracia, en Babilonia y en Atenas, y en Roma y en Venecia, y en Londres y en París: han desenterrado leyes y ordenanzas de los tiempos de Carlo-Magno y de Luis VII y de monarcas posteriores.

¡Magnífico entretenimiento el de esos sabios! Todas las deducciones que han obtenido, todo el producto de sus prolijas tareas, pueden sintetizarse en este principio, que con la autoridad de sabios han asentado como axioma: «la prostitucion es un mal necesario.»

En nombre de la moral declaramos falso ese principio; en nombre del sentido comun nos abstenemos de probar la falsedad.

La castidad en todos tiempos y en todos los países aparece como un sacrificio de inmenso valor: la castidad entre los cristianos es una gran virtud: representa el triunfo del espíritu sobre la materia.

La prostitucion no es otra cosa que el comercio abominable de la castidad.

Sin embargo, hay una clase de prostitucion que no condena la sociedad; que está admitida, y aún necesariamente consagrada.

Esa prostitucion es el matrimonio de los que no aman, de los que venden su mano por un capital ó por un título de nobleza.

Esa prostitucion es la voluntaria ó forzada de una jóven que se une á un decrepito.

Esa prostitucion es el asqueroso consorcio del jóven pobre con la anciana rica.

La pobreza y la ignorancia son de ordinario las llaves que abren la puerta de la prostitucion.

Una vez cruzado el umbral, apénas hay esperanza para esas infelices criaturas.

Decimos *apénas*, porque un amor intenso puede todavía rehabilitarlas: un arrepentimiento sincero puede abrirles las puertas de la sociedad y de la gloria. ¿Quién no ha leído en el libro inmortal del Evangelio la interesante historia de la Magdalena?

¡Caridad y enseñanza para las desventuradas que viven en el crimen y en el suplicio de la prostitucion!

¡Caridad y enseñanza! Los hombres de hoy aborrecen el nombre y no extinguen la inmunda profesion; se conduelen y lamentan en público de tanta belleza marchita por los desórdenes, de tanta degradacion en el alma de la mujer; y quizá en secreto protegen y fomentan la degradacion y los desórdenes.

Este podrá parecer un mal juicio; un juicio inexacto y apasionado: ¡ojalá lo fuese!

No hay venta sin comprador; y los compradores de amor y de placeres *por vicio*, son to-

avía más repugnantes que los vendedores *por necesidad*.

Reproduzcamos la magnífica pregunta de sor Juana de la Cruz.

«¿Cuál será más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
Ó el que paga por pecar?»

CONTENIDO

INDICE

I

Que todas las naciones son soberanas y
que todas las naciones son iguales
que todas las naciones son libres
que todas las naciones son independientes
que todas las naciones son iguales

que todas las naciones son soberanas
que todas las naciones son iguales
que todas las naciones son libres
que todas las naciones son independientes
que todas las naciones son iguales

que todas las naciones son soberanas
que todas las naciones son iguales
que todas las naciones son libres
que todas las naciones son independientes
que todas las naciones son iguales

CAPÍTULO XIII.

LOS ESPECTÁCULOS..

I.

¿Qué serían las mujeres sin espectáculos?

Y ¿qué serían los espectáculos sin mujeres?

Ovidio, gran conocedor del sexo propio, pero más todavía del contrario, dijo, refiriéndose á las bellezas romanas de su tiempo:

Spectaculum veniunt, veniunt spectentur ut ipsæ.

Lo cual, traducido al lenguaje ménos poético posible, quiere decir que las mujeres

Más que de ver se cuidan de ser vistas.

En este punto, la época de Ovidio y la actual se parecen como dos libros de filosofía alemana.

Los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas.

En los ponderados progresos del arte dramático como arte, como elemento civilizador, hay mucho de poesía y de ilusiones.

La mayor parte de las mujeres aprenden en el teatro el lenguaje del corazón. Este lenguaje, según Mad. Cottin, está escrito en los ojos.

En el teatro es, pues, donde se adquiere la más exquisita educación..... de los ojos.

Nuestros venerables antepasados iban al *Corral del Príncipe*, ó acudían á los farsantes de la legua, para saborear las ingeniosas fábulas de Lope y de Calderon.

La actual generación ocupa las horas del espectáculo:

En averiguar la procedencia del brazalete de la actriz, ó la botonadura del actor.

En aprovechar un amante de los de telon afuera las frases que dice á su amada un amante de los de telon adentro.

En declamar los galanes que no son actores, á compas de los actores que no son galanes.

En combinar, por fin, y en desenlazar tal vez un drama verdadero en cada palco ó en cada dos butacas.

¡Oh! Los dramas no anunciados en el cartel son de ordinario más interesantes que los que constituyen la función.

Un amante adocenado suele convertir estos dramas en sainetes.

Un marido inoportuno suele convertirlos en tragedias.

Unos celos indiscretos suelen darles la picante animacion de la zarzuela.

Los gemelos son el gran recurso, la *máquina*, como si dijéramos, de esos dramas no anunciados en el cartel.

El arte, ó mejor aún, la filosofía de los gemelos, tiene más importancia práctica y social que casi todas las discusiones en que se empeñan los hombres de estado.

A propósito de estado, no hay nada que más derechamente contribuya á modificarlo, que la susodicha filosofía.

A la metralla de dos ojos negros ó garzos, disparada por dos cañones de nácar, hay pocas fortalezas que resistan.

El teatro es un verdadero campo de Agramante para los corazones.

El día en que los teatros mueran, deben vestirse de medio luto las coquetas.

II.

El teatro y los bailes difieren de una manera esencial.

En el teatro aprenden las mujeres el lengua-

je del corazon, que está escrito en los ojos, segun Mad. Cottin.

En el baile aprenden las mujeres el lenguaje de la galantería, que no está escrito más que en los labios.

Un baile viene á ser una gran exposicion, donde se arreglan y desarreglan matrimonios.

Los matrimonios que surgen de un baile es muy probable que en otro baile perezcan.

El baile tiene el privilegio de alterar hasta cierto punto la condicion natural de las personas; segun la observacion de Alfonso Karr, en un baile los hombres son el sexo tímido y débil: son siempre los primeros que se cansan.

Los hombres que bailan nos parecen las criaturas más felices del universo.

Es mucha filosofía la filosofía de un rigodon.

No así la de las polkas y demas bailes *íntimos*. La de esos no es filosofía, es otra cosa: quien quiera saber lo que es, que se dedique á la estadística de los divorcios.

Nuestros antiguos creian que en ciertos bailes hace de bastonero Satanas.

Nosotros no lo hemos visto nunca; pero si no hace de bastonero, no debe andar muy léjos.

«Voy á desnudarme para ir á un baile,» cuentan que decia una noche cierta dama.

Y como aquella dama hay muchas.

Un baile es siempre manantial de muy diversas consideraciones.

El filósofo contempla la veleidad humana, el giro rápido de la fortuna, en cada vuelta de los que danzan, y en cada oleada de las mil que lo ponen en constante riesgo.

Y, sin embargo, el filósofo acude allí á *filosofar*.

El poeta admira el mágico esplendor de los salones, y el aroma de ternura que exhalan mil pechos agitados, y la nube de poético arrobamiento que envuelve en sus alas invisibles á la humanidad *danzante*.

Y, sin embargo, ni allí hay otra magia que la de tal cual hermosura asediada, ni más aroma que el comprado, ni más nube que la del polvo y los miasmas que se condensan por necesidad.

El enamorado de buena fe vive *solo* en el baile, porque vive por y para una mujer.

Y esa mujer, ó es una excepcion de la regla, ó, como dice Maistre, miéntras dura la fiesta, trata al amante como á un marido, y al baile y sus incidencias como al verdadero amante.

Las madres de familia ocupan en un baile posiciones muy distintas.

Unas ponen su empeño en volverse todo ojos.

Otras en volverse todo oídos.

Otras en aparentar que no tienen ojos ni oídos.

Un escritor muy discreto dice que el baile es á los quince años un placer; á los veinticinco un pretexto, y á los cuarenta un cansancio.

Tal vez fuera más exacta la gradacion en estos términos:

El baile á los quince años es una necesidad orgánica; á los veinticinco es una necesidad moral; á los cuarenta es una necesidad social.

El baile es, pues, en las mujeres una necesidad; y como no parece justo que las mujeres bailen solas, el baile es en los hombres una necesidad *por compromiso*, como si dijéramos un acto de justicia.

Así considerados, los hombres que bailan nos parecen ménos ridículos.

Así considerados, puede haber alguna diferencia, aunque no existe en gramática, entre los que *danzan* y los *danzantes*.

El teatro, escribíamos no há mucho, es el campo de Agramante para los corazones.

Un baile, escribimos ahora y sostendremos siempre, es el San Quintin de las ilusiones y de los amores castos.

El día en que los bailes mueran, deben vestirse de luto riguroso las coquetas.

CAPITULO XIV.

LA MODA.

I.

En otros tiempos la moda era una reina despótica, que sólo tenía esclavas.

Hoy esa reina despótica tiene también esclavos.

Mientras más se esfuerzan los hombres en denostar á las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellas.

Mientras mayores agravios reciben de los hombres las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellos.

Los dos empeños son esencialmente ridículos.

Una mujer con corbata, chaleco, gaban y pantalones; y un hombre con sortijas, pulseiras, bermellon y rizos, tienen mucho que entender.

Esto es, tienen que entender que no entienden las leyes del buen gusto.

«De gustos no hay nada escrito,» dice el refrán.

Este refrán sería cierto en sus tiempos; hoy es absolutamente falso. De gustos se ha escrito tanto, que no habría gusto humano capaz de leerlo todo.

El buen gusto es un dón como otro cualquiera.

No es esto decir que todos los *dones* sean de buen gusto.

Una morena vestida de color de rosa, ó una alemana con la mantilla española terciada, son dos tipos de tal belleza absoluta, que á quien los busque y los celebre hay que decirle con justicia: *no le alabo el gusto*.

La moda y el buen gusto no son palabras sinónimas.

El buen gusto es siempre uno, y la moda varía y se disfraza, y se contradice y se copia.

La moda es la negacion del gusto y el ideal del capricho; es, al decir de Balzac, un ridículo sin objecion.

Si las mujeres se convencieran de esta verdad, cesaria pronto, ó por lo ménos se debilitaria mucho el imperio de la moda.

Su trono está sostenido en hombros de las feas; la mujer bella es siempre bella; la que no lo es por naturaleza prueba á serlo por el arte; las variaciones de la moda son los diversos ensayos en que se ejercita para alcanzar el resultado que anhela.

Esos ensayos, necesarios en *unas*, dan la ley á *todas*.

Las hermosas no son sino coristas en la interminable zarzuela de la moda.

Si hemos de creer al ingeniosísimo Alfonso Karr, sólo una mujer de largo é insolente pié pudo dictar este decreto: «En lo sucesivo, la falda del vestido será larga, larga, hasta el suelo;» y el pié delicado y primoroso de mil beldades quedó envuelto en la proscripción.

Sólo una mujer despechada por las proporciones de su cintura fué capaz de escribir este artículo en el código de la elegancia: «En adelante se usarán *paletots* y *abrigos* que no ciñan, que caigan en pliegues hasta la mitad del cuerpo;» y huyeron de la vista de los mortales mil talles esbeltos y flexibles como la palma que mece el viento blando de la noche.

Sólo una mujer en cuya cabeza fuera ya revelándose la nieve del corazón pudo discurrir este precepto: «Se restablece para el cabello el uso de los polvos blancos.» Y desapareció en mil cabezas coronadas por el amor el brillo de unos rizos de ébano, y el encanto de una trenza de oro tejida por la mano de los ángeles.

No hay, pues, moda alguna en que la belleza deba prometerse ganar: no hay moda alguna en la cual no se exponga evidentemente al peligro de perder.

La hermosura es la única moda que no envejece.

La virtud es la única moda que nunca ha de envejecer.

II.

Lo que es de continuo un recurso de las feas, no puede ménos de ser una conspiracion permanente contra las hermosas.

Las mujeres no comprenden toda la fuerza de este principio, por una razon muy sencilla.

Porque ni hay ninguna, por inmodesta que sea, que juzgue su belleza insusceptible de aumento, ni hay tampoco ninguna tan humilde que juzgue su fealdad de todo punto irremediable é *indisimulable*.

La avaricia de atractivos, el anhelo de parecer mejor serán siempre estímulo poderoso que ocasione en las mujeres esa movilidad continua tan grata para la industria y el comercio de los extranjeros.

El genio frances, fecundo, inagotable en cuanto á las bagatelas de figurin, da el tono, puede decirse, á la sociedad europea.

Como rasgo característico de ese genio frances, hé aquí una anécdota que, en concepto de muchos, es historia:

Un dia predicaba en París el gran Massillon

contra las vanidades de este mundo, y contra la moda por tanto, que es la síntesis de todas esas vanidades. Dominaba á la sazón el furor por los lunares falsificados; y el elocuente sacerdote los reprobaba como medio semi-diabólico de atraer las miradas indiscretas. ¿Por qué, decía amargamente, no los pintais también en los hombros y en la garganta para acrecentar vuestra ficticia seducción, para alucinar hasta los límites de lo posible á vuestros incautos admiradores?

La lección no fué desaprovechada. Al otro día apénas se encontraba ya dama de tono que no ostentase en el cuello su lunar.

Este lunar recibía el nombre de *Massillon*.

En una noche de calor, una bailarina recogió sus cabellos de cierta manera particular. Antes de pocos meses dominaba aquel peinado en la cabeza de las soberanas, y en casi todas las cabezas que se peinan.

Aquella bailarina deberá su universal renombre, tanto como á la habilidad de sus piés, á la colocación *improvisada* de sus cabellos.

Negarle esa gloria sería una pretensión *descabellada*.

De hoy en adelante, que no peroren los críticos contra la fama y las gracias traídas *por los cabellos*.

Si todas las exigencias de la moda se limi-

tasen á esa parte *capital* del sér viviente, la moda dejaria de ser la más ruïnosa de todas las vanidades.

Y sin embargo, sigue siendo una calamidad imprescindible.

III.

La moda puede reputarse como la expresion del deseo de agradar.

Es este deseo tan natural en las mujeres, que, léjos de censurarlo, debiéramos aplaudirlo, siempre que se contenga en los justos límites y no invada el terreno de la afectacion.

Las gracias más seductoras suelen á veces *desgraciarse* por el empeño inmoderado de acrecentarlas.

Mujeres hay que deben al cielo una belleza épica, y la convierten en belleza de sainete.

La moda, que en todo tiempo se ha considerado como una reina loca, parece que comienza á recobrar el juicio.

Esto debe consistir en que las mujeres bellas se van convenciendo ya de cuáles son sus verdaderos intereses.

El pudor, la sencillez, la naturalidad: hé aquí tres grandes joyas cuya oportunidad nunca pasa; que siempre son de moda.

La abundancia de adornos será siempre

un recurso: los recursos son para las necesidades.

En la sociedad actual amenaza invasión una moda que más ó ménos tarde produciría resultados muy funestos.

Esa moda es la de desdeñar todas las modas.

Si algo pudiera probar esa excentricidad epidémica, sería la perversion del buen gusto.

Tan risible nos parece la tiránica presión de un sastre de Lóndres ó París que da el tono á toda la Europa que viste frac, como la anárquica emancipacion, en cuya virtud llegase á no haber en Europa dos fraques de idénticas figura y proporciones.

Para nosotros, los extremos son siempre indiscretos.

Si hay un loco más desatinado todavía que aquel que vive esclavo de la moda, es seguramente el que hace alarde de vivir sin ella y contra ella.

Es todo cuanto podemos ceder á las *conveniencias sociales*: á esas horribles *conveniencias*, que tienen el privilegio de empobrecer á los ricos y atormentar á los pobres.

La moda es la gran red donde se prenden, sin saberlo, las almas pequeñas, y donde á sabiendas se dejan prender las otras almas.

Un escritor de nota asegura que todo cuanto se concede á la moda se quita de ordinario

á la razon; y una escritora apreciable tiene la debilidad de confesar que las mujeres acariagian la moda porque les proporciona cada mes una nueva juventud.

En el concepto de esta señora, la moda no es otra cosa que un recurso de la vejez.

O lo que es lo mismo, las jóvenes bellas son cómplices inocentes en las asechanzas que ponen al tiempo, y á los defectos físicos las que no son jóvenes ni bellas.

Las primeras, creyendo favorecerse á sí mismas, favorecen los planes de sus enemigas.

Porque todo el mundo sabe quiénes son las enemigas de la juventud y de la hermosura.

Las segundas, acrecentando hasta donde es posible sus escasos atractivos, disminuyen cuanto es dable los atractivos de sus rivales.

De donde se infiere que la juventud y la belleza deben siempre mirar con prevencion la despótica influencia de la moda.

El dia en que la moda se circunscriba á las personas que de ella necesitan, está asegurado el imperio de la cordura.

Entónces la belleza se dividirá en dos clases principales: belleza de buena ley y belleza falsificada.

La falsificacion de la belleza será á su vez un crimen penado en el código del buen gusto.

La pena que se le imponga será EL RIDÍCULO.

CAPÍTULO XV.

LAS TERTULIAS.

I.

Las tertulias son unos espectáculos gratis, cuya parte principal constituyen las mujeres.

Las tertulias de hombres solos, que, segun la diversidad de casos, se llaman academias, liceos y congresos, no entran para nada en estos APUNTES.

Estas tertulias vienen á ser la degeneracion de la especie.

La primera de que da razon la historia se remonta al Paraíso.

Aquella tertulia que se celebró á la sombra del árbol de la vida, dió de sí consecuencias que se han perpetuado, á traves de los siglos y de las edades.

Casi todas las tertulias posteriores han tenido tambien sus consecuencias.

Si la invencion de ese recurso social pudie-

ra atribuirse á un hombre, el amor le hubiese elevado estatuas; y tal vez el amor se hubiera encargado tambien de derribarlas.

Porque las tertulias son el cielo, el purgatorio y el infierno del amor.

No hay dos tertulias que se parezcan absolutamente; pero tampoco hay dos que difieran de una manera esencial.

En las brillantes *recepções*, como ahora se dice, y en la modesta *reunion*, idénticos son los actores y casi idénticas las escenas: varían las decoraciones, los trajes y las horas.

Hubo un tiempo en que para conquistar el cariño de una bella era preciso demostrar apostura en un torneo, manejar con primor todas las armas, y dejar tendidos en la arena tres ó cuatro contendientes.

Es decir, que entónces cada caballero se ganaba *por sus puños* el amor.

Parece mentira; pero hoy existen esos torneos, esas armas y esos contendientes: solamente se ha suprimido la cuestion de *puños*.

A los circos han reemplazado los salones; á las armas de acero, el acero de la lengua; á las victorias del valor, los triunfos de la galantería y del talento.

Las tertulias vienen á ser una especie de *bolsin* del amor.

En ellas cada cual va á su negocio.

En ellas, como en el bolsin de los efectos públicos, abunda *el papel*.

Este papel suele ser de color de rosa ó verde en los centros de modistas y estudiantes.

Suele ser *papel* mojado cuando se trata de bellezas más altivas.

Suele ser *papel* ridículo cuando lo autoriza una firma que no corre en el comercio del amor.

En todos los casos, semejantes papeles son de muy difícil cotizacion.

En el bolsin del amor existen, como es natural, los *agios* y los *intereses*.

No faltan jugadores que se afanen por una *prima*, y los hay tambien que buscan á quien *endosar* algun documento de giro cuyo valor está en baja.

En una cosa se parecen todos: en su cariño á los *vales* y en su aficion á los *titulos*.

Los *billetes* varían mucho de estimacion, segun el Banco que los emite y el portador en quien paran.

Para penetrar con fruto en el bolsin del amor son indispensables mucha suerte y gran conocimiento de la *partida doble*.

De lo contrario, el caudal del corazon se expone á graves quebrantos. Y si una vez se declara en quiebra, difícilmente logra rehabilitarse.

II.

— Las tertulias son el cielo, el purgatorio ó el infierno del amor.

Para las almas que se comprenden y se comunican en el misterioso idioma de los ojos, y viven allí la una para la otra, engarzados los pensamientos como lo están los corazones, el salon es un trasunto del Edem: la atmósfera que lo llena embriaga de felicidad: todas las voces parecen simpáticas; todas las conversaciones son agradables, porque ninguna se escucha.

Para el amor desconfiado é intranquilo que ve en todas partes riesgos, que sueña infidelidades, es purgatorio el salon: las horas pasan con lentitud: todas las voces son *ruido*, todas las conversaciones son indiferentes.

Para el amor celoso ó despreciado que halla en todas partes tormento; que no *sueña*, sino *siente* la realidad de su infortunio, el salon es un infierno: todas las voces son gritería que lo aturde, todas las conversaciones le son insoportables. ¡Cruel sociedad, que obliga á sonreír cuando derrama lágrimas de fuego el corazón!

Para una multitud de madres de familia y

de concurrentes *desinteresados*, el salon viene á ser el *limbo*.

Si han de apreciarse debidamente todas las circunstancias y pormenores de los espectáculos grátis que se llaman tertulias, es conveniente pertenecer á los susodichos moradores del *limbo*.

No es esto decir que el escritor deba ser madre de familia; le basta modestamente ser un espectador *desinteresado*; esto es, ser un espectador que *no toma cartas* en el negocio.

Un espectador de esa naturaleza descubre desde luégo condiciones y caracteres que son comunes á todas las tertulias; y accidentes particulares, externos, como si dijéramos, que las separan y distinguen.

Procedamos con método.

III.

En todas las tertulias propiamente tales, hay mujeres.

En todas las tertulias las mujeres se reciben y despiden entre sí con una salva de besos.

Esos besos de mujer
Tienen mucho que entender;

ó por mejor decir, no tienen nada que entender, porque nada significan; harto sabido es de todos, sin que lo hubiera dicho un escritor, que dos mujeres pueden estrecharse cordialmente entre sus brazos y aborrecerse en tanto con la más profunda cordialidad.

Una mujer que tiene los ojos fijos en determinada persona, ó que procura con estudio apartarlos siempre de ella, da derecho y ocasion á idéntica conjetura.

Dejamos á la Bruyère la responsabilidad de la observacion precedente.

Como descargamos sobre Alfonso Karr una parte de peso de la observacion que sigue.

Cuando unas mujeres hablan de otras en público, debe tenerse en cuenta la propiedad de su vocabulario.

Para ellas una mujer *bien formada* es la negacion de la belleza y quizá de la figura: aplican de ordinario esa denominacion á las marcadas de viruelas ó poco afortunadas en ojos, boca ó cabello.

Una *buena señora* supone edad más que regular, grosura más que mediana, y parálisis de entendimiento ménos que tolerable.

Una *jóven graciosa* es de ordinario una criatura casi microscópica; que se recomienda solamente por su sonrisa ó por su mirada.

Una *señorita muy fina*, suele ser una desgra-

ciada que no saldria á la calle si consultase el espejo imparcialmente.

Una *señora muy amable*: hé aquí una galantería que nadie debe apetecer para su esposa ni para su hermana.

Una *excelente persona*: esta frase asegura Alfonso Karr que no se atreve á traducirla; líbrenos Dios de acometer empresas que juzga Alfonso Karr insuperables, ó cuando ménos difíciles, ó cuando ménos *inconvenientes*.

IV.

En toda tertulia deben distinguirse dos partes principales: la base, digámoslo así, el núcleo; y la sociedad flotante, las capas que van adhiriéndose en el trascurso de las horas y en dias determinados.

La seccion *base* suele murmurar á primera hora de la seccion *flotante*; despues suelen murmurar de consuno ambas secciones.

Tratándose de la murmuracion, existen algunos errores que conviene rectificar.

No hay un elogio más discreto para la mujer á quien se ama, que rebajar el mérito de otras mujeres, máxime si realmente lo tienen.

Esta es una opinion en que están acordes

todos; pero esta unanimidad no se opone á que la opinion sea inexacta.

Y lo es en efecto.

La mujer á quien se ama puede ser discreta ó puede no serlo.

En el primer caso, las ofensas inferidas á las otras mujeres, solamente le probarán que hay hombres capaces de ofender al sexo débil, capaces de enviar á la vanidad por mediadora para lograr sus propósitos. Y quien tiene que excitar una pasion para conseguir un afecto, da muy escasa idea de sus propios merecimientos.

En el segundo caso, si la mujer no es discreta, es inútil el artificio; porque ó no comprenderá la intencion del que murmura, ó creará de buena fe, como simple verdad histórica, las apreciaciones que escucha.

De todas suertes la complacencia que produzca en una mujer la enumeracion de las faltas que otra tiene, no es un paso de gigante para interesarla en favor de quien las enumera.

Una pieza de música es agradable, si es buena, aunque proceda de las manos de un jorobado: la armonía del instrumento podrá causar entusiasmo, y repugnancia la figura del que toca el instrumento.

No olviden este símil los que se proponen

llegar á la conquista de una belleza sobre las ruinas de otras bellezas ausentes.

Otra observacion. Semejante conducta arguye cobardía, y las mujeres de talento se rien de los cobardes.

V.

Todas las tertulias se parecen entre sí: en el salon aristocrático que deslumbra por su lujo, y en la modesta pieza de confianza que consuela y alegra por su amable sencillez, las mismas intrigas, los mismos recursos, idénticos incidentes.

En todas partes hay mujeres distraidas; en todas partes tiene aplicacion el consejo de un escritor, que dice: «desconfiad de la mujer distraida; es un lince que os observa.»

En todas partes hay su cielo, su purgatorio, su infierno, y hasta su limbo.

Las tertulias vienen á ser el gran gimnasio de la galantería.

La galantería se divide en natural y artificial.

La primera no se aprende: la segunda está escrita en los manuales *de urbanidad, el hombre fino al gusto del dia*, etc., etc.

La primera consiste en no hacer ni decir

nada inconveniente; la segunda consiste en no tener inconveniente para decir y hacer todo lo que en los susodichos libros diz que se halla escrito.

La galantería de buena ley dice lo que piensa; la galantería artificial piensa lo que dice.

En la primera podrá el hombre exponerse á parecer actor; en la segunda inútilmente quiere el actor aparentar la naturalidad del hombre.

Las mujeres de talento distinguen estos dos géneros de galantería, como distinguen en los bazares el oro fino del dublé, y la esmeralda del vidrio verde.

Sucede con harta frecuencia que las frases de galantería se utilizan para excusar acciones más ó ménos aceptables al buen tono; y en este caso la galantería no es ni más ni ménos que una impolítica *agradable*, ó como si dijéramos, un pedazo de carbon engarzado en preciosas filigranas.

—«Señora, ¿molesta á V. el olor del tabaco?»
—preguntaba en cierta ocasion á una dama de gran porte, cierto compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un buen rasgo de galantería para el vulgo de las gentes.

—«Caballero, ignoro si me molesta, porque nadie ha fumado nunca delante de mí,»—con-

testó la dama de gran porte al compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un epigrama capaz de agostar todas las flores mecidas por el viento de la vanidad en los espacios imaginarios de la pseudo-galantería.

Entre todas las ciencias *sociales*, la galantería es la ciencia más esencialmente difícil.

VI.

La música y el baile son ordinariamente dos vetas muy principales de la gran mina que se llama *Tertulia*.

Respecto al baile, no tenemos postdata alguna que añadir á lo que expusimos en el capítulo correspondiente.

Respecto á la música, adviértase que, léjos de reputarla *el ménos desagradable de los ruidos*, como cuentan que la reputaba Napoleon, la tenemos por un *ruido* utilísimo en determinadas circunstancias.

Mil veces la música terrestre arrancada al piano por unos dedos de ángel, evita la *música celestial* arrancada á la insipidez por la coquetería.

Mil otras veces en las dulcísimas melodías del instrumento vierte raudales de ternura una

alma apasionada; raudales de ternura que van, á traves de la multitud, á inundar el corazon del más silencioso de los concurrentes.

¡Felices los que de esta suerte saben y logran comprenderse! ¡Felices los que en el lenguaje arrebatador de la armonía pueden gozar con su *secreto á voces!*

Es observacion constante: una mujer enamorada toca y canta de una manera singular; no es tarea fácil describir en qué consiste esa manera singular; pero el oído ménos práctico la alcanza; el corazon más duro percibe su influencia; y es porque, como dice Balzac, el amor será siempre la más grata y conmovedora de todas las melodías.

El sentimiento innato de esta verdad está grabado en el fondo de nuestra alma.

Antiguamente figuraba entre los recursos de la sociedad la inocentada de *las prendas*.

En el azar de *las prendas* solian *prenderse* más de cuatro voluntades. Y ocasiones habia, á juzgar por las historias, en que era el corazon la prenda que se entregaba, y en que á propósito se delinquia por el placer de someterse á la sentencia.

Nuestros venerables antepasados, que eran personas de tantas y tales *prendas*, nos legaron con las *prendas* de sus juegos la manera de desnaturalizar sus inocentes *juegos de prendas*.

VII.

Hay en todas las tertulias un incidente común, que tiene gran importancia, mayor aún que la entrada de un individuo nuevo en tal ó cual corporación; nos referimos á la entrada de un nuevo concurrente.

Este acto solemne se llama *presentacion*.

La *presentacion* lleva consigo más ó menos fórmulas, va ó no precedida del anuncio oficial, segun los grados á que suba en cada recinto el termómetro del buen tono.

Países hay en Europa en que dos personas que no han sido recíprocamente *presentadas*, se ven un año, y dos y diez, y no llegan ni al umbral siquiera de la amistad.

El bautismo de la amistad no se adquiere allí sino por medio de la *presentacion*.

En España casi todas las *presentaciones* son meramente *oficiales*; son el cumplimiento de una ceremonia prescrita en el ritual de la sociedad.

Sucede con mucha frecuencia que el *presentado* suele tener con algun individuo de la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido *presentante*.

En estos casos, las *presentaciones* son una in-

vencion semi-diabólica de la astucia contra la vigilancia.

No se necesita poseer un talento extraordinario para advertir desde luégo qué presentaciones son un giro á la vista *de valor entendido*, y cuáles son presentaciones inofensivas, de aquellas que sólo pueden producir este resultado: *un conocido más*.

De todas suertes, la *presentacion* de un concurrente preocupa á todos en sentido muy diverso.

Hay amantes *felices* que la temen.

Hay corazones *sensibles* que la desean.

¡¡¡Tal es el mundo!!!

CAPÍTULO XVI.

LA EDAD.

I.

Al leer este epígrafe habrá tal vez quien juzgue que nos decidimos por los *misterios*.

Porque vulgarmente se cree que la edad es el gran *misterio* de las mujeres; el secreto que con más empeño guardan.

Parece mentira que á tal extremo llegue la creencia vulgar, ó más bien lo vulgar de la creencia.

La cuestion de edad presenta dos aspectos: el de los años y el de los atractivos.

El primero, como las mujeres no entran en quinta, tiene escasísima importancia: el segundo influye de una manera casi siempre decisiva.

Preguntar por los años de una mujer que conocemos, es el mayor testimonio de insipidez: no parece sino que se trata de poner el *visto bueno* de la belleza y de las buenas do-

tes á continuacion de la partida de bautismo.

Siempre que conste que la mujer está bautizada, no hay papel más inútil para su amante que la partida de bautismo.

Este documento sólo sirve para medir lo pasado, y el amor se cuida de lo presente y vive para lo porvenir.

La edad de una mujer es la que se revele en su semblante, ni más ni ménos.

De aquí procede que existen mujeres con mucha más edad que años; y otras, por el contrario, que tienen muchos más años que edad.

Y es que *la edad* y los *años* no son para nosotros palabras idénticas. El que de esta paradoja se escandalice, tenga resignacion, y sufra y lea.

La edad es una ilusion como otra cualquiera.

¡Si al ménos fuera un dato para calcular por los años que se *suman* los que *restan!*

Pero ni esa aplicacion admite; que es harto frágil la naturaleza humana.

La edad no la constituyen los años que han corrido, sino las huellas que han impreso.

La mejor edad es aquella en que se logra inspirar más amor.

Un amor que se sujeta á programa, está muy léjos de serlo; y se sujetaria á programa el amor en el momento en que ajustase la cuenta de

los años; que ni aún los años debe *contar*, por no *contar* nada, el amor puro y sincero.

Es cierto que no basta ser bella sin ser jóven; pero es todavía más cierto que no basta ser jóven sin ser bella.

De donde se deduce que la belleza sin la juventud *ha sido y es*; al paso que la juventud sin la belleza, ni *ha sido, ni es*; y amén de todo, causa horror el pensar *lo que será*.

¿Cuál es el límite de la juventud de una mujer? Probemos á fijarlo.

No hablemos por ahora de *los años*, que, como dice el proverbio, es conversacion de gente ordinaria.

El sistema de contabilidad es muy necesario, tratándose de los *años económicos*; pero tratándose de los *años de edad*, todas las fórmulas sobran: no hay para qué molestarse en la cuenta y razon; nadie ha de robarnos ese capital; ni regalado que lo ofrezcamos habrá casi nunca quien lo acepte.

Y decimos casi nunca, pues circunstancias hay en la vida en que compraria el hombre á peso de oro más años de los que, con oro encima, endosaria cualquiera mujer que pasase de treinta y cinco.

En el mercado de los años no caben trasferecias; suelen caber, sin embargo, rebajas *proporcionales*.

Es una observacion muy curiosa: apenas existen mujeres de cuarenta ni de cincuenta años: la gran mayoría *vive* en los treinta hasta *llegar* á los sesenta.

II.

El corazon no envejece; sin embargo, la frente se arruga, y se marchita el arrebol de las mejillas, y desaparece la esbeltez del talle. La vejez del cuerpo no es ni más ni ménos que la carencia de encantos. La lucha entre el corazon, que no envejece, y los encantos, que no subsisten, es horrible.

Tiene razon el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son más que bellas.

La nieve de la cabeza no puede extinguir el fuego del pecho: hé aquí una juventud *vieja*.

Pero en el combate de los sentidos y de las gracias con el gigante que se llama tiempo, la victoria tarda mucho en decidirse.

Ese *mucho* es la vida del amor, es la juventud. La juventud dura tanto como los atractivos; tanto como el derecho y la fortuna de inspirar amor.

Cuando no hay gracias que luchen con el gigante que se llama tiempo, la victoria se de-

cide desde luégo; ó, por mejor decir, no hay victoria, porque no hay combate.

Triste es entónces la vida del amor; triste es la juventud: la ejecutoria de los pocos años sólo sirve para hacer más amargo el porvenir: hé ahí una *vejez jóven*. II

La frontera entre la juventud y la vejez está marcada con carmin y con albayalde.

Cuanto mayor es el brío con que una mujer acude á los recursos del arte, es tanto más fatal y más alarmante el síntoma.

Cuando me sirven un vaso de agua, dice, si mal no recordamos, Alfonso Karr, y añaden por gran recomendacion que es agua destilada, recuerdo involuntariamente el estado en que el agua se hallaria ántes de la operacion.

Cuando se ve una mujer hermosa que hace veinte ó más años que ya lo era, la estética se rebela contra el calendario; parece imposible que aquella mujer sea vieja.

Cuando se ve una mujer que empieza á no ser hermosa, y que promete serlo ménos cada dia, la estética se oculta; parece imposible que aquella mujer sea jóven.

Tan cierto es que en arquitectura hay ruinas de edificios muy antiguos que tienen infinitamente mayor precio que los edificios nuevos.

III.

—¿En cuántos períodos puede dividirse la edad de la mujer?—En todos cuantos quiera el curioso lector.

Los más importantes suelen ser para el mundo: el de las ilusiones, el del amor y el de la amistad.

El primero comienza con los albores de la razón.

Las niñas son unas mujeres pequeñas; porque es de saber que las mujeres, según la aventurada expresión de un escritor, desde la edad de seis años sólo crecen en dimensiones.

En esa edad empiezan á amar á sus muñecas, y las tratan como á hijas; más tarde suelen casarse y tratan á sus hijas como á muñecas.

Tantas y tales son las vueltas del mundo.

Hoy se divierten vistiendo y desnudando las muñecas que acarician en sus brazos infantiles; mañana acarician en sus brazos maternos otras muñecas que se visten y desnudan solas. Entre unas y otras caricias median sólo algunos años; media un espacio vacío: el espacio que debió ocupar la *educación*.

Ese vacío se notará ya en todos los períodos;

que mientras él exista, ni el amor puede ser ordenado ni la amistad duradera.

La mujer virtuosa, educada sólida y cristianamente, tiene tres fases principales en su edad, tres fases de las cuales vienen á ser las segundas reflejo de la primera: hija, esposa y madre.

Esto parecerá una antigualla; pero entre parecerlo y serlo hay gran diferencia; tanto como entre los años y la edad.

Decíamos ántes que el corazon no envejece; tampoco envejece la virtud.

Por eso tiene razon el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son más que bellas.

Dicen que al desaparecer la juventud, brota en las mujeres el instinto de amistad hácia las otras.

Podrá ser cierto; pero hasta ahora se habia creido que las ideas de benevolencia, de ternura, y aún de magnanimidad, se conformaban mejor con el carácter de la juventud.

Nosotros, que no creemos, háyalo dicho quien quiera, que la amistad de dos mujeres sea siempre el complot contra una tercera, negamos desde luégo la exactitud absoluta de la máxima anterior.

Lo que sí creemos, con el gran poeta Byron, es que no hay cosa más *incierta* que el número

de años de las señoras que se dicen de *cierta* edad.

Pues justamente esas señoras son de ordinario las ménos expansivas y dispuestas á los sacrificios de la amistad.

Si se nos obligase, por último, á descender al terreno de la aritmética, y se nos preguntara cómo influye la edad en el amor de las mujeres, no tendríamos inconveniente en responder:

Antes de los veinticinco años hacen muchas conquistas en un día, todas fugaces; despues de los veinticinco años, hacen en muchos dias una conquista, y aquella prevalece.

CAPÍTULO XVII.

EL LLANTO.

I.

«*Dum femina plorat, decipere laborat.*»

«En llanto de mujer
No hay que creer.»

Hé aquí dos proverbios, uno en latin y otro en castellano, que el vulgo repite ordinariamente.

O mejor dicho:

Hé aquí dos *vulgaridades ordinarias* repetidas en latin y en castellano.

Cuando la mujer quiere engañar, tiene recursos más poderosos que el llanto.

Porque al fin el llanto altera sus ojos y marcha la lozanía de sus mejillas.

A los que crean en la verdad de los proverbios citados, diremos, aún á riesgo de parecer *retruecanistas*: «es imposible llorar sin *llorar*.»

No negaremos, sin embargo, que hay lágrimas de los ojos y lágrimas del corazón.

¿En qué se distinguen? La ciencia de LA MUJER, tiene sus misterios: éste es uno.

Pero las lágrimas de los ojos son también lágrimas. Nadie llora sin *llorar*.

En la esfera de un reloj nunca se mueven las manos por sí solas, si el mecanismo interior no les imprime el movimiento.

El semblante es la gran esfera de la humanidad.

Hay lágrimas que son el jugo emponzoñado de la ira: no hablamos de esas.

Hay lágrimas que son la lluvia suave y benéfica en que se resuelven las tempestades del corazón.

Esas son las lágrimas que los poetas llaman con justicia *rocío del cielo*. ¡Dichosos los que las tienen!

¡Beati qui lugent!

Las lágrimas vienen á ser un tesoro cuyo precio no es dado á todos calcular y comprender: son, como dice San Agustín, la sangre del alma.

No hay seres más desgraciados en la tierra que los seres que no lloran.

Para ellos no tiene el catecismo más que siete bienaventuranzas.

Los que no lloran no saben lo que es con-

suelo; ignoran lo que es sentir. La más dulce de todas las simpatías es la simpatía de las lágrimas.

Nada liga tanto los corazones, decía un escritor de primer orden, como el placer de llorar juntos.

Vosotras, almas privilegiadas, que en las tranquilas horas de la noche habeis llorado vuestro bien perdido ó vuestro amor ausente, responded á los que se burlan del llanto: llorad por ellos.

II.

Surca los mares el bajel, corre, se aleja, desaparece, y acá en la orilla una mujer lo sigue con atenta mirada; la mirada de aquella mujer se nubla lentamente, y el nublado de los ojos se deshace en lágrimas. Aquella mujer es una madre: es inútil preguntar quién parte en el bajel: los que no saben llorar no pueden conocer el valor de aquellas lágrimas.

A la caída de una tarde serena y melancólica, unos ojos de mujer, bellos como la sonrisa de la aurora, y apacibles como la brisa de los campos, se fijan en el confin del horizonte; quisieran traspasarlo; quisieran ver más allá; quisieran llegar adonde llegan los ojos del alma. ¡¡Imposible!!

Entónces una lágrima de fuego se balancea en los párpados; parece que tiembla por el riesgo de revelar un secreto; pero en la cárcel de los ojos no cabe perla de tal precio, y rueda por la mejilla: el primer rayo de la luna que luce esplendente sobre el azul del firmamento, viene á secarla con su beso de amor.

¡Amor! ¡amor! ¡Los que no saben llorar, no saben lo que significa esa lágrima; no saben lo que es amor!

¡Los que negais la fe de las mujeres; los cobardes que las aduláis para engañarlas, decid cuántas veces en esas mismas revelaciones escritas que arrancasteis quizá á la inexperiencia, no habeis hallado la huella de una lágrima! De cierto esa lágrima nada os ha dicho; porque el lenguaje de las lágrimas no lo entienden los corazones de arcilla.

Para vosotros es un axioma la vulgaridad aquella que dice:

«En llanto de mujer
No hay que creer.»

III.

Tambien se llora de alegría; en ese caso las lágrimas no son la lluvia en que se resuelven

las tempestades del corazón; son el grato rocío que esmalta los pensamientos más puros y delicados del alma.

Stendhal lo ha dicho: las lágrimas son el extremo sonreír del amor.

Y lo son, en efecto, cuando el amor late oculto y reconcentrado; cuando no se evapora en frases estudiadas.

Una lágrima entonces es la condensación del riquísimo perfume del amor; de ese perfume que más se purifica cuanto más se guarda.

Una lágrima es siempre la expresión esencialmente poética de los sentimientos íntimos del alma.

Ella sola habla más que todas las declaraciones; más que todas las fórmulas artificiales de la elocuencia humana. ¿De qué le sirve á una mujer de talento y de corazón resistir ó disimular, si no puede guardar con llave el depósito de las lágrimas?

¿De qué le sirve á un hombre apasionado toda la fortaleza de su espíritu, toda la gravedad de su carácter, si una lágrima á hurtadillas lo denuncia?

Porque también los hombres lloran, y los de más valor lloran ántes. Sucédeles alguna vez que las lágrimas no brotan de los ojos; no se exteriorizan; entonces caen como una lluvia de plomo en el corazón.

El llanto interior es horrible.

Así como nadie vierte lágrimas sin llorar,
así muchos lloran sin verter lágrimas.

¡Desgraciados!

Lloran con amargura; y no hay quien vea
su llanto; no hay quien lo enjague.

Están tristes, y no hay quien los consuele.
Les falta una bienaventuranza.

¡Beati qui lugent!

IV.

El llanto más digno de respeto es el llanto
del dolor.

Si el amar es, como dice una escritora, ha-
cer un pacto con el dolor, el llanto del dolor
y el del amor vendrán á ser uno mismo.

Las escritoras en este punto están acordes.

El amor, dice Mad. Cottin, suprema felici-
dad acá en la tierra, necesita, para ser fuerte
y duradero, que le preste sus lágrimas el do-
lor; hijo de la melancolía más que del gozo,
nunca es más pura y más ardiente su llama
que cuando se enciende en unos ojos anega-
dos por el llanto. Amor sólo es eterno cuando
se alimenta en la tristeza.

Porque el amor es triste, como dice Mada-

ma Riccoboni; cierra nuestro corazón á todos los placeres que él no da.

Porque quien dice *enamorado* dice *triste*, según el sentir de Mad. Lambert.

Porque la tristeza, en fin, es el fermento del amor.

Después de las autoridades aducidas, casi no es aventurado asegurar que el llanto del amor y el del dolor vienen á ser uno mismo: *llanto del alma*.

Al *llanto de los ojos*, de que al principio hemos hablado, suele corresponder una clase de dolor *oficial*, digámoslo así; un dolor regularizado, sujeto á fórmula, prescrito en el ritual; un dolor hipócrita.

La hipocresía del dolor es la más ridícula de todas las hipocresías.

La costumbre del luto, así en los antiguos como en los modernos pueblos, así en unas como en otras edades, se presta en gran manera á observaciones curiosas.

En casi todos los colores, del blanco al negro, ha querido simbolizar el dolor la aturdida humanidad.

¡Como si el dolor pudiera tener matiz!

En mil extravagancias de la vida, en mil ceremonias y usos más ó menos explicables, ha querido la veleidosa humanidad cifrar la expresión suprema del dolor.

¡Como si el dolor tuviese ni pudiera nunca admitir otra expresion que el llanto, *el llanto del alma!*

Para el dolor hipócrita, como ya hemos dicho, para las penas artificiales en que se interesa la cabeza, única rueda que hace mover entónces las manos de la esfera, están las lágrimas que no quemán, que no dejan surco, que no pueden dar razon del estado del alma, porque no vienen de tan léjos: *las lágrimas de los ojos.*

Entre éstas y las del alma hay la diferencia misma que entre las perlas de Oriente y las burbujas de jabon.

Distinguir las á primera vista, á pesar de tan inmensa diferencia, equivale á penetrar en uno de los principales misterios de LA MUJER.

Y quien penetra en los misterios de LA MUJER tiene mucho adelantado en el camino de la sabiduría; y si además disfruta las delicias del amor, puede dar por resuelto un gran problema; alcanza una dicha que antiguamente se juzgaba difícil, aún para los dioses del olimpo:

Amare et sapere vix deis conceditur.

CAPÍTULO XVIII.

LA MELANCOLÍA.

El capítulo de *la melancolía*, ¿debe preceder ó debe seguir al del *llanto*?

¿Llora el que está melancólico, ó cae en la melancolía el que ha llorado mucho?

Hé aquí una cuestion de *prioridad* casi tan grave como la mayor parte de las que resuelve la filosofía de ciertos sabios.

¡Quién fuera filósofo!

El autor de estos APUNTES promete dedicarse á la susodicha filosofía, y para otra edicion ya sabrá de cierto si debe anteponer ó posponer este capítulo.

Los médicos tratan de la melancolía en sus libros antiguos y modernos; dicen que se cura respirando los aires purísimos del campo, y distrayendo el espíritu ante el majestuoso espectáculo de la naturaleza.

Esos médicos, sin que se ofenda por ello la

respetable clase, saben muy poco de achaques del corazón; no es esto decir que no conozcan los remedios científicos que deben aplicarse en las diversas enfermedades de esa víscera.

No todas las palpitations del corazón degeneran en lesiones orgánicas. Mejor curan los doctores las palpitations que se perciben en el exterior, que las que agitan al pobre enfermo en el espacio más recóndito del pecho.

Para ese mal no bastan los recursos de la ciencia.

Lo que no logran los libros de Hipócrates y Avicena; lo que no se alcanzaria con todos los simples y compuestos de la antigua y de la nueva farmacopea, lo logra una mirada de ternura, lo alcanza un suspiro de amor.

¡El campo! El campo es el magnífico alcazar de las almas melancólicas; allí cuentan sus penas al aura que las acaricia, y acrecientan con sus lágrimas el caudal trasparente de los arroyos.

La melancolía es una enfermedad del espíritu. Los enfermos que la padecen anhelan sobre todo la soledad.

Cuando una mujer siente disgusto y malestar en medio de la multitud, de cierto se halla enferma; su dolencia no está en los nervios, está en el espíritu. La melancolía se cura ó se agrava en la soledad.

La melancolía es un padecimiento á que, por lo regular, no están sujetas las almas vulgares; la melancolía y la soledad se han comparado á un desierto, donde no se puede subsistir sin provisiones.

El oasis de ese desierto es la esperanza.

Nunca estoy más acompañado, solia decir un héroe romano, que cuando voy solo; nunca hablo más que cuando callo.

Nunca es más formidable una mujer que cuando calla; nunca está más angustiada por la soledad del corazon que cuando evita la sociedad de las gentes.

La soledad es la atmósfera donde respira la melancolía.

A corazones heridos, sombra y silencio, ha dicho Balzac.

Unicamente en la soledad puede hojearse sin riesgo el libro del corazon.

Los que nunca han vivido en la soledad concluyen por conocer á los otros y no conocerse á sí mismos.

Quien no ha vertido lágrimas en la soledad, no sabe cuáles son las lágrimas verdaderamente amargas.

La soledad es el egoismo supremo del dolor.

Viviendo entre la multitud puede vivir sola una mujer.

Este fenómeno se verifica en dos ocasiones:

cuando ama ó cuando sufre; ó más bien en una sola: cuando ama.

II.

La melancolía se presta á veces á la caricatura.

La caricatura de la melancolía se llama *pseudo-sentimentalismo*.

El *pseudo-sentimentalismo* es una enfermedad de la cabeza; no puede, pues, confundirse con la melancolía, que es una enfermedad del espíritu.

La melancolía es el triunfo del corazon sobre los sentidos.

La alegría del rostro suele ser el triunfo de los sentidos sobre el corazon.

Cuando el amor es manantial de *sentimientos*, suele producir la melancolía: cuando es sólo manantial de *sensaciones*, suele ocasionar tristeza.

Entre la melancolía y la tristeza hay gran distancia: la distancia que media entre la cabeza y el corazon.

Un alma melancólica está dispuesta á todos los sacrificios; un alma triste no está dispuesta sino á recibir consuelos.

Hay en la melancolía una mezcla indefini-

ble de placer y de amargura: la combinacion del sentimiento y la tranquilidad que se bosquejan en la palidez.

Porque la palidez es de ordinario el signo exterior de la melancolía.

Es necesario que á través de la epidérmis se dejen percibir el alma, la pasion y el dolor; y el alma, la pasion y el dolor son pálidos, segun el insigne Lamartine.

La palidez, ha dicho una escritora, diviniza la belleza de las mujeres y ennoblece la de los hombres.

Cuéntase que en los tiempos del romanticismo abundaba la palidez artificial.

Así se explica la abundancia de carmin que hoy observamos.

Los perfumistas dan hoy salida á *los colores* que entónces se estancaron.

III.

¿Cuáles son las causas de que procede casi siempre la melancolía en las mujeres?

O la falta de amor, ó el exceso de amor. Más de una vez lo hemos dicho ya: la condicion de la mujer es tristísima; ¡condenada á esperar, á esperar indefinidamente!....

Y ¿quién ha dicho que en el alma de la mujer

no puede brotar una pasión pura, pero vehementemente; noble, pero avasalladora?

Y ¿quién ha dicho que esa verdadera enfermedad del corazón ha de salir al pulso, ni calificarse de mal de nervios, ni curarse, en fin, con récipes y con dieta?

o Campo y distracción, dicen los doctores.

Esos doctores no suelen ser fuertes en dolencias del corazón.

Amor, esperanzas; hé aquí el campo donde es preciso que respiren, no sus pulmones, sino su espíritu.

Amor, esperanzas; hé ahí el ambiente que puede volver su antigua lozanía á esas flores que se agostan.

Y cuando la mujer ama de véras, cuando engasta su corazón en el corazón de un hombre, y aquel hombre que la engañaba, al desprender su corazón desgarrar el ajeno, del cual se lleva un pedazo; cuando tal sucede, preguntamos, ¿podrá vivir serena y sonreír aquella infeliz mujer?

La melancolía, que es hija de un exceso de amor (y el amor es siempre excesivo cuando es mal correspondido ó menospreciado), nos parece la más profunda y la más legítima.

En ella existe la mezcla indefinible de placer y de amargura: el placer está en la grata ilusión que siempre tiñe de rosa los horizontes

de lo porvenir. La amargura está en los recuerdos lúgubres que siempre ofrece á la vista la sombra horrenda del dolor pasado.

¿Cuáles son los síntomas que acompañan á la melancolía?

Son tales, que no pueden nunca ni por nadie confundirse. No nos referimos á los síntomas que observan y examinan los que no ven en la melancolía sino un estado patológico: para ello remitiriamos á nuestros lectores á cualquier tratado de medicina.

La sonrisa de la melancolía tiene en sí una expresion tan vaga, tan dulce, tan misteriosa, que en ella sola se encierra mayor tesoro de sentimientos y de emociones que en libros enteros de los que produce el moderno escepticismo.

La mirada melancólica es raudal apacible de ternura, que no es dado percibir á todos los corazones; á la manera que sólo el águila puede mirar de frente el disco esplendoroso del sol.

La mirada de una mujer melancólica semeja el tibio destello del sol que se pone en un confin para alumbrar en el otro con resplandores más vivos.

¿Cuáles son los medicamentos con que se cura la melancolía?

La ciencia dice: *campo y distraccion.*

La experiencia dice: AMOR Y ESPERANZA.

CAPÍTULO XIX.

EL TALENTO.

I.

El *talento* es una palabra de que en todos tiempos se ha abusado, y de que hoy se sigue abusando más que nunca.

Todo el mundo habla del talento, y cada cual lo comprende á su manera.

Para ciertos filósofos, el talento es no entenderse unos á otros.

Para algunos sabios, el talento es no dejarse entender de los demas.

Para el vulgo de los ignorantes, el talento habla en latin.

Para el vulgo de los eruditos, el talento habla en aleman.

En Italia se calcula el talento por bemoles; en Inglaterra por libras esterlinas; en Francia por *calembourgs*, y en España por la *seriedad* de cada individuo.

Para el avaro, el talento es del color de los billetes de Banco y de los títulos del *tres*.

Para muchos políticos, el talento tiene la forma de una cartera ministerial.

Para los aspirantes á sabios, el talento equivale á unos lentes *rasos*; esto es, sin graduacion.

Para los hijos de la moda, el talento es su madre.

Para las mujeres.....

Procedamos con método.

Una cosa es el talento *de* las mujeres, y otra cosa es el talento *para* las mujeres.

Es decir, que debe distinguirse entre su talento propio y el juicio que les merece el talento de los demas.

Más claro; debe distinguirse entre el talento *subjetivo* y el *objetivo*.

Al escribir *más claro*, hemos querido escribir *más modernamente filosófico*. Son voces sinónimas.

El que crea que nos burlamos, nos juzga filósofos sin advertirlo, porque, segun Pascal, una de las maneras de filosofar, es burlarse de la filosofía.

Prosigamos.

Al hablar del talento de las mujeres no nos proponemos hablar de las mujeres de talento.

Esta segunda parte la aplazamos para otro capítulo.

En el presente sólo nos toca investigar qué

es el talento *de* las mujeres; y qué es el talento *para* las mujeres.

II.

Para que un hombre en España llegue á ser *hombre de talento*, es indispensable que empiece por ser *muy serio*.

El talento varonil no se ríe nunca.

Esta doctrina no es aplicable á las mujeres. Las más *sérias* no suelen ser las de más talento.

Se exceptúa un solo caso: cuando tuvieren motivo para ocultar la dentadura; entónces el no reírse viene á ser un buen indicio de talento.

Deduccion: las mujeres que no se rien, ó tienen muy poco talento, ó tienen un talento á prueba de cáries y de escorbuto.

Prescindamos de la risa y filosofemos. El talento de las mujeres no tiene los medios de exteriorizarse de que dispone el talento de los hombres.

Las mujeres, por punto general, no escriben libros, ni se sientan en las cátedras, ni peroran en los tribunales y en los parlamentos; ni siquiera arreglan el mundo en las columnas de un periódico.

Es decir, que no tienen el talento de los gran-

des sabios, ni el de los maestros, ni el de los oradores, ni siquiera el de los *fondos* y las *gacetas*.

Y, sin embargo, las mujeres tienen, por punto general, mucho talento.

Si el talento es la vista del alma, muchos de esos sabios, y de esos maestros, y de esos oradores, y de esos periodistas, son míopes comparados con innumerables mujeres que ni escriben, ni enseñan, ni peroran.

Dad á las mujeres los estudios y educacion de todos esos hombres de letras, ó dejad á esos hombres de letras sin estudios y sin educacion, como están por regla general las mujeres, y aquella proposicion quedará plenamente demostrada.

Entre cien hombres encontrareis dos de talento: entre cien mujeres encontrareis una sin él: hé aquí la proporcion en que distribuye el talento una escritora célebre de Francia.

Aunque por razones de equidad modifiquemos un tanto la proporcion, siempre resultará, meditando con detenimiento, que esa escritora se aproxima mucho á la exactitud.

El hombre, en la mirada de una mujer, no ve más que una mirada. La mujer, en la mirada de un hombre, lee [de ordinario hasta la última página del libro de su corazon.

La mujer, cuando soltera, tiene el talento

de *adquirir*; cuando casada, tiene el talento de *conservar*.

El hombre, cuando soltero, suele hacer alarde de calavera sin serlo; cuando casado, suele ser calavera sin hacer alarde de ello.

Y es porque el hombre tiene generalmente una idea muy equivocada del talento de la mujer.

El talento de hacerse siempre *amable*, vale por lo ménos tanto como el de escribir una novela en cinco tomos.

Los hombres de mayor talento, en la dilatada serie de los siglos, han sucumbido al influjo de una mujer; que lo diga la historia. Es un fenómeno casi constante, á partir desde el paraíso.

El talento de mirar y el de sonreír, que al vulgo parecerá muy poca cosa, no lo cambia la más inofensiva de las mujeres por el talento de formar un alegato ó de escribir *á la luna* un centenar de octavas reales.

Y es que con un alegato y ochocientos endecasílabos *á la luna* suelen quedar las cosas como estaban; al paso que con una mirada á tiempo ó con una sonrisa *inteligente*, suelen no quedar como estaban la inteligencia y el corazón del letrado y del poeta.

III.

El talento de las mujeres no debe confundirse con la erudicion, y mucho ménos con la afectacion de la ciencia.

Un poeta latino del siglo de oro deseaba, si mal no recordamos, mujer *non docta*: otro poeta, tambien latino, y tambien del siglo de oro, ha escrito este consejo: «Conviene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo.» Otro escritor, diez y nueve siglos más moderno, opina que dos talentos en un matrimonio son mucho talento para una casa sola.

Las naciones son casas muy grandes; ó las casas son naciones en pequeño.

Hace tanto la mujer que en determinadas ocasiones mantiene la paz doméstica, como el diplomático más serio de esos que con sus protocolos diz que mantienen el equilibrio europeo.

Conquistas hace el talento de la mujer que no soñára nunca el talento de sabios muy famosos.

Con mucho talento, bastante belleza y poco amor, puede una mujer, segun Fontenelle, gobernar á su capricho al hombre más altivo y más soberbio.

Y si tal triunfo consigue la mujer con poco amor, ¿qué fuera si utilizase el tesoro de su ternura?

Allá en remotas edades el talento de la mujer debia ser un talento formidable: *malicia natural* le llama Hipócrates.

Para Sócrates es más temible el amor de una mujer que el odio de un hombre.

Para Plauto, tratándose del mérito de las mujeres no cabe disputa: es inútil hablar de lo que no tienen.

Después de todo, hay que convenir en que estos sabios y todos sus imitadores, desde Hipócrates acá, si denigran al sexo en abstracto, lo adulan en concreto: si aborrecen á las mujeres en conjunto, las adoran en particular.

Esa misma insistencia con que se escribe y se habla contra las mujeres, es prueba de su poder.

Y ese poder no se conserva sin talento.

Al contemplar esta verdad, casi nos arrepentimos de algunas indicaciones que en estos APUNTES hemos consignado.

Cuando nos lamentábamos de la falta de educacion, del vacío horrible en que vive el bello sexo, tal vez conspirábamos de buena fe contra la humanidad.

¿Cuál sería el poder de las mujeres con su natural hermosura, con su talento natural, y

con la educacion y la instruccion, que vienen á constituir segunda naturaleza?

Convengamos, pues, en que si el talento de las mujeres no consiste en escribir libros, ni en perorar, ni en bagatelas por ese órden, consiste casi siempre en dominar á su placer, con la sola autoridad de sus gracias y de sus dotes, á los que escriben los libros y á los que peroran, y áun á los mismos que las vituperan y las compadecen.

En eso consiste el talento de las mujeres. Examinemos ahora en qué consiste el talento para las mujeres.

IV.

Llegamos á la parte seria del talento: fuerza será tratarla en serio.

El talento de la mujer es de suyo alegre y chispeante; el talento del hombre... ya es otra cosa.

Debemos, pues, cambiar de tono.

Ya no se trata de ese talento jovial, de esa lozanía de *esprit*, como dicen nuestros vecinos, que se revelan en unos ojos de fuego y juegan en unos labios de púrpura.

El talento de que hablamos suele revelarse á traves de un aspecto grave, y anidar debajo de una peluca.

Difícilmente se llega á ser hombre de talento sin los requisitos previos de gravedad y calvicie.

Pero esta no es la cuestion.

Se trata de averiguar en qué consiste el talento *para* las mujeres. Y justamente para las mujeres una seriedad afectada y una peluca son el polo antártico del talento.

Las mujeres prefieren, á ser posible, un talento elegante, expansivo y que no peine canas.

Y en eso hacen bien; porque muchos de los otros sabios de peluca suelen tener erudicion prestada, y de aquí resulta que por dentro y por fuera llevan vestida de ajeno la cabeza.

Las mujeres de talento distinguen muy luego á los hombres que lo tienen.

Y es natural. Así como el diamante brilla sólo al contacto de la luz, dice Petit-Senn, el talento brilla sólo al contacto del talento.

Sin embargo, ni todas las mujeres aprecian el talento de igual suerte, ni todos los hombres tienen igual clase de talento.

El talento político no es lo mismo que el filosófico: el talento de academia difiere del de salon.

Sabios hay que escriben libros hasta en folio, y que en presencia de una dama cometen inconveniencias y sandeces del tamaño de sus libros.

Profanos hay á toda materia científica, que con los solos recursos de su ingenio conquistan simpatías muy profundas, y áun llegan á seducir y á deslumbrar.

Los primeros son ídolos de oro forrados de estaño; los segundos son ídolos de estaño forrados de oro.

Cuando las mujeres llegan á comprender esta diferencia, aman á los primeros con la cabeza y á los segundos con el corazon.

El gran Bálmes clasificaba á los hombres de talento en *almacenes* y *fábricas*: los primeros saben todo lo que han leído; están llenos de ideas, pero todas adquiridas en los libros: los segundos leen poco y crean mucho; están llenos de ideas, pero todas elaboradas en su inteligencia: los primeros conservan y repiten lo que *han dicho* otros; los segundos *dicen* para que los demas conserven y repitan: los primeros hablan más que meditan; los segundos meditan más que hablan: para la sociedad, los primeros son más *entretenidos*, los segundos más *útiles*. Para las mujeres, los primeros son inofensivos; se declaran á todas horas y no se fijan nunca: los segundos son temibles; se fijan desde un principio y quieren ser adivinados.

Los primeros tienen su mayor complacencia en responder; los segundos son más aficionados á preguntar. Aquéllos, en fin, dicen todo

lo que saben; éstos procuran saber todo lo que dicen.

V.

Créese vulgarmente que las mujeres tienen por hombre de mayor talento á aquel que más las adula.

Podrá ser: la adulacion reúne en sí muchos atractivos; pero hay pocas mujeres de tan exigua perspicacia que confundan desde cerca la galantería con la adulacion.

Por más que á su vanidad se resista, hay ya pocas mujeres que ignoren que quien ménos las estima es siempre quien más las lisonjea. La estimacion profunda es callada y respetuosa.

Y aquí surge una pregunta. ¿Puede alguna vez consistir el talento en el silencio?

Muchas, innumerables veces.

Si dudas, calla, dijo Zoroastro.

Es preferible saber que no se dice nada, á saber que se dice lo que no se sabe.

Es preferible callar cuando hay riesgo de no ser creído.

Acerca del silencio hay muchas opiniones: desde el extremo de llamarlo *elocuente* hasta el extremo de asegurar que quien calla no dice

nada, se encuentran luchando cuerpo á cuerpo estos dos pensamientos: *quien calla otorga; negarse á contestar es contestar negativamente.*

Dejemos á los sabios la tarea de concordar estos pareceres.

En nuestro sentir, se revela el talento más bien por lo que se calla que por lo que se dice; pero añadiendo una idea: siempre que el que calla tenga probado con anterioridad que ni es mudo, ni evita por orgullo ó por temor las ocasiones de hablar.

Porque es de advertir que el talento y la prudencia se parecen mucho al orgullo y al temor.

Y precisamente no hay nada más humilde que el talento, ni nada ménos cobarde que la prudencia; como que es hermana de la justicia y de la fortaleza.

No es, pues, el que más desagrada á las mujeres el talento que calla, siempre que sea talento.

El talento que las adula, más bien las guía al agradecimiento que á la admiración.

Y si las adula de una manera exagerada, obtiene el resultado contrario.

El talento que lo habla todo es el más anti-pático á las mujeres.

El talento que habla en latin y cita en su original sentencias de Boileau ó versos de Schi-

ller y de Milton, es para las mujeres profundamente ridículo.

La caricatura del talento es la pedantería; y los pedantes sólo sirven para *divertir* un rato; pasando de media hora, se hacen ya insoportables.

Y hablar en latin y citar versos en frances ó en aleman ó en inglés delante de las mujeres, ha sido y es y será siempre rasgo gráfico de la más insigne pedantería.

IV.

Si, pues, no es para las mujeres mayor talento el talento que más las adula, ¿cuál podrá ser en este punto su regla de apreciacion?

Muy sencilla. El hombre que llega á dominar su corazon de una manera tranquila y delicada; el que las lisonjea sin ruborizarlas y las respeta sin adulacion, aquel conoce los secretos de una ciencia muy difícil; de una ciencia que no puede profesarse sin gran talento, sin un talento superior, segun parecer de un sabio, al que se exige para mandar un ejército numeroso.

Hacerse amable, más que por la fortuna de la impresion, por los recursos del ingenio y de

las grandes dotes, es para las mujeres tener mucho talento.

Y raciocinan muy bien: leer libros en pergamino y resolver problemas difíciles y brillar entre los hombres de ciencia, son títulos muy recomendables para pedir ingreso en una academia; pero con todos ellos puede un hombre carecer de talento y ser derrotado en cuestiones que lo pongan á prueba por el último colegial de una tertulia.

El amor más fuerte y más puro no es el que sube desde la impresion, sino el que descien-
de desde la admiracion.

Una admiracion muy sincera, dice Stendhal, hace decisiva la más leve esperanza.

En honor de la verdad, las mujeres se admiran muy pocas veces; las agrada más, y es natural, ser objeto de admiracion.

De todas suertes, es casi un axioma que la mujer que admira ama. El amor en este caso tiene una naturaleza privilegiada; brota con igual lozanía de la cabeza y del corazon.

En el órden regular de las personas y de los sucesos, el talento influye en el amor, pero no decide.

Puede asegurarse que en la actual prosaica sociédad el talento ocupa el tercer lugar entre las condiciones *atendibles*; sigue á la posicion y á la figura; es decir, vale ménos que un capi-

tal, que puede aniquilarse; ménos que un alto empleo, que puede perderse; ménos, en fin, que la gallardía, contra la cual conspiran hasta los guijarros de la calle.

¡Y sin embargo, el talento hace los capitales y adquiere los empleos, y sobrevive á la belleza!

¡Y sin embargo, con todos los capitales, y todos los empleos, y todas las gracias, no puede comprarse un átomo de talento!

Una pregunta nos queda todavía por hacer.

¿Es cierto que las mujeres aman alguna vez por vanidad?

Parece imposible que la *vanidad*, que, como indica su mismo nombre, es la *negacion*, pueda guiar hasta el amor; pero no nos atrevemos á responder *negativamente* á la pregunta.

El amor propio de una mujer es palanca muy poderosa; y no hay corazon que no desquicie, si tal es su propósito. Nos permitiremos, no obstante, advertir que si hay alguna vanidad disculpable y aún meritoria, es la que se cifra en avasallar al talento.

En ese caso la vanidad es un tirano, que se parece mucho á su víctima.

CAPÍTULO XX.

LA CURIOSIDAD.

I.

«La curiosidad es hija de la ignorancia y madre de la ciencia.»

¡Absurdo! La ignorancia no puede ser jamás *abuela* de la ciencia; entre una y otra no cabe parentesco.

A nadie ha ocurrido hasta ahora llamar á la filosofía hija de la ignorancia. Y la filosofía no es más que la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa.

Rectifiquemos: la curiosidad superlativa no es precisamente la filosofía: es otra curiosidad, que con remontarse hasta la primera época del mundo, ha dejado sentir sus consecuencias en todo el linaje humano.

Adam y Eva eran felices: vivían en un paraíso que inundaba de luz el sol recién suspendido en el espacio: aspiraban el aroma de mil flores, primer tributo que la humilde tierra

dirigia al cielo: sólo un precepto les impuso la Omnipotencia creadora; sólo un fruto les vedó probar.

Y Adam y Eva se envenenaron, y envenenaron para lo porvenir á toda la humanidad con el fruto del árbol de la ciencia.

Eva oyó la sugestión de la serpiente; deseó, vaciló, prevaricó: al arrancar el fruto de la rama se nos figura ver á la naturaleza estremecerse, y sonreír la serpiente: al comerlo Adam creemos oír llanto en las regiones del firmamento y risa en las entrañas del abismo.

Eva ha cometido un gran crimen, y lo ha cometido, segun el sentir de un Santo Padre, más que por depravacion, por *movilidad del ánimo*; por efecto de *curiosidad*.

La historia de las pasiones en general podrá ser la historia del hombre; pero nadie negará que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

II.

No puede definirse la curiosidad de una manera más feliz que con las palabras usadas por el Santo Padre: *movilidad del ánimo*.

La curiosidad no es simplemente el deseo de saber.

En tal caso la filosofía y la simple curiosidad serian palabras sinónimas; y ya hemos dicho que la filosofía es la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa.

De aquí procede que no todo curioso sea filósofo, y que no haya un sólo filósofo que, en la buena acepcion, deje de ser curioso.

La curiosidad de las mujeres es vicio unas veces, y otras veces necesidad.

Puede tambien considerarse la curiosidad como un efecto del sistema de educacion.

El espíritu de la mujer tibiamente alumbrado por la luz de la ciencia, ajeno á toda participacion en los grandes acontecimientos de la sociedad actual, se agita en el vacío, se mueve á lo más en el estrecho círculo que le han trazado las leyes de los hombres; y esa movilidad del espíritu, tradúzcase ó no se traduzca por preguntas, es lo que puede y debe entenderse por curiosidad.

La curiosidad de las mujeres, más que á ellas mismas, debiera avergonzar á los hombres.

Hemos dicho que la curiosidad suele traducirse por preguntas.

Convengamos ante todo en que preguntar lo que se ignora ni humilla ni avergüenza.

Esta máxima, atribuida á los orientales, es tambien propia de los occidentales y de los

habitantes del Mediodía y de los oriundos del Septentrion: es una verdad de sentido comun; y el sentido comun no tiene clima.

No son las mujeres más curiosas las mujeres que más preguntan; es decir, las interrogaciones no deben reputarse como la expresion constante de la curiosidad.

Cuando los ángeles anunciaron á Abraham el nacimiento de su hijo Isaac, su mujer Sarah se quedó escuchando detras de la puerta.

La curiosidad que escucha es, pues, la verdadera y genuina curiosidad.

Entre ésta y la que pregunta existe muy notable diferencia.

Contra la curiosidad que pregunta está la distraccion que no responde: contra la curiosidad que escucha no hay distraccion posible; el único recurso es el silencio.

La curiosidad que pregunta, oye lo que se propone saber: la curiosidad que escucha, llega á saber muchas veces más de lo que se propuso oír.

La curiosidad que pregunta, mira; la curiosidad que escucha, se oculta detras de las puertas.

La curiosidad que escucha sin ocultarse detras de las puertas no es propiamente curiosidad; es justo deseo de aprender; en este sentido se ha dicho, con razon, que quien habla siembra, y quien escucha recoge.

Y como no todo cuanto se oye puede contribuir á la enseñanza, de aquí que se haya dicho tambien, con verdad, que es tan conveniente la discrecion para oír como para hablar.

La curiosidad de las cualidades ajenas degenera en un vicio, que va casi siempre unido á otro: la murmuracion es muchas veces hermana de la envidia.

La curiosidad de la dicha ajena, en determinadas ocasiones, conduce al delito en quien la abriga y en quien la satisface.

III.

¿Aman las mujeres por curiosidad? ¿Será curiosidad gran parte de la que el mundo llama coquetería?

¿Será con frecuencia curiosidad lo que llama el mundo *deseo de agradar*?

Hé aquí una serie de cuestiones..... de palabras.

El amor puede brotar de la curiosidad: la duquesa de *Fugar con fuego* acude *por curiosidad* á una cita, y á otra; y más tarde escribe *por curiosidad*; y más tarde baja al hospital de locos; y un poco despues *se casa* (CURIOSIDAD SUPREMA).

La curiosidad es á veces chispa que puede

producir fuego; y con el fuego no se puede jugar sin el riesgo inminente de quemarse.

La curiosidad del amor se llama *coquetería*. Esa curiosidad en las mujeres coincide con la prodigalidad de lisonjas en los hombres.

En el capítulo quinto sentamos este principio: la coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

A la diversidad de llamadas no es de extrañar que corresponda la diversidad de emociones; la diversidad de emociones ocasiona la movilidad del ánimo.

La curiosidad y la movilidad del ánimo vienen á ser voces sinónimas.

El deseo de agradar es de suyo noble si se dirige á hacer la felicidad de un hombre honrado y digno.

Pero en la acepcion que el vulgo da á la frase, el deseo de agradar es la avaricia de aplausos; es la tentacion perpétua de los pródigos en lisonjas.

Y la prodigalidad de las lisonjas en los hombres coincide con la *curiosidad del amor*, que se llama coquetería en las mujeres.

El arte de agradar es el libro de texto en la escuela de las coquetas.

La curiosidad es uno de los capítulos más importantes de ese libro.

CAPÍTULO XXI.

LA FRIVOLIDAD.

¿Qué diríamos de un rico que en vez de socorrer al necesitado que acude á su puerta, lo reprendiera agriamente porque no llega á su presencia vestido de ceremonia?

Ese rico nos parecería á primera vista cruel; y recapacitando un poco, ridículo.

Pues supongamos que el hombre es ó debiera ser, en materias de educacion y de instruccion, el rico del ejemplo; y que la mujer es, y no puede ménos de ser, el necesitado: ¿qué juicio debe formarse de los sabios que rechazan á la mujer por ineducada, por ignorante, por frívola?

Esos sabios nos parecen á primera vista crueles; y sin recapacitar poco ni mucho, ridículos.

La frivolidad viene á ser la desatencion de

las cosas grandes y la curiosidad de las pequeñas.

La generacion actual escarnece á las mujeres que quieren remontar su vuelo á la atmósfera de las cosas grandes, y las escarnece porque no lo elevan de la atmósfera de las cosas pequeñas: es decir, que les veda la noble curiosidad de la ciencia, y les censura la inquieta curiosidad de la ignorancia.

La generacion actual no sabe lo que desea ni lo que pretende: está ébria de orgullo.

II.

Los hombres meditan muchas cosas frívolamente, y hablan con la mayor gravedad: las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.

Hoy puede decirse que casi todos los hombre son viejos, sí no por el rostro, por el cálculo: hoy casi todas las mujeres son niñas, si no por el semblante, por la educacion.

Los hombres son, pues, ancianos sin canas; las mujeres son niñas sin muñeca. Y como es la chochez carga de la ancianidad, y es la frivolidad achaque de la niñez, de aquí el antagonismo entre lo que un sexo medita y lo que habla el otro sexo.

Todas las mujeres tienen igual condicion y defectos iguales: todas son idénticas; se dividen solamente en morenas y rubias.

No es exacto: quien tal pensamiento ha consignado, revela una frivolidad de razon y de expresion, que excede en mucho á la frivolidad imputada á las mujeres.

Bien mirado, la frivolidad que en las mujeres puede ser un vicio de conformacion científica, en algunos hombres puede ser un vicio de conformacion intelectual.

La mujer que sin cuidarse de las cuestiones internacionales habla de trajes, de teatros y de amores, nos parece mucho ménos frívola que el hombre que forma su ocupacion principal con los amores, los teatros y los trajes, y mira como ocupacion accesoria las cuestiones internacionales que está léjos de entender, pero acerca de las cuales no se juzga en el caso de callar.

Es más frívolo que la mujer más frívola el hombre que vive sujeto al almanaque de los bailes y las reuniones, y esclavo del último capricho de la moda.

Es frívolo con circunstancias agravantes el que alimenta la frivolidad de las mujeres lisonjeando sus vanidades y aplaudiendo la ligereza de sus juicios y de sus resoluciones.

Es maliciosamente frívolo el hombre de ta-

lento que aplaude y celebra como gracias las inconveniencias que pueda dictar á la mujer su propia frivolidad.

Se dice que en este caso los hombres de talento sacrifican al placer de los ojos el placer de los oídos; ó bien que aplauden como gracia de la discrecion la que es sólo gracia del semblante, atribuyendo al ingenio lo que es obra de la belleza; pero esta razon no convence; un hombre de talento levantando falsos testimonios á la discrecion ó al ingenio, nos parece un propietario que desacredita su hacienda, ó un labrador que pone fuego á su hacina.

Adviértase, ademas, que las mujeres, á pesar de toda la frivolidad que quiera suponerseles, oyen con gran interes y creen con facilidad las palabras de un hombre de talento.

III.

¿Son las mujeres tan frívolas como realmente se las cree, como realmente son algunos hombres?

Para responder á esta pregunta debe distinguirse de clases y de condiciones: tan cierto es que no todas las mujeres son idénticas, que no es la division en morenas y en rubias la única que de ellas puede hacerse.

La mujer que trabaja para su propio sustento y el de su familia no es frívola; no tiene tiempo para serlo: la mujer que en el recinto doméstico coopera á la felicidad de la familia educa el corazon y, hasta donde es posible, la inteligencia de sus hijos; la que sin el orgullo que suele dar la posicion, ni la falsa modestia que suele afectar el orgullo, llena los deberes de esposa y de madre como cumple á la mujer cristiana, no es frívola; no puede nunca serlo.

La que prefiere á la satisfaccion de los más dulces deberes de la maternidad la tersura de su tez y la elegancia de su *toilette*, esa es verdaderamente frívola.

No lo es verdaderamente la que, reflejando en sus palabras la educacion y la instruccion que ha recibido, depone la verdad estricta acerca de las susodichas educacion é instruccion.

Es más frívola, mucho más, la sociedad que descuida la educacion y la instruccion de la mujer, que la mujer misma, á quien bajo este concepto parece que menosprecian los titulados hombres serios de la edad presente.

Es más frívola, mucho más, la *seriedad* de algunos de esos hombres, que la ligereza y la superficialidad que ordinariamente atraen sobre las mujeres la reputacion de *frívolas*.

CAPÍTULO XXII.

LA MENTIRA.

I.

«La mujer engaña por instinto», ha escrito un detractor del sexo débil; pero ese detractor da señales de no haber estudiado el instinto de la mujer.

Precisamente sucede lo contrario: la mujer es veraz por instinto; pero las condiciones sociales, el sistema de educación conspira de una manera dolorosa contra su veracidad.

Desde los primeros años de la vida, la mujer aprende á falsificarse y á falsificar las ideas y los sentimientos: andando el tiempo, la mujer miente sin saber que miente; falta á la verdad, ó la oculta, con la mayor tranquilidad, sin darse siquiera cuenta de ello.

No debe, pues, creerse que la mujer sea falsa por naturaleza, cuando lo es sólo por educación: la mujer no nace falsa, sino que se hace falsa.

Y aún examinando con buen criterio en qué consiste de ordinario la falsedad de la mujer, se descubre, más bien que malicia en el corazón, timidez ó frivolidad en las palabras.

Las mujeres, tratándose de los pensamientos de su sexo, aunque mienten, no son falsas. ¿Por qué consultais su boca, pregunta un filósofo, si no es su boca la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiracion, que ese y no otro es el lenguaje que la naturaleza les dió para responderos.

De donde resulta que á tal punto de rigor llega el estado de sitio en que el sexo fuerte tiene al sexo débil, que no le permite ni saborear el dulce fruto de la ingenuidad.

De manera que en las mujeres está próxima á verificarse la paradoja aquella de que el lenguaje es el medio de que la humanidad se vale para ocultar sus pensamientos; que es como si dijéramos: la luz se ha hecho para que el mundo viva á oscuras.

Á tales absurdos conduce la injusticia de los hombres.

Hay, pues, dos diccionarios para las mujeres: el de los labios y el de los ojos: ó sea el de las palabras y el del corazón.

Á la afirmacion en uno de estos diccionarios corresponde casi siempre la negacion en el otro: concordarlos y establecer la armonía en-

tre el pensamiento y la palabra, que es su maravilloso vehículo, será la obra de la discreción y del talento.

II.

La mujer carece de la libertad de expresión que el hombre goza sin obstáculo y sin restricciones.

Esta carencia de prudente y racional libertad obliga á la mujer á crearse un lenguaje artificial que reemplace al lenguaje hablado, cuyo uso le prohíbe el hombre con una generosidad que da compasión.

Para todas las preguntas que se refieren á cuestión de amores, la joven tiene siempre el *no* en los labios y el *sí* en los ojos: lo cual prueba que los ojos son más ingenuos que los labios.

Los hombres hemos llevado la crueldad y la ridiculez hasta el punto de exigir que las mujeres inspiren amor, y que protesten y juren que no quieren inspirarlo. ¿Qué es esto sino exigir una mentira? Las mujeres nos engañan por obedecernos.

Lo que se llama falsedad y mentira en la mujer puede definirse sencillamente «arte de comunicar los pensamientos sin descubrirlos.»

Verdaderamente, las mujeres engañan con

frecuencia á los hombres; pero más veces se engañan á sí propias. No negaremos que los engaños que las mujeres usan con los hombres pueden traer perjuicios graves; mas ¡ay! los engaños en que las mujeres incurren por sí propias, suelen ocasionarles irremediables desventuras.

Bien puede asegurarse que la galantería, tal como la entiende la actual sociedad, no es más que un juego de ficciones que ni siquiera pueden compararse con las del teatro: en las ficciones escénicas hay por lo ménos verosimilitud, y las exageraciones de la galantería son casi siempre inverosímiles.

Si con algo puede compararse el sistema de ficciones que constituye la galantería, es con un carnaval; pero debe advertirse que en los bailes de carnaval se disfraza el cuerpo y se ocultan las facciones de la cara, y en los salones en que reina la galantería se disfraza el alma y se ocultan los pensamientos.

Las mascaradas sin careta son una gravísima desgracia para la sociedad.

III.

Decía un sabio que la mentira es pecado antisocial; y decía muy bien. Por la mentira

se falta á Dios, autor de toda verdad; se falta á la propia dignidad humana, se falta á los semejantes. La mentira, que por sí es un pecado, sirve ademas de auxiliar á casi todos los pecados.

No hay mentira inocente: la que más inocente parece puede conducir á un abismo; porque allí donde en realidad no hay malicia, la malicia humana se encarga de suponerla.

La verdad ha de ser la mejor amiga del hombre, y la amiga más leal de la mujer.

Bien se nos alcanza que las mujeres no emplearian el arma de la mentira á no empeñarse en combatir, con armas iguales, á los hombres; pero es preciso que adviertan las mujeres que el arma de la mentira está de tal modo templada, que los hombres hieren con ella, y las mujeres con ella se hieren.

Se dice ordinariamente que las mujeres toman como verdades incontrovertibles las mentiras que lisonjean su vanidad; y esto no es exacto en todos los casos: las mujeres de talento no creen lo increíble; pero están siempre dispuestas á perdonar ciertas mentiras agradables que forman la base y el fondo de la adulacion. Y cuando esto acontece á los hombres de más gravedad, ¿habiamos de reputarlo como delito, tratándose de la mujer?

Ante todo, justicia; y no vayamos á consi-

siderar como privativa de la mujer una mala cualidad que aprende del hombre, y que el hombre se empeña en que no olvide.

Hablemos siempre verdad á las mujeres, y arruinaremos el imperio de la coquetería.

La mentira que en boca de las solteras puede ser funesta, es funesta de seguro en boca de las casadas. La paz del matrimonio jamas puede descansar sobre la mentira; porque la mentira es la negacion, y la negacion no es base: es el vacío.

Escuche siempre la verdad en su rededor la mujer casada, y se arruinará el imperio de la discordia en los matrimonios.

Una proposicion, y concluimos. Para convencernos de si es curable ó no la propension á mentir que el hombre tanto deplora y censura en las mujeres, ¿quereis, lectores, que hagamos un ensayo por nuestra cuenta?

¿Quereis que probemos á no engañar á las mujeres, á usar con ellas, por espacio de algunos dias, el lenguaje de la verdad?...

siderar como privativa de la mujer una mala
 calidad que aprende del hombre, y que el

CAPÍTULO XXIII.

Hablemos siempre verdad a las mujeres.
 y arruinaremos el imperio de la coquetería.

La mentira que en boca de las solteras pue-
 de ser honesta, es funesta de seguro en boca

de las casadas. EL ESTUDIO.
 puede descansar sobre la mentira porque la

mentira es la negación, y la negación no es
 pasar es el vacío.

¿Por qué las mujeres no habían de acudir á
 universidades y recibir grados y ejercer profe-
 siones científicas é industriales?

Ignoramos si algun escritor ha dirigido al
 mundo esta pregunta; lo que sabemos de cier-
 to es que la ha dirigido una escritora.

El mundo, como es natural, no ha con-
 testado.

Dotada está de razon la mujer; memoria
 tiene para conservar; entendimiento para co-
 nocer; voluntad para decidirse, y mucho co-
 razon para sentir; puede estudiar; puede sa-
 ber: que estudie y que sepa; ábranse universi-
 dades para las mujeres; confiéranseles grados:
 que ejerzan profesiones científicas é indus-
 triales.

¡No te rias, lector! El asunto es serio. No
 te asustes, lectora: se trata de una utopia.

Lector, ¿qué juzgas preferible para tu sexo; discutir con las mujeres una cuestion de filosofía ó de matemáticas, ú olvidarte al hablar con las mujeres de que existe la filosofía y de que hay en la tierra matemáticas?

Lectora, ¿qué te parece más halagüeño para tu sexo; exponerte casi siempre, tras de saber mucho latin y muchos libros, á ser vencida por un sabio cualquiera, ó tener la seguridad, sin latin y sin libros, de avasallar á los sabios de más nombre?

El mundo cuenta muchos siglos de antigüedad; y en la serie de estos siglos, las mujeres *sábias* vienen figurando como excepcion de la regla.

Descartes juzgaba á las mujeres más á propósito que los hombres para el estudio de la filosofía.

Recuérdese que no há mucho hemos consignado este principio: la filosofía es la gran curiosidad de todas las cosas, la curiosidad superlativa. Antes habiamos escrito que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

Circunscrita como está la sabiduría al sexo fuerte, el mundo científico se agita en la confusion: extiéndase la sabiduría al sexo débil, y el mundo científico se convertirá en una torre de Babel.

El secreto de las mujeres no ha sido ni debe ser nunca saber mucho, sino conocer mucho; y el mucho conocimiento no se adquiere sólo en los libros de los filósofos.

Esos libros crean de ordinario caracteres téticos y meditados, constituyen á sus apasionados en seres que se aíslan de sus semejantes, que pierden de vista el mundo de la materia por pasearse á sus anchas en los espacios de la abstraccion metafísica.

Es fuerza que las mujeres sepan que el clima de esos espacios es poco saludable; en él peligran la vivacidad del rostro y la tersura de la frente; se habla poco y se medita mucho; funciona la inteligencia y descansa el corazón.

Las que pedís sabiduría para vuestro sexo, reparad en lo que pedís; figuraos un matrimonio en que el marido resuelve problemas de matemáticas, y la mujer estudia las *categorías* de Aristóteles; ó más bien, figuraos los hijos de ese matrimonio.

Dejad que el hombre, organizado física é intelectualmente para el trabajo, cumpla en la tierra su misión; vuestras manos son muy delicadas; la vivacidad de vuestro rostro y la tersura de vuestra frente peligran en el frío clima de la abstraccion metafísica.

Dadas las condiciones de la actual sociedad, no es preciso que la mujer sea sábia; basta

con que sea discreta; no es preciso que brille como filósofa, le basta con brillar por su humildad como hija, por su pudor como soltera, por su ternura como esposa, por su abnegación como madre, por su delicadeza y religiosidad como mujer.

II.

El estudio de las bellas letras es más simpático al carácter y condiciones de la mujer.

La historia literaria de todas las naciones registra en sus páginas nombres muy ilustres de escritoras que son honra de su patria y de su sexo. Las acatamos de todo corazón: las poetisas son las flores más bellas del Parnaso; las poetisas, si realmente merecen este nombre, son las verdaderas musas vivas, son hijas legítimas de la inspiración.

En los poetas cabe falsificación, pues, aunque dice la comun sentencia que *nacen* y *no se hacen*, el mundo está lleno de vates que así nacieron para serlo como el pavo para cantar: en las poetisas apenas existe aquel riesgo; por lo regular amanece su estro revelándose en un tesoro de poesía ántes de que su inteligencia sepa los versos de que consta un soneto y las reglas á que se sujeta la asonancia.

En la poesía y en la novela, y en todas las

obras de imaginacion, la mujer ha producido frutos literarios de mérito indisputable; pero su amigo del alma y su enemigo íntimo, el hombre, ya que no del mérito *indisputable* de tales frutos, ha querido dudar de la sinceridad que los produce y de los propósitos á que deben origen.

Un libro y un baile, ha escrito cierto autor (cuyo nombre no hay para qué entregar al terrible enojo del sexo bello), viene á ser cosa idéntica: ni en el uno aparece la mujer con su espíritu, ni en el otro con su tez.

Observa Alfonso Karr con extrañeza que hay muchas mujeres que quieren más hacer versos que inspirarlos; que prefieren el carácter de falsos sacerdotes al de ídolos; que bajan del altar y arrebatan el incensario á sus fanáticos admiradores.

Consecuente con su opinion el mismo autor, ha formulado esta máxima: la mujer que se dedica á escribir, aumenta el número de los libros y disminuye el de las mujeres.

En esta serie de juicios no hallamos toda la exactitud apetecible.

La mujer que compone versos, por el hecho de componerlos no deja de inspirarlos: si sobre ser poetisa es bella y buena, no cambia por el de sacrificador su carácter de ídolo; ántes bien acrecentará sus títulos á la admira-

cion: ni arrebató el incensario á los admiradores, los cuales, si lo son de buena fe, nunca la envolverán en una nube de perfumes que la asfixie: ni, por último, la mujer que se consagra á las letras se da de baja en las filas de su sexo; que el sexo femenino dotado está de razón; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazón para sentir.

El sentimiento de lo bello, la idea de lo grande y de lo sublime brotan en el alma, y el alma no tiene sexo.

Es inútil fijarse en los signos frenológicos. La cabeza de Mad. Stäel era menor en proporciones que la cabeza de una mujer regular.

Y fué una de las *mayores* cabezas de su siglo.

III.

Mucho han escrito las literatas; pero mucho más se ha escrito acerca de las literatas. Se necesita todo el talento de las que en realidad son mujeres de talento, para no abatirse y sucumbir ante esa especie de cruzada que en ciertas épocas han sostenido los críticos adustos contra las autoras de versos y de libros.

Nosotros daríamos todas las obras de esos

críticos adustos por un solo capítulo de Santa Teresa de Jesús.

Los versos y los libros que las mujeres escriben y publican, son otros tantos datos auténticos con que contribuyen á la verdadera historia de los progresos de la humanidad; son revelaciones importantísimas de los llamados misterios de su corazón.

Porque, como dice un autor moderno, las escritoras podrán tener y superar el talento de los hombres; pero les queda siempre el corazón de mujer.

Con un talento á veces inmenso y un corazón siempre tierno y delicado, han producido las mujeres, y por dicha producen en nuestro siglo, obras literarias que no sólo aplaude nuestro siglo, sino que vivirán con gloria en los futuros.

Los partidarios de la rueca y de la aguja, entre los cuales suelen contarse filósofos muy famosos, censuran siempre el estilo de las literatas; si es dulce y sencillo, por lo que tiene, á su decir, de gazmoña hipocresía; si es vigoroso y arrebatado, por lo que afecta de ridícula virilidad: la mujer nunca escribe bien ni con verdad para los que entienden que la mujer no debe escribir nunca.

¡Injusticia notoria! Las mujeres deben tener expedito el derecho de escribir; más todavía,

algunos libros escritos por insignes mujeres parecen obras providenciales caídas en medio de la humanidad para darla avisos provechosos, para protestar contra funestas preocupaciones.

Hablamos de las mujeres á quienes hizo merced la Providencia de un verdadero talento; hablamos de las literatas y poetisas en la legítima acepción de la palabra.

Molière y otros eminentes dramáticos han ridiculizado el tipo de la marisabidilla; pero no el de la literata y poetisa; á la manera que nuestro insigne Moratin ridiculizó la mogigatería, ensalzando siempre la honradez sincera y la virtud real.

IV.

En nuestro actual sistema de educacion, y áun de vida, es muy difícil que broten mujeres de vocacion directa hácia los estudios serios; pero si brotan y se dan á conocer, serán por extremo cobardes los críticos que las desalienten, y por extremo egoistas los sabios que las menosprecien.

Creemos que una regular instruccion, ni tan presuntuosa que raye en el orgullo de las letras, ni tan humilde que toque en la ignorancia de las últimas capas sociales, basta á la

mujer para llenar sobre la tierra su noble misión de hija obediente, de esposa fiel y de madre tierna y próspera.

Como excepciones admitimos y respetamos á las ilustres escritoras que á la vez que honran á su sexo declarándolo capaz de los más altos vuelos de la inteligencia, honran á su país, y llenan las páginas más brillantes de la literatura nacional.

Así viven al traves de los siglos y de las vicisitudes Safo y Aspasia, Cornelia y Cenobia; así vivirán también las escritoras de la edad moderna.

Cuando la ciencia se engasta con la virtud, admira el mundo á Fabiola, hoy doblemente admirable como ilustrada por la pluma del gran Wisseman; á Marcela y á Eustaquia en el siglo del doctor máximo San Jerónimo: y algunos siglos despues, á la gran escritora Teresa de Jesus y á la inspirada poetisa americana sor Juana Ines de la Cruz.

Los que tienen en poco la inteligencia y las facultades todas del sexo débil, mediten siquiera un instante en esas mujeres extraordinarias.

Los partidarios intransigentes de la rueca y de la aguja, que se fijen en un libro cualquiera de Fernan Caballero, que se dignen leer una escena de *Alfonso Munio* ó un capítulo de la *Sigea*.

CAPÍTULO XXIV.

LA ARTISTA.

I.

Dice un autor moderno que las mujeres son artistas por temperamento. Como al artista, las conmueve y embriaga todo lo que brilla; como al artista, les pesa el mundo de la realidad; pero en una cosa notable exceden y sobrepujan al artista: de éste puede decirse que en el entusiasmo, en el amor mismo, no ve más que la gloria, es decir, no ve más que á sí propio: la mujer en la gloria no ve más que el amor, es decir, no ve más que á otro.

El artista ama lo bello, se entusiasma con lo bello; puede vivir y vive sólo la vida del genio, paseándose como soberano en el alcázar de oro de su imaginacion.

No así la mujer; la mujer no piensa nunca en sí sola: el *yo* de la mujer, no es como el *yo* satánico del hombre, la expresion de un individuo: la mujer no dice *yo* nunca sin pensar á la

vez en otro sér ó en otros seres que son parte de su existencia; el egoismo del hombre supone siempre la seca y fría individualidad; el egoismo de la mujer es siempre un plural sublime que no saben traducir los gramáticos ni los retóricos.

Los que creen que toda mujer es una actriz, no es mucho que se imaginen que el amor y el matrimonio son un espectáculo, donde los concurrentes compran á precio exorbitante el derecho de aplaudir y de silbar.

Si el engañar fuera instinto de la mujer, como ha dicho algun crítico adusto, convenamos en que el hombre, apropiándose ese instinto, lo ha elevado á la categoría de talento.

¿Habeis oido los dulces trinos del ruiseñor en noche serena de primavera? Toda la naturaleza está en calma: apénas mece el viento las copas de los árboles: el ambiente de los prados se purifica y perfuma con la esencia de las flores; brilla la luna en el limpio y terso azul del firmamento; y en ocasion tan solemne, como espianado el instante en que ningun otro ruido pueda turbar el reposo de la creacion y el poético misterio en que se envuelve la naturaleza, el enamorado ruiseñor, el inimitable artista de los bosques y las enramadas, interrumpe el silencio de la noche y llena

los espacios con melodías tan suaves, con ecos tan variados y melancólicos, que por él, pobre avecilla de los campos, comprende y quiere percibir el alma otras más altas, más arrebatadoras é inacabables armonías.

¿Y sabéis dónde canta y por qué canta el ruiseñor en noche tranquila de hermoso Mayo? Canta en lo más oculto del árbol; junto al nido de su compañera, cuyo sueño quiere guardar y hacer grato con sus dulcísimos trinos, con aquellas notas delicadas y aquellos tonos variados que ni humano oído ni humano instrumento son capaces de alcanzar ni de reproducir.

El ruiseñor vela cantando mientras duerme su pareja. El hombre, mientras duerme la mujer, medita en los medios de engañarla cuando despierta.

El hombre canta á la manera del ruiseñor, aunque no tan bien como el ruiseñor, al lado de su pareja; pero no es para hacerle más grato el sueño, es para que sueñe sin dormir; es muchas veces para inducirla al desvanecimiento, á la ficción y al engaño.

Cuando la mujer da un carácter artístico y teatral á su manera de ser y de vivir, no atribuyamos el fenómeno ni al temperamento ni al instinto, como dicen los autores: atribuyámoslo á que probablemente han trastornado

aquel cerebro los cánticos inoportunos de la lisonja y de la adulacion.

Pero si en vez de estos molestos arrullos han entretenido los sueños de la mujer los ecos dulces y armoniosos de la verdad, en vez de trastornarse el cerebro se habrá dilatado el corazon; y el corazon de la mujer, cuando la vanidad no lo pervierte, cuando la pasion no lo corrompe, es tesoro de nobles y tiernos y delicados sentimientos; y el sentimiento es la vida del arte.

El hombre artista, es artista una vez: la mujer artista, es artista dos veces: una, por el arte misma que cultiva; otra, prescindiendo de toda aplicacion, de toda manifestacion sensible de la belleza, por su innato amor á lo bello y á lo grande, por los magníficos vuelos de su alma, por los alientos generosos de su corazon.

II.

La mujer puede llevar con gloria sobre su cabeza todas las coronas que en el mundo simbolizan todas las majestades.

Coronas de oro y pedrería que representan la majestad del poder; coronas de laurel que representan la majestad del genio; coronas de

flores que representan la majestad de la virtud triunfante.

La historia responde por nosotros: en todas las edades hay escrito el nombre de alguna gran reina: en todos los anales religiosos hay escritos nombres de inmortales heroínas de la fe: en todas las esferas del arte, en todas las manifestaciones de la belleza aparece, difundiendo resplandores de luz, el genio de la mujer.

Si es verdad que hay en su corazón, como dice algún apologista, una fibra de más, la fibra del sentimiento; si es verdad que la mujer piensa y quiere y obra con el sentimiento, no hay por qué nos maravillarnos de que el arte y la mujer sean hermanos gemelos.

¿Qué mucho, preguntan algunos espíritus vulgares, qué mucho que os parezcan admirables algunas actrices, si á la mujer, para ser gran actriz, le basta con ser mujer?

Los que tal dicen, ni conocen gran cosa las dificultades del arte escénico, ni dan señales de ser mucho más fuertes en achaques de sentimiento.

No hay nada más admirable que la habilidad de una actriz que sea buena actriz, por lo mismo que no hay nada más distante entre sí que las ficciones artísticas de la mujer en el teatro y las ficciones sociales á que en la vida

práctica se ve obligada la mujer por virtud de la educación que del hombre recibe.

¿Y qué diremos del canto? La unión del canto y de la ternura están de tal modo en la naturaleza de las cosas, que no existe, según Lemontey, una buena cantatriz que no sea en sus afectos apasionada. La expresión no puede adquirirse ni imitarse; es sólo el amor quien la da: el canto y el amor ejercen uno sobre otro acción recíproca; y si muchas veces sucede que se cante porque se ama, sucede más veces todavía que se ame porque se canta.

Dice un autor moderno que el amor es el negocio de la bailarina, el sueño de la actriz, la vida de la cantante.

Y aunque el mismo autor haya dicho que en las mujeres consagradas al arte el amante es un dios, pero la apostasía no es un crimen, no todo lo que dicen los autores ha de tomarse como artículo de fe, mucho menos tratándose de juzgar á las mujeres.

La pintura, dice Mad. Girardin, es una especie de emancipación para las jóvenes, por cuanto les da el derecho de mirar cara á cara á los hombres: si yo tuviera una hija, añade, pintaría sólo paisajes.

Aplíquese á las autoras lo que ántes hemos escrito acerca de los autores.

La mujer artista, dicen por último, es una

excepcion de la regla, es un fenómeno: precisamente es todo lo contrario: la mujer que no esté organizada para las artes, que no llore en el teatro, que no sienta conmoverse las fibras de su corazón al influjo de la mujer, que no se estremezca á la vista de un cuadro terrible, ó al simple relato de una accion inhumana, es una excepcion de la regla, es un fenómeno; y el número de los fenómenos no es largo, por fortuna, en la naturaleza.

La mujer es el gran amigo del arte, como el arte es el gran amigo de la mujer.

Dice un autor moderno que el amor es el negocio de la palatinas, el sueño de la actriz, la vida de la cantante.

Y aunque el mismo autor haya dicho que en las mujeres consagradas al arte el amante es un dios, pero la apostasia no es un crimen, no todo lo que dicen los autores ha de tomarse como artículo de fe, mucho menos tratándose de juzgar á las mujeres.

La pintura, dice Mad. Girardin, es una especie de emancipacion para las jóvenes, por cuanto les da el derecho de mirar cara á cara á los hombres: si yo tuviera una hija, anade, pintara sólo paisajes.

Aplicues á las autoras lo que ántes hemos escrito acerca de los autores.

La mujer artista, dicen por último, es una

CAPÍTULO XXV.

LA ESPERANZA.

I.

Ha dicho un escritor muy estimable, que
esperar siempre es desesperarse.

Esto no debe ser exacto, por fortuna nadie
dirá seriamente que está desesperada la mitad
mas bella de la humanidad.

Y, sin embargo, esa mitad mas bella espera
siempre.

Estar es desgraciada mitad y la esperanza
hay en lazo simpático: la belleza.

La esperanza es una adorable enemiga del
hombre, y una amiga perdida de la mujer.

Para la esperanza la gramática no tiene más
que un tiempo, el futuro: todos los días tienen
un mismo nombre: mañana.

La esperanza es la mano misteriosa que nos
acorta á lo que deseamos y nos alaja de lo que
tememos.

La esperanza es un árbol frondoso, á cuya

CAPÍTULO XXV.

LA ESPERANZA.

I.

Ha dicho una escritora muy estimable, que esperar siempre es desesperarse.

Esto no debe ser exacto, por fortuna: nadie dirá seriamente que está *desesperada* la mitad más bella de la humanidad.

Y, sin embargo, esa mitad más bella espera siempre.

Entre esa desgraciada mitad y la esperanza hay un lazo simpático: la belleza.

La esperanza es una adorable enemiga del hombre, y una amiga páfida de la mujer.

Para la esperanza la gramática no tiene más que un tiempo, el *futuro*: todos los días tienen un mismo nombre: *mañana*.

La esperanza es la mano misteriosa que nos acerca á lo que deseamos y nos aleja de lo que tememos.

La esperanza es un árbol frondoso, á cuya

sombra se cobija la gran familia de Adam.

Pero el sexo fuerte, guiado por su noble impulso, se aparta en distintas direcciones para acometer altas empresas; y queda guardando el árbol, sin abandonar su sombra, el sexo débil.

Para el sexo débil no existe el *ayer*, ó si existe, es muy horroroso; no existe el *hoy*, ó si existe, es casi indescifrable; sólo existe el *mañana*.

Para el sexo débil el *ayer* de la historia antigua es un período de intenso amor; tan intenso, que encierra á las mujeres y las guarda como objetos de gran lujo.

Ese *ayer* representa para el desgraciado sexo débil la degradacion en ciertos pueblos de Oriente, el menosprecio en la Persia, el envilecimiento en Africa, la impudencia en Lacedemonia, la opresion en Aténas, la tiranía en la India, el asqueroso libertinaje en la Roma de los Césares.

Para el sexo débil el *hoy* en los pueblos civilizados es una especie de logogrifo muy difícil de explicar.

Ese *hoy* viene á ser el menosprecio unido á las apologías más brillantes; la opresion, fingiéndose proteccion; el libertinaje, profanando la santa palabra *amor*; la tiranía, mintiendo hipócritamente *celos*.

Ese *hoy* dice al sexo débil: «*tú eres todo;*» y al volver la página le dice: «*tú eres nada.*»

Ese *hoy* lo ensalza y lo deprime; lo envuelve en una nube de lisonjas, y apenas le enseña á leer.

Ese *hoy* se entusiasma con las gigantescas obras de Stäel y Fernan Caballero, Sevigné y Avellaneda, Cottin y Coronado, y á renglon seguido ofrece á la discusion de los sabios esta inocentísima tésis:

«¿Conviene que las mujeres sepan escribir?»

Ese *hoy* simboliza el choque de las afirmaciones y las negaciones; la lucha, por fortuna desigual, de las verdades y de los errores; de la modestia y del orgullo: el mundo semeja hoy un gran logogrifo, cuya explicacion aparecerá en el número próximo; esto es, mañana.

Para la mujer, colectivamente considerada, el *ayer* es horroroso. Hasta el feliz advenimiento del cristianismo su condicion varía sólo entre la esclavitud y la tutela.

El *hoy* varía entre el *todo*, que atribuye la lisonja, y el *nada*, que profiere la vanidad.

Por eso el sexo débil tiene los ojos fijos, y fija su esperanza en el *mañana*.

II.

Y esto que sucede al sexo en abstracto, sucede á la mujer en concreto.

La vida de la mujer puede considerarse como un precioso cuadro cuyo fondo es la esperanza.

La esperanza supone movilidad de ánimo, lo mismo que la curiosidad, pero con esta diferencia: la curiosidad mueve el ánimo en todas direcciones; la esperanza lo mueve sólo hácia adelante.

No hay una edad de la vida en que la mujer no espere.

Hasta los treinta años, la niña ha esperado con impaciencia á la jóven, y la jóven á la mujer: desde los treinta años suele esperar la mujer sin impaciencia: con tanta calma espera, que se constituye en esa edad hasta que los imprudentes signos de la vejez le anuncian que espera en vano.

Lo que el mundo llama deseo de agradar, no viene á ser otra cosa que el estímulo incesante de la esperanza.

Lo que el mundo llama veleidad de la mujer, es muchas veces la rápida reflexion que

sufre en el inquieto espejo de la vida el rayo luminoso de la esperanza.

Lo que vulgarmente se califica de orgullo, suele ser un recóndito misterio de la esperanza.

La melancolía es el decaimiento de la esperanza: el desengaño es su muerte, el llanto su funeral; la resignación su heredera.

La ilusión no es más ni menos que una agradable aberración de la esperanza.

Sin esa agradable aberración, la humanidad sería doblemente infeliz de lo que es.

Mientras no se mejore el sistema de educación, las facultades intelectuales de la mujer duermen; y como duermen, sueñan: la imaginación vive en insomnio casi constante, y acepta y acaricia y poetiza aquellos venturosos desvaríos: entónces se dice que la mujer sueña despierta.

El sueño de los despiertos se llama también ilusión.

Este sueño es común á los dos sexos, con sola una diferencia.

Los hombres sueñan á voces, y sueñan cosas trascendentales; por ejemplo, la felicidad del mundo por obra de la política; la nivelación de fortunas; la paz universal.

Las mujeres sueñan en voz baja, y por lo regular es más limitada la esfera en que se

agitan: la belleza, con todas sus relaciones; el amor, con todas sus incidencias.

El día en que la mujer no sueñe; el día en que la educación venga á despertar por completo sus facultades intelectuales, se debilitará el imperio de la lisonja y aminorará sus estragos el espíritu infernal de seducción.

III.

La esperanza, hermana simpática del amor, es luz suavísima que dora los lejanos horizontes de lo porvenir: es fuerza misteriosa que ayuda contra los embates del infortunio.

El viento de la esperanza mueve tranquilamente la barca del marinero.

La esperanza guía la mente y la mano del artista.

La esperanza convierte los años en minutos, y los minutos en años.

Ella borra las distancias, salva los mares y dulcifica las horas del padecer.

El sol, que desde el limpio oriente nos envía raudales de su luz; el canto de las aves, que vuelven á nuestro hogar buscando, tras larga peregrinación, el nido de sus amores; la blanca flor de los campos, todo habla al corazón en el lenguaje feliz de la esperanza.

Estaba reservado á una religion divina el hacer de la esperanza una virtud.

La esperanza, dice el inmortal Chateaubriand, es un verdadero genio, dotado de ese vigor que produce, y de esa sed que nunca se extingue. Nodriz de los desvalidos, colocada al lado del hombre, como una madre junto á su hijo enfermo, lo mece en sus brazos, lo aplica á sus pechos inagotables, y le brinda con un jugo dulce que mitiga sus dolores. Vela en su cabecera solitaria, y lo aduerme con sus cantos melodiosos.

Sin la esperanza, la vida del hombre sería un campo sin árboles ni flores; la vida de la mujer sería un desierto horrible.

«La esperanza es la cadena de oro que une á la tierra con el cielo.»

CAPÍTULO XXVI.

LA FELICIDAD.

I.

¡Adelante, viajero! Quieres tocar con tus manos la inmensa cortina azul del firmamento; ¡adelante!

Has llegado al remoto confin donde á tu vista aparecian confundidos el cielo y la tierra. ¡Qué imperfecta es tu vista!

No es aquí; ¡adelante, viajero!

Allá, á lo léjos, se descubre una montaña; sobre su cima descansa con majestad el firmamento. ¡Arriba!

Lograste subir; ¡cuán elevada se ofrece á tus ojos la serena region de las estrellas!

Otra montaña á lo léjos; no hay duda: ó el cielo ha descendido hasta la montaña, ó la montaña se ha elevado hasta los cielos.

¡Animo, viajero!—¿Por qué te paras? Bien se adivina: tú te acercas, y el firmamento se aleja; es inútil tu fatiga: ¡no tocarás con tus

manos la inmensa cortina azul del firmamento!

Así el mísero mortal, viajero del mundo, anhela uno y otro día tocar el cielo de su esperanza, que juzga próximo á la tierra; y marcha, y corre, y sube, y se fatiga en vano.

El mundo por donde viaja el mísero mortal, no es la mansion de la felicidad.

En el espíritu humano se agita sin tregua el vehemente deseo de ser feliz.

¿Hay quien lo sea en efecto?

Alejandro, despues de conquistar el mundo, sentia una pena; no era feliz; la pena de que no hubiese más tierra que conquistar ni más pueblos que rendir.

Alejandro, que no habia cabido en el universo, cupo, y le sobró espacio, en los ámbitos reducidos de un sepulcro.

II.

El hombre busca la felicidad; la mujer la espera.

¡Por eso es tan triste la condicion de la mujer, destinada á esperar, á esperar indefinidamente!....

Si las mujeres supieran escribir; si pudiesen replicar á tantos poetas audaces como han

cantado la felicidad, esos poetas audaces quedarían convictos y confesos de sublimes ignorantes ó de péfidos impostores.

Han creído feliz á la mujer cuando siente halagada su vanidad; cuando una nube de lisonjas la rodea; cuando ocupa el trono de la belleza, proclamada reina por la adulacion y coronada por manos de la moda.

Nunca es ménos feliz que entónces la mujer. Sus horas de soledad son amargas; piensa en lo porvenir.

Otros han creído feliz á la mujer cuando en el fondo de su alma abriga un amor intenso y correspondido.

Tambien se engañan. La mujer que ama, sufre; y quien sufre no es feliz.

¿Está en el matrimonio la felicidad de la mujer?

Si la amistad es, como decia un gran escritor, el matrimonio del alma, el amor es el alma del matrimonio. Cuando en el matrimonio deje sentirse el único influjo de un amor santo, está resuelto el problema de la felicidad, hasta donde es posible la felicidad en este valle de dolor y de miserias.

Cuando un móvil mezquino, que puede llamarse riqueza, blasones, posicion, ejerce el influjo que sólo debe ejercer el amor santo, es de temer que, sin saberlo, pacten dos seres,

que tal vez no eran ántes infelices, su mutua infelicidad.

Dios ha puesto sobre la tierra almas simpáticas, movidas acordemente por iguales afectos; almas que se buscan, se ven y se unen para nunca separarse: hé aquí la suprema ventura del matrimonio: hé aquí la felicidad de la mujer.

III.

La gran instruccion suele no hacer felices á las mujeres: la buena educacion las guia á la felicidad.

La gran instruccion mal dirigida puede arrastrarlas al desvanecimiento y á la duda; la buena educacion las enseña á ser humildes y á creer.

La gran instruccion extraviada, puede ocasionarles hastío y tristeza: la buena educacion las enseña á resignarse y á esperar.

La gran instruccion profana puede precipitarlas en el egoismo y la desconfianza: la buena educacion las enseña á ser tolerantes y á amar.

Creer, esperar y amar; las tres preciosas virtudes, sin las cuales la educacion no se concibe, y es falsa la instruccion.

Una mujer que no cree, es muy difícil que sea buena esposa, es casi imposible que sea buena madre.

Una mujer que no espera, es una planta seca y sombría en medio de la sociedad.

Una mujer que no ama, que no se compadece, que no siente, debe reputarse como el baldon y el oprobio de su sexo.

No preguntemos si es feliz á la que no puede ser buena madre y buena esposa.

No pidamos aroma y belleza á la planta seca y sombría que se alza en medio de la soledad.

No busquemos dicha en donde residen el oprobio y el baldon.

La buena educacion, esto es, la educacion verdaderamente cristiana, dulcifica las horas de la mujer, no en una edad determinada, sino en todas las edades de la vida.

Cuando niña, mata en germen la vanidad; cuando jóven, hace resaltar como virtudes la modestia y el pudor; cuando amante, enseña la honestidad y pureza del cariño; cuando esposa, enseña la fidelidad inalterable y la obediencia justa; en las alegrías, enseña la moderacion, y en los infortunios, la conformidad; en la opulencia, el noble desprendimiento; en la pobreza, la noble resignacion: para los superiores, el respeto; para los inferiores, el agrado; para los amigos, la constancia; para los

enemigos, el perdon; y para todos, en fin, la caridad.

Convengamos en que la educacion verdaderamente cristiana es el gran tesoro de la humanidad.

¡Que no se cierren nunca para la mujer las puertas de ese tesoro! ¡Que permanezcan siempre de par en par abiertas, sea cualquiera el espíritu de los siglos, sean cualesquiera las preocupaciones de los hombres!

No puede ser feliz un país donde no sean felices las mujeres.

No pueden ser felices las mujeres fuera de la educacion cristiana, que es la única que impone como deberes, pero deberes muy altos, la obediencia justa, la esperanza en Dios, y el amor puro y santo.

La educacion cristiana es, pues, el solo elemento de felicidad que hay en la tierra; es garantía de la dulce paz del alma y del reposo apacible del corazon.

Con el alma turbada y el corazon tranquilo, no busques nunca la felicidad, ¡pobre viajero del mundo!

EPILOGO.

Hay quien opina que todo el que escribe ó habla acerca de las mujeres debe reservarse el derecho de arrepentirse mañana de lo que hoy escribe ó habla.

El autor de estos APUNTES renuncia solemnemente á ese derecho.

Ha consignado lo que estima verdad; y de la verdad no cabe arrepentimiento.

Ni rinde culto al genio del positivismo que deprime á la mujer, ni al genio de la fantástica idealidad que aspira á divinizarla.

La figura de la mujer aparecerá siempre en todos los grandes cuadros que representan la historia de la humanidad.

En la portada del mundo antiguo, EVA; la madre en la naturaleza humana, la autora del gran cataclismo del Edem.

En la portada del mundo moderno, MARÍA; la madre en la gracia, la inmaculada, la ben-

dita entre todas las mujeres, la co-redentora del linaje humano.

En todos los magníficos sucesos del mundo antiguo y del mundo moderno, la mujer aparece siempre ejerciendo alta influencia en los destinos de los pueblos y en la ventura y poderío de las naciones.

Los hombres le negaron el derecho de legislar, y la mujer daba la ley á los legisladores.

Le negaron el derecho de obtener cargos y honores, y no advirtieron que le dejaban el derecho de distribuirlos.

Le cerraron las puertas de la ciencia; mas no pudieron privarla de avasallar á los sabios con los recursos de su ingenio.

La menospreciaron por inepta para la guerra, y no comprendieron que la mujer rinde y domina á los héroes con las armas de su gracia y de su hermosura.

Los hombres, por último, esclavizaron á la mujer por el gusto de declararse esclavos.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al artista que se afana por fijar en el mármol ó en el lienzo la vagarosa imágen de la belleza.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al poeta que en la serena tarde del otoño pasea su mirada por el vasto firmamento, y busca torrentes de inspiracion en los últimos reflejos

del sol que muere, ó en el incierto curso de la nubecilla que vaga, ó en el disco plateado de la luna que nace.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al que llora.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al que canta.

—«¿Quién es ella?»—preguntará tal vez el curioso al leer estos APUNTES.

Y contesta el autor:

ELLA es hermosa como la aurora que sonríe, casta como el beso de una madre, noble más que todas las ejecutorias de Europa, dulce y apacible como un cielo sin nubes.

—«Que si es rica?»—¡Siempre esa infernal pregunta!—Tan rica y de tanto precio, que si hubiera de comprarse, no bastarian para adquirirla todas las montañas de oro, todas las alhajas que constituyen la nata de la tierra y los posos de los mares.

—«¿Que cómo se llama?»—Su nombre no está en el almanaque.»

Se llama VIRTUD.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la belleza del rostro adune la belleza del

alma, á los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente.

Tal ha sido y es el objeto de estas páginas.

Sálvelas, pues, de la amarga censura y de la fria indiferencia, á falta de todo mérito, la rectitud del propósito.

El autor, no á nombre suyo, que es harto insignificante, sino á nombre de la justicia, pide á ese mundo que se agita en el torbellino de los intereses materiales, una mirada siquiera hácia la educacion de la mujer.

Y al pedírsela, repite la celebrada máxima del conde de Segur: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres hacen las costumbres.»

FIN DE LA MUJER

Y DEL TOMO PRIMERO DE LAS OBRAS.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
NOTICIA de la vida y escritos de D. SEVERO CATALINA, por D. Francisco Cutanda.....	3
PRÓLOGO A LA MUJER, por D. Ramon de Campoamor.....	79
INTRODUCCION.....	95
CAP. I..... La educacion.....	105
CAP. II..... La modestia.....	115
CAP. III..... El orgullo.....	125
CAP. IV..... La virtud y el misticismo.....	143
CAP. V..... El amor.....	151
CAP. VI..... El matrimonio.....	191
CAP. VII.... La maternidad.....	219
CAP. VIII... La viudez.....	233
CAP. IX..... La profesion religiosa.....	241
CAP. X..... La hermana de la Caridad....	249
CAP. XI..... La pobreza.....	255
CAP. XII.... Los extravíos.....	263
CAP. XIII... Los espectáculos.....	273
CAP. XIV... La moda.....	279

	Páginas.
CAP. XV.... Las tertulias	287
CAP. XVI... La edad	301
CAP. XVII.. El llanto	309
CAP. XVIII. La melancolía.....	317
CAP. XIX... El talento.....	325
CAP. XX.... La curiosidad.....	341
CAP. XXI... La frivolidad.....	347
CAP. XXII.. La mentira	353
CAP. XXIII. El estudio	359
CAP. XXIV. La artista.....	369
CAP. XXV.. La esperanza	377
CAP. XXVI. La felicidad.....	385
EPÍLOGO.....	391

ERRATAS

PÁGINAS	LÍNEAS	DICE	DEBE DECIR
54	última	<i>Reyna</i>	<i>Reina</i>
63	23	airoros	airosos
66	14	<i>loquedum</i>	<i>loquendum</i>
86	4	pobre	pobres
94	15	vivir á	vivirá
163	21	preñere	profiere
179	14	efecto	afecto
184	6	hombre	hombres
222	10	todavía,	todavía!
277	7	embdrgo	embargo
337	11	IV.	VI.

